
HARLEQUIN
Bianca
DESIERTO DE REYES
Sometida al jeque
Jane Porter

Sometida al jeque

Jane Porter

1° Desierto de Reyes

Sometida al jeque (2009)
Título Original: The Sheikh's Chosen Queen (2007)
Serie: 1° Desierto de Reyes
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca Miniserie 29
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Sharif Fehr y Jesslyn Heaton

Argumento:

¡Como reina, debe obedecer las normas impuestas por el jeque!

Cuando Jesslyn estaba con él en Londres, el príncipe Sharif Fehr era muy distinto, y su relación amorosa era libre e independiente.

Años después, Jesslyn va al país del desierto que regenta el jeque Sharif. Los años transcurridos han sido años duros, y Sharif se ha acostumbrado a que su palabra sea ley. Nadie se atreve a desafiarle, a excepción de Jesslyn. Pero a pesar de la encantadora insolencia de ella, Sharif está seguro de una cosa: Jesslyn obedecerá sus órdenes y aceptará convertirse en su esposa.

Prólogo

¿Cómo pedía un rey un favor?

En el patio del palacio, el rey Sharif Fher arrancó el capullo de rosa del tallo y se lo quedó mirando. Los pétalos de color rosa contrastaban con el color de la piel de su mano. El cultivo de rosas era difícil en el árido clima de su país, lo que las hacía aun más extraordinarias y

hermosas.

De nuevo, se preguntó cómo pedía ayuda un rey.

¿Cómo conseguía un rey lo que necesitaba?

Con cuidado, se respondió a si mismo mientras acariciaba un tierno pétalo. Con mucho cuidado.

Capítulo 1

Los bajos tacones de los discretos zapatos de Jesslyn Heaton repiquetearon en la acera al salir de las oficinas administrativas del colegio.

Era el último día de colegio y, gracias a Dios, los alumnos, por fin, se habían ido a sus casas después de haberse atiborrado de dulces y un ponche de un color extraordinariamente rojo. Ahora, lo único que le quedaba por hacer era cerrar su clase, que permanecería así durante el verano.

—¿Va a ir a algún sitio divertido de vacaciones, señorita Heaton? —le preguntó un alumno con voz débil.

Jesslyn levantó la mirada de los papeles que había sacado de su buzón de correo.

—Aarón, ¿todavía no te has ido? Las clases han terminado hace horas.

El pecoso adolescente se sonrojó.

—Se me había olvidado una cosa —contestó el chico, su rubor aumentó mientras rebuscaba en su mochila hasta sacar un pequeño paquete envuelto en papel blanco con un lazo de seda color morado—. Es para usted. Mi madre lo compró, pero lo elegí yo.

—Un regalo —Jesslyn sonrió mientras agarraba el regalo—. Gracias. Aarón, aunque no debíais haberos molestado. Te veré el próximo curso…

—No voy a volver —el chico se encogió de hombros antes de volver a colocarse la mochila—. Nos vamos este verano. A mi padre le han trasladado a los Estados Unidos. Creo que a Anchorage.

Habiendo trabajado durante seis años en un pequeño colegio privado en los Emiratos Árabes Unidos, Jesslyn estaba acostumbrada a ver a los hijos de los extranjeros ir y venir con frecuencia.

—Lo siento, Aarón. De verdad que lo siento.

El adolescente se metió las manos en los bolsillos.

—¿Le importaría decírselo a mis compañeros? ¿Podría decirles que me envíen mensajes por Internet?

La voz del chico se quebró al tiempo que bajaba la cabeza y a Jesslyn se le encogió el corazón. Aquellos chicos lo pasaban mal: casas en el extranjero, vidas en el extranjero y constantes traslados.

—Sí, claro que lo haré.

Después de asentir. Aarón se dio media vuelta y se marchó por los vacíos pasillos del colegio.

Suspirando, Jesslyn observó su rápida salida antes de abrir con la llave la puerta de su clase. Le costaba creer que había acabado otro año académico. Le parecía que había sido ayer cuando había repartido montones de libros de texto y había impreso los nombres de los

alumnos de su clase. Pero ahora ya se habían marchado y ella tenía libre los dos próximos meses.

O estaría libre cuando cerrara su aula y eso no ocurriría hasta que realizara la tarea que más le costaba: fregar las pizarras.

Veinte minutos más tarde tenía el vestido azul marino pegado a la espalda y el sudor le bañaba el oscuro cabello. ¡Qué trabajo!, pensó ella arrugando la nariz mientras aclaraba la sucia esponja en el lavabo.

En ese momento se oyeron unos golpes en la puerta y la doctora Maddox, la directora, asomó la cabeza.

—Señorita Heaton, tiene una visita.

Jesslyn pensó que debía de tratarse del padre de un alumno preocupado por las notas de su hijo, pero no fue así. Con el corazón golpeándole con fuerza contra la caja torácica, se quedó mirando asombrada a Sharif Fehr. El príncipe Sharif Fehr.

Nerviosa, estrujó la esponja que tenía en las manos y el agua le resbaló entre los temblorosos dedos.

Sharif.

¿Sharif, ahí?

Imposible. Pero ahí estaba. Era, sin duda, el príncipe Fehr quien ocupaba el umbral de la puerta: alto, imponente, aristocrático. Se lo quedó mirando fijamente, absorbiéndole con los ojos mientras la adrenalina le corría por las venas: demasiado caliente, demasiado fría, demasiado intensa.

La doctora Maddox carraspeó.

—Señorita Heaton, es un placer presentarle a nuestro más generoso benefactor, su Alteza Real…

—Sharif —susurró Jesslyn, incapaz de contenerse.

—Jesslyn —dijo Sharif con una ligera inclinación de cabeza.

Y simplemente eso, su nombre pronunciado con una profunda voz, hizo desvanecer los años transcurridos.

La última vez que le había visto habían sido muy jóvenes: ella había conseguido su primer trabajo como profesora en un colegio americano en Londres; él un atractivo y rebelde príncipe árabe que llevaba pantalones vaqueros, zapatillas deportivas y sudaderas.

Ahora su aspecto era totalmente diferente. Sus antiguas ropas habían sido sustituidas por un *dishdashah* o *thoub*, como se le conocía en el Golfo: una vestimenta fresca, larga y blanca de una pieza. A esto acompañaba la tradicional *gutra*, una pieza para cubrir la cabeza, sujeta por el *ogal*, una banda negro circular.

Su apariencia era muy diferente a la que recordaba de él y, sin embargo, seguía casi igual, desde los ojos penetrantes a la pronunciada mandíbula y a su oscuro y brillante cabello.

Confusa, la doctora Maddox miró a uno y a otro.

—¿Se conocen?

¿Qué si se conocían? Ella le había pertenecido y él a ella. Sus vidas habían estado tan unidas que, cuando la relación acabó, a ella se le rompió el corazón.

—Estudiamos juntos —balbuceó Jesslyn con las mejillas encendidas mientras evitaba mirarle a los ojos.

Pero los ojos de él encontraron los suyos y sus labios se curvaron burlonamente, desafiándola.

No habían estudiado juntos.

Ni siquiera habían ido a la escuela al mismo tiempo. Él tenía seis años más que ella y trabajaba como analista financiero en Londres cuando se conocieron.

Salieron juntos durante varios años y, cuando ella rompió la relación, se marchó pensando que jamás volvería a verle.

Lo que no significaba que no hubiera albergado la esperanza de equivocarse.

Y ahora volvía a verle. Pero… ¿por qué? ¿Qué quería él? Porque era evidente que quena algo. Sharif Fehr no estaría en su clase de no tener un buen motivo.

—Nos conocimos en una escuela en Inglaterra —añadió Jesslyn, tratando de ocultar lo mucho que la había afectado volver a verle. En la vida de una mujer, había novios de quienes una se separaba amistosamente y otros que le cambiaban la vida a una mujer para siempre.

Sharif la había cambiado; y ahora, a pesar de los años transcurridos, su sola presencia la dejaba temblando frente al peligro que veía en él.

—El mundo es un pañuelo —comentó la doctora Maddox mirando a uno y a otro.

—Desde luego —respondió Sharif con una ligera inclinación de cabeza.

Jesslyn volvió a estrujar la esponja mientras volvía a preguntarse qué estaba él haciendo allí. ¿Qué quería?

¿Qué querría de ella?

Seguía siendo profesora. Seguía llevando una vida sencilla. Seguía llevando su cabello castaño en una melena a la altura de los hombros, igual que hacía nueve años. Y, al contrario que él, no se había casado, a pesar de habérselo propuesto el hombre con él que había salido dos años atrás. Pero no había aceptado la propuesta de matrimonio porque sabía que no le amaba lo suficiente, no le amaba como había amado a Sharif.

En realidad, jamás había amado a nadie como había amado a Sharif.

Dándose la vuelta bruscamente. Jesslyn dejó la esponja en el

lavabo, se lavó las manos y se las secó con una toalla de papel.

—¿Qué puedo hacer por ti, Sharif?

—Bueno, supongo que no me necesitan —dijo la doctora Maddox con un suspiro de desilusión— Volveré a mi despacho. Buenas tardes, Alteza.

Y con una respetuosa inclinación de cabeza, la directora del colegio les dejó, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

Jesslyn lanzó un leve suspiro al darse cuenta de que estaban solos.

Estaba a solas con Sharif. Después de tantos años.

—Siéntate, por favor —dijo Sharif indicándole el asiento del escritorio de ella—. No hay razón por la que debas quedarte de pie.

Jesslyn miró su silla, pero no creía que las piernas pudieran sostenerla mientras cruzaba el aula; al menos, todavía no.

—¿Quieres una silla para sentarte? —le preguntó ella.

—Estoy bien, no te molestes —respondió él.

—En ese caso, yo también me quedaré de pie.

La expresión de Sharif no cambió.

—Preferiría que te sentaras. Por favor.

No fue una petición, sino una orden, y Jesslyn le miró con una mezcla de curiosidad y sorpresa. En el pasado, él nunca habría utilizado un tono tan autoritario con ella. Siempre se había mostrado seguro de sí mismo, pero nunca se había dirigido a ella con formalidad ni autoritariamente. Sin embargo, en esos momentos sí.

Al fijarse en él, Jesslyn se dio cuenta de que el rostro de Sharif había cambiado más de lo que había notado al principio. Su semblante era diferente. Los años habían esculpido sutilmente sus rasgos. Ahora tenía la mandíbula más pronunciada, más ancha y más fuerte; su barbilla y el ceño estaban más definidos.

Ya no era un joven, sino un hombre.

Y no un simple hombre, sino uno de los líderes más poderosos del Oriente Medio.

—Está bien —dijo ella con voz repentinamente ronca, traicionando su nerviosismo—. Espera a que antes termine con esto.

Jesslyn se dio media vuelta, de cara al lavabo, y rápidamente dejó el cubo y la esponja debajo.

—¿Lavas tu misma las pizarras? —preguntó Sharif mientras ella se acercaba a su escritorio, rodeando unas cajas con equipamiento deportivo y una pila de libros que le quedaba por guardar en el armario.

—Los profesores somos responsables de nuestras pizarras.

—Yo creía que de eso se encargaban los de la limpieza.

—Hacemos lo que podemos por ahorrar dinero —contestó Jesslyn, agachándose para agarrar del suelo una novela.

Llevaba cuatro años de profesora en ese pequeño colegio privado

de Sharjah y. durante ese tiempo, siempre había hecho un calor pegajoso en los meses de mayo, junio y septiembre.

Sharif empequeñeció los ojos.

—¿Es por eso por lo que hace tanto calor aquí?

Sharif lo había notado, pensó ella.

—El aire acondicionado está encendido. Desgraciadamente, no parece que funcione muy bien —Jesslyn tomó asiento detrás de su escritorio—. ¿Para eso has venido? ¿Para hacer una lista de lo que la escuela necesita con el fin de donar dinero?

—Si me ayudas, estaré encantado de donar dinero.

Por fin iba a decir por qué estaba allí. Sharif quería que ella le ayudara. De repente, sintió una gran opresión en el pecho y se dio cuenta de que no estaba respirando.

Jesslyn expiró y volvió a inhalar en un intento por controlar su estado de pánico. No había motivo para estar asustada. Ella no le debía nada. Su relación había acabado hacía casi diez anos.

Su intento de calmarse llegó a su fin cuando vio la expresión de él. Sharif la estaba observando con intensidad, examinándola de pies a cabeza.

Ruborizada, Jesslyn movió los papeles que había dejado en el escritorio.

—¿A qué clase de ayuda te refieres?

—A la clase de ayuda que se te da bien —Sharif se estaba acercando a ella, muy despacio.

Jesslyn trató de concentrarse en lo que él acababa de decir, no en su acercamiento; pero estaba demasiado cerca ya, se había movido con demasiada rapidez.

—Soy profesora, Sharif.

—Exacto —Sharif se detuvo a su lado, alto e intimidante.

¿Siempre había sido tan alto?

—Ha pasado mucho tiempo —dijo ella.

—Nueve años.

—Nueve —repitió Jesslyn, incapaz de apartar los ojos de las hermosas facciones de él, unas facciones que se habían endurecido y embellecido con los años.

El guapo príncipe se había hecho un hombre. Aunque, en realidad, ya no era un príncipe, sino un rey. El rey de Sarq.

Con una mano, Jesslyn se alisó la falda, excesivamente consciente de que su atuendo y corte de pelo eran básicos y prácticos. Nunca había seguido la moda y diez años en las aulas habían reducido su guardarropa y su sentido de la moda acero.

Forzó una sonrisa profesional.

—Después de nueve años, ¿qué podría hacer yo para ayudarte?

—Enseñar —respondió él simplemente.

Jesslyn sintió una extraña emoción, algo entre una furia ilógica y las lágrimas.

—Eso es, yo soy una profesora y tú eres un rey.

Los ojos grises de Sharif le mantuvieron la mirada con expresión enigmática.

—Podrías haber sido mi reina.

—No ibas en serio, Sharif.

Un brillo asomó a los ojos de él y la tensión se hizo palpable en el aula.

—Tu tampoco.

De repente, los dos eran adversarios a ambos lados de una barrera indestructible.

—Eso es injusto y no es cierto —dijo ella apretando los dientes, enfadada—. No había cabida para mí…

Jesslyn se interrumpió, incapaz de continuar. Aquello era historia, ya no tenía importancia. El hecho de que estuvieran hablando de lo que había ocurrido nueve años atrás le pareció trágico; sobre todo, ahora que tenía a otra persona en su vida, una persona importante para ella.

—Dime, ¿Qué es lo que realmente te ha traído aquí, rey Fehr? —preguntó Jesslyn.

La mandíbula de él se endureció y, empequeñeciendo los ojos, la miró de arriba abajo.

—Ya te lo he dicho. He venido a ofrecerte un trabajo.

Entonces, hablaba en serio. Se trataba de un trabajo. Enseñar.

Jesslyn tragó saliva y le miró con una sonrisa dura y fingida.

—Ya tengo trabajo.

—Al parecer, un trabajo no muy bueno —comentó él indicando las viejas pizarras y el gastado mobiliario del aula.

Pero Jesslyn no estaba dispuesta a que nadie la ridiculizara ni la criticara.

—Pero un trabajo que me gusta mucho.

—¿Te sentirías mejor si le dijera que el trabajo es sólo para el verano?

—No —respondió ella alzando la barbilla.

—¿Por qué no?

Estaba a punto de decirle que eso no era asunto suyo, que no le debía nada, pero sería inútil. No era el pasado lo que le impedía aceptar, sino el futuro. Tenía planes para el verano, ocho semanas y media maravillosas de vacaciones: dos semanas en las playas australianas de Queensland; esquí en Nueva Zelanda; y montones de museos y teatros en Sidney, Melbourne y Auckland.

—Porque no.

—Volverás antes de que empiecen las clases en septiembre —

insistió Sharif en tono frío.

—Te pareces a mis alumnos cuando no hacen caso y hay que repetirles las cosas.

Sharif sonrió.

—Ni siquiera te has parado a considerar mi proposición.

—No tengo que considerar nada —contestó ella, sorprendida por la arrogancia de Sharif—. No puedo cambiar mis planes, ni siquiera por ti. Te agradezco la oferta, pero la respuesta es no.

—Te pagaré el doble de lo que ganas aquí…

—¡No! —exclamó ella dando un golpe en la mesa con un libro de texto—. No se trata de dinero. No me importa el dinero. ¡Aunque me pagues dos mil dólares al día la oferta sigue sin interesarme! ¿Has comprendido?

Se hizo un silencio ensordecedor.

Pero ella no tenía la culpa de haberse enfadado, se recordó a sí misma. Era él quien no le estaba haciendo caso.

—Me voy de vacaciones —añadió Jesslyn enderezando la espalda, negándose a que él la intimidara, mirándolo a los ojos. Su relación había acabado hacia anos y no había motivo para empezar algo de nuevo, ni a nivel profesional ni a nivel personal—. Me marcho esta noche.

Los rasgos de Sharif se endurecieron, su expresión era fría, su mandíbula parecía haber sido tallada en piedra.

—Puedes ir de vacaciones el verano que viene. Te necesito.

Jesslyn no pudo evitar lanzar una histérica carcajada.

—¿Qué me necesitas? Una broma muy buena, rey Fehr. Muy buena.

Pero Sharif no rió. Sus ojos grises brillaron.

—Dame una buena razón que explique que te niegues siquiera a considerar mí oferta.

—Te puedo dar tres —respondió ella, apilando unos papeles encima del escritorio con impaciencia—. Acabo de terminar un año escolar y necesito descansar. Tengo planeadas unas maravillosas vacaciones, voy a viajar por Australia y Nueva Zelanda, y ya están pagadas de antemano. Y la última razón y quizá la más importante es que, después de haber sido tu novia una vez, no tengo ganas de…

Jesslyn no pudo acabar la frase, la interrumpió el sonido de la alarma de incendios del colegio.

Era un ruido alto y ensordecedor y, durante un momento, Jesslyn se quedó como petrificada. En semejantes circunstancias, durante el curso, agarraría la lista de asistencia de sus alumnos y, rápidamente, les sacaría del edificio; pero ahora no había alumnos.

La puerta del aula se abrió bruscamente y aparecieron dos hombres altos y corpulentos, vestidos con trajes oscuros, armados. Uno de ellos

le dijo algo a Sharif en voz alta, éste asintió y después la miró a ella.

—¿Ocurre con frecuencia? —gritó Sharif para hacerse oír debido al ruido de la alarma.

—No —respondió ella, gritando también, al tiempo que alargaba la mano para agarrar su bolso, su cartera y su chaqueta.

Estaba sorprendida por la rapidez con que los miembros del equipo de seguridad de Sharif habían reaccionado; aunque no en exceso, ya que Sharif siempre iba acompañado por algún guardaespaldas, incluso cuando vivía en Londres.

—Imagino que es una falsa alarma —añadió ella distraída—. Algún estudiante del último curso ha debido de querer gastar una broma. No obstante, tenemos que salir hasta que el inspector de incendios dé el visto bueno y nos permita volverá entrar.

Jesslyn acababa de agarrar la chaqueta del respaldo de la silla cuando los extintores del techo se pusieron en marcha, mojando toda el aula con chorros de agua.

Sharif le agarró la cartera y el bolso de encima del escritorio.

—Vámonos.

El pasillo al que daban las aulas estaba empapado y, mientras lo recorrían, oyeron sirenas en la distancia y muchos gritos.

Cuando llegaron a la escalinata de entrada del principal edificio de la administración, los bomberos estaban entrando en el aparcamiento y el resto de los miembros del equipo de seguridad de Sharif, otros seis hombres, estaban alerta.

Cuando los hombres de Sharif le vieron, fueron a acercarse a él, pero Sharif, rápidamente, les hizo detenerse.

La doctora Maddox, que se encontraba en la escalinata, se apresuró hacia ellos.

—Siento mucho lo que está ocurriendo —dijo la mujer frotándose las manos nerviosamente—. Nos enorgullecemos de nuestra escuela y, sin embargo, aquí está usted, completamente empapado…

—Todos nos hemos mojado, pero nos secaremos —dijo Sharif. Después, miró hacia el edificio, en el que habían entrado los bomberos para hacer una inspección y asegurarse de que no había llamas en ninguna parte—. El aula de la señorita Heaton se ha mojado entera. ¿Les ha ocurrido lo mismo a las demás?

—Supongo que sí. Hemos puesto un nuevo sistema para extinguir incendios y… parece que funciona demasiado bien —la doctora Maddox se apartó de la frente un mechón de pelo gris.

—Vale la pena si con ello se salvan vidas —replicó Jesslyn al tiempo que agarraba sus cosas de las manos de Sharif—. Los libros y las alfombras se pueden sustituir fácilmente ya que, por suerte, la escuela está asegurada. Como faltan tres meses para que las clases vuelvan a empezar, hay tiempo de sobra para arreglarlo todo.

—¿Se está ofreciendo voluntaria, señorita Heaton? —preguntó la doctora Maddox con irritación—. Porque para que todo se arregle alguien tiene que vigilar el proceso de reparaciones.

—La señorita Heaton tiene planes —respondió Sharif en tono suave y, después de volverle la espalda a la doctora Maddox, fijó su atención en ella—. Te acompañaré a tu coche.

—No tengo coche —respondió Jesslyn—. Voy a casa en taxi.

Sharif frunció el ceno.

—Pero si tienes carné de conducir…

—Los coches son caros y no me importa tomar taxis. Nadie me molesta —y, en Sharjah, nadie la molestaría, lo sabía muy bien.

A Jesslyn le encantaba aquel país. Sharjah no tenía la trepidante vida nocturna de Dubai ni era un centro de negocios, pero tenía un encanto y elegancia normalmente ausente en los rascacielos de Dubai y en las islas artificiales.

A ella Sharjah le parecía más tranquila, más pequeña, menos ostentosa. Le encantaban los bulevares con palmeras y los bonitos y altos edificios del centro. Siempre le resultaba un placer pasear o tomar un taxi a donde fuera que quisiera ir. Se sentía integrada.

—En ese caso, te llevaré a tu casa —anunció Sharif y, con un gesto con la cabeza, indicó a sus guardaespaldas que estaba listo para partir —. Tengo el coche ahí mismo.

Jesslyn ya había visto la limusina y dos coches de escolta negros, pero no estaba dispuesta a aceptarla oferta.

—Prefiero ir en taxi —respondió ella con una rápida mirada a su reloj de pulsera—. Si me marcho ya, evitaré la hora punta.

«Se marcha».

«Se aleja de mí».

Con incredulidad, el rey Sharif Fehr se mordió la lengua, mejor eso que decir algo de lo que pudiera arrepentirse después.

Aunque no creía que fuera a arrepentirse.

De hecho, en ese momento, le gustaría poner a Jesslyn Heaton en su sitio.

—Voy a llevarte a tu casa —repitió él—. Insisto.

Los ojos castaños de ella se alzaron, clavándose en los de él.

Entonces, inclinándose hacia él, Jesslyn le susurró al oído para que sólo él pudiera oírla:

—No trabajo para ti, rey Fehr, ni soy súbdita tuya. No puedes insistir. Me temo que se te ha olvidado que no tienes poder sobre mí.

De nuevo, Jesslyn le había dicho que no. De nuevo, le había rechazado.

Él frunció el cedo mientras trataba de asimilar el rechazo de Jesslyn.

Hacía años que nadie le llevaba la contraria de forma tan absoluta.

La gente no le negaba nada. La gente le necesitaba. La gente le pedía favores y ayuda.

Estudió el pálido rostro ovalado de ella, sus cálidos ojos y su bien moldeada barbilla. Hasta ese momento, no había notado la firmeza de la barbilla de Jesslyn. Ni tampoco su entereza.

Cuando la conoció. Jesslyn estaba destrozada; literalmente, debido al accidente en el que habían muerto las hermanas de él. Jesslyn estaba en el hospital: escayolada, vendada y con clavos en el cuerpo.

Ahora ya no.

—No te gusto —dijo él, casi divertido.

Por una parte, le enfadaba el frío rechazo de ella; por otra parte, le sorprendía y le intrigaba, lo que era una novedad. Como rey de un país del Oriente Medio que llevaba diez años de paz y de estabilidad económica, pocas cosas le sorprendían y aun menos le intrigaban.

Jesslyn le miró sin pestañear.

—Quizá sea más justo decir que no me fío de ti.

—¿Por qué no?

—No eres el Sharif que conocí. Ahora eres el rey Fehr.

—Jesslyn… Es evidente que te he ofendido. No era ésa mi intención. He venido para pedirte ayuda. Al menos, deja que te lo explique.

Jesslyn lanzó una mirada en dirección a la limusina y luego a la media docena de guardaespaldas que se mantenían a la espera, sus ojos invisibles tras los cristales de las gafas de sol.

—Tengo una reserva de avión para esta noche y voy a subir a ese avión.

—Entonces… ¿me dejas que te lleve a tu casa?

Jesslyn volvió a mirarle.

—Voy a tomar ese avión —repitió ella.

A él le gustó la forma como los rizos castaños de Jesslyn enmarcaban su pálido rostro, le gustó la forma como ella apretaba los labios y alzaba la barbilla con gesto desafiante.

—Deja que te lleve a casa.

Capítulo 2

Después de darle la dirección de su casa al conductor de Sharif, Jesslyn dejó su bolso y su cartera en el suelo del coche y la chaqueta la dejó encima de sus mojados muslos mientras trataba de ignorar el hecho de que Sharif estuviera sentado tan cerca de ella.

Desgraciadamente, no pudo ignorarlo. Era la clase de hombre que siempre dominaba, estuviera donde estuviera. Pero peor aún era que, sentada tan cerca de él, podía sentir su calor, oler su fragancia… y eso la hizo volver al pasado y recordar la piel de él. Le encantaba la piel de Sharif. Él siempre había sabido cómo abrazarla.

El corazón le dio un vuelco y agarró el abrigo con fuerza cuando un extraño dolor se apoderó de ella.

Pesar. Sufrimiento. Arrepentimiento.

Sharif estaba despertando en ella recuerdos y sentimientos que no quería, recuerdos y emociones del pasado, de una vida ya desaparecida.

—Te niegas a mirarme —dijo él cuando el coche se puso en marcha.

Jesslyn no podía decirle que mirarle aumentaba su sufrimiento, que le hacía recordar lo tonta que había sido cuando le dejó. No había sido su intención dejarle del todo, había pensado que él iría tras ella, había esperado que él la seguiría para rogarle que reconsiderase su postura y declararle su amor.

—Los finales siempre son extraños. Fue extraño entonces y lo es ahora también.

—Pero ahora eres más feliz. Has logrado tu sueño.

Su sueño.

Jesslyn suspiró suavemente a modo de protesta. Jamás había soñado con estar soltera a su edad. Su sueño había sido formar una familia, su familia. Después de haberse criado con una tía suya tras la muerte de sus padres, que habían fallecido los dos en un intervalo de tres años, se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba tener a gente a quien querer y gente que la quisiera a ella. En lugar de eso, aún estaba soltera y continuaba enseñando a los hijos de otras personas.

—Sí, es maravilloso —respondió Jesslyn, ocultando el dolor que le causaba pronunciar esas palabras.

—Nunca te había visto tan segura de ti misma —añadió Sharif.

—No es difícil ser más fuerte que antes ni estar más segura de mí misma —tras un momento, volvió la cabeza y le miró—. Soy una persona diferente a la que era entonces.

Sharif se dio cuenta inmediatamente de a qué estaba aludiendo ella. Sus ojos se oscurecieron.

—Fue un accidente terrible.

Jesslyn asintió; de repente, fue como si el accidente acabara de ocurrir, no once años atrás, como era el caso. El sentimiento de pérdida fue el mismo que entonces.

—Aún sueño a veces con ello —dijo Jesslyn entrelazando las manos, frotándoselas—. Cuando sueño con el accidente, me despierto en el momento del choque. Me despierto antes de saber lo que ha ocurrido.

Sharif guardó silencio y ella luchó por controlar el peso que le oprimía el pecho.

—Pero cuando me despierto, se lo que ocurrió.

—Tú no ibas al volante.

—Pero Jámila no hizo nada que no debiera. Ninguna de las personas de nuestro coche hizo nada equivocado.

—Se les llama accidentes por eso mismo.

«Tragedias», pensó Jesslyn.

—De todos modos, tus heridas ya han cicatrizado —dijo él—. Tienes suerte.

Pera ¡as hermanas de Sharif no la habían tenido.

Los ojos se le llenaron de lágrimas súbitamente y, con rapidez, se frotó los ojos. Hacía mucho que no hablaba del accidente, pero aún la hacía sufrir. Jámila y Aman habían sido sus mejores amigas. Se habían conocido cuando ella tenía diez años y, desde el primer momento, se habían hecho inseparables.

Pera el pasado era el pasado, se recordó a sí misma tratando de centrarse en el presente.

—Tú también has cambiado, aunque supongo que tenía que ser así, ya que siendo…

—¿Sí?

Jesslyn, incómoda, cambió de postura.

—Bueno, ya sabes.

—No. Dímelo.

—Debes saber que has cambiado —contestó ella, evitando responder a la pregunta.

—Pera ahora no te gusto.

Jesslyn se encogió de hombros.

—Ahora no te conozco.

—Sigo siendo el mismo.

No, no lo era, no era el hombre que ella había conocido. Se había convertido en otra hombre, más fuerte, más poderoso y más consciente del poder que tenía.

—Quizá sea que ahora no veo al hombre, sino al rey —a juzgar por la expresión de Sharif, pensó que no le había gustado lo que acababa de decir—. Pero es natural que hayas cambiado. Ya no eres un joven.

Ahora tienes… ¿cuántos? ¿Treinta y ocho, treinta y nueve?

—Treinta y siete, señorita Heaton. Y tú tienes treinta y uno.

Algo en la voz de él le hizo alzar la mirada y, al hacerlo, se encontró frente a esos increíbles ojos grises, unos ojos extraordinariamente bellos.

Unos ojos que, en esos momentos, parecían habérsele clavado en el corazón.

Su príncipe se había convertido en rey. Su Sharif se había casado y se había quedado viudo. Su relación había ocurrido hacía una eternidad.

—Te desagrado y, sin embargo, a mí me pasa lo contrario con respecto a ti. Eres mejor de lo que recuerdo —dijo él con voz profunda y ronca—. Tienes más confianza en ti misma. Eres más hermosa.

El corazón volvió a darle un vuelco.

Sharif la hacía sentir demasiado. Le hacía recordar todo…

El príncipe Sharif Fehr, su príncipe Sharif Fehr, su primer amante, su único amor, se había casado con otra apenas unos meses después de que su relación se rompiera.

Cambiando de postura en el asiento, Jesslyn miró por la ventanilla del coche y vio que estaban a aproximadamente un kilómetro de su apartamento. Al instante, sintió desilusión y alivio simultáneamente.

Pronto la dejaría en su casa y se malcriaría.

Pronto ella volvería a recuperar el control de sus emociones.

Sharif la miró a la cara.

—Cuéntame más cosas sobre la escuela y tu trabajo. ¿Te gusta trabajar ahí?

A eso sí podía responder fácilmente.

—Me encanta ser profesora. Me encariño con mis alumnos, y sigue gustándome enseñar Literatura e Historia. Y sí, esta escuela es muy diferente a la escuela americana en Londres y a la escuela americana en Dubai, donde estuve de profesora un año, pero aquí tengo más libertad con respecto a cómo quiero enseñar y paso más tiempo con mis alumnos, que es lo que quiero.

—Tus alumnos —repitió él.

Jesslyn sonrió, por fin respiraba con más facilidad. Hablar de su trabajo le devolvía el control de sus emociones y quería que así fuese. Tenía que ser así.

—Pienso en ellos como si fueran mis chicos, no puedo evitarlo.

—Si tanto te gustan los niños, ¿por qué no tienes hijos?

Inmediatamente, Jesslyn volvió a sentirse en medio de un caos total, su calma se desvaneció. ¿Acaso la madre de Sharif no se lo había dicho? ¿Acaso aún no lo sabía?

Jesslyn cerró sus manos en dos puños, enfurecida. Estaba furiosa con la fría y manipuladora madre de Sharif y con él también. Se

suponía que Sharif la había amado. Se suponía que Sharif la había deseado.

—Aún no he encontrado al hombre adecuado —respondió ella con tensión.

Sintió cólera debido a que ella jamás podía haber sido la esposa de Sharif. No podía haber sido la mujer con la que él se casara y a la que amara durante toda la vida. Tal y como la madre de Sharif le había dicho con tan poca delicadeza, ella había sido sólo un entretenimiento, una chica frívola y divertida con quien pasar el rato.

—¿No te has casado? —preguntó él.

—No.

—Me sorprende. Cuando te marchaste hace nueve años, pensé que lo hiciste por alguien… o por algo.

No. él había sido todo lo que ella había querido, pero no había sabido luchar por ello. No había sabido conservar y proteger lo que más quería.

—Ya casi hemos llegado a mi casa —dijo Jesslyn indicando la calle.

—Mis hijas necesitan una profesora para el verano. Han vuelto del internado y no van bien en el colegio.

Sólo quedaba una manzana para llegar a su casa, para huir, para escapar.

—Te pagaré tres veces tu salario anual —continuó Sharif—. En diez semanas, ganarás tres veces lo que ganas en un año trabajando en la escuela.

Jesslyn quería taparse los oídos. No quería saber nada de ese trabajo, no quería saber nada de las hijas de él, hijas que Sharif había tenido con la extraordinariamente rica y hermosa princesa, ni quería saber nada de sus problemas académicos.

—Me voy de vacaciones, Sharif. Me marcho esta misma noche.

—Creía que te gustaban los niños. Creía que querías lo mejor para los niños.

Pero ésas no eran sus hijas y ella no iba a involucrarse.

—Tengo otros planes —repitió Jesslyn con voz tensa.

—Planes que puedes cambiar —dijo Sharif con voz suave.

Pero Jesslyn no se fiaba de ese tono de voz, no se fiaba de Sharif.

Quizá fuera porque no conocía al verdadero Sharif. El Sharif con el que había salido y al que había adorado jamás se habría casado con una princesa de Dubai por el bien de su reino, y mucho menos se habría casado con esa princesa sólo seis meses después de que ellos dos hubieran roto. Pero era justo eso lo que había hecho. Su boda había salido en todas las revistas de Reino Unido, todas habían mostrado fotos del príncipe Sharif Fehr con la princesa Zulima de Dubai, con la que supuestamente había tenido un noviazgo de un año

según las revistas. ¿Un año de noviazgo?

Imposible. Seis meses antes de la boda ella estaba saliendo con Sharif.

El coche se detuvo, pero Jesslyn no esperó a que el conductor le abriera la puerta. Agarrando sus cosas, la abrió ella.

—Buena suerte, Sharif. Adiós.

Jesslyn corrió hacia la entrada del edificio donde vivía, cruzó corriendo el vestíbulo como si el mismo demonio la estuviera persiguiendo. Y, en cierto modo, así era, porque Sharif podría destruirla de tener la oportunidad.

Ella no iba a dársela.

En su piso, Jesslyn trató de concentrarse en acabar de hacer las maletas. No iba a pensar en Sharif. Tenía otras cosas en que pensar, como su pasaporte, la crema de protección solar y los recambios de baterías para su cámara digital.

Aquel viaje requería más equipaje del que solía llevar, pero diez semanas en climas diferentes exigían bailadores y pantalones cortos para las más cálidas temperaturas en el norte de Queensland; pantalones y elegantes blusas para las grandes ciudades australianas; por último chaquetas de abrigo y botas para las pistas de esquí de Nueva Zelanda.

Estaba cerrando la cremallera de la mayor de sus maletas cuando sonó el teléfono.

—¿Sí? —contestó Jesslyn al teléfono mientras arrastraba la maleta hasta el pasillo.

—Tengo noticias que creo que te gustaría oír —anunció Sharif.

Jesslyn dejó la maleta delante de la puerta.

—Sharif, tengo millones de cosas que hacer antes del vuelo y…

—Es en relación con uno de tus alumnos —Sharif vaciló unos instantes—. Creo que será mejor que te sientes.

—¿Por qué? —preguntó ella alarmada—. ¿Qué ha pasado?

—Acabo de recibir una llamada de Mahir, mi jefe de seguridad, que está de camino a la comisaría de policía de Sharjah. Han arrestado esta tarde a uno de los alumnos de tu colegio por vandalismo. Han pensado que yo querría poner una denuncia formal.

Jesslyn se acercó al pequeño cuarto de estar y se apoyó en el respaldo del sofá.

—¿Y vas a poner una denuncia?

—Manir se está encargando del asunto.

—¿Qué quiere decir eso?

—Eso quiere decir que es Manir quien toma ese tipo de decisiones. Es el responsable de seguridad.

—¿De qué alumnos estamos hablando?
—De Aarón.
¿Aarón?
Jesslyn frunció el ceño. No podía tratarse de Aarón. No hacía esas cosas. Aarón era un buen chico, un chico serio y estudioso.
—Él no ha hecho nada —dijo Jesslyn con voz débil—. A Aarón jamás se le ocurriría activar la alarma contra incendios.
—Le han agarrado alejándose a toda carrera de allí.
—No… no… él no haría eso —respondió Jesslyn, acordándose del regalo que el chico le había llevado—. Espera un momento, es verdad que Aarón estaba en el colegio, pero era porque me había llevado un regalo de despedida. Vuelve a los Estados Unidos.
—Lo que probablemente explique la travesura —contestó Sharif—. Que tenga treinta y muchos años no significa que no me acuerde de cuando era adolescente. Los chicos hacen cosas para llamar la atención…
—¿Vas a perdonarle? —le interrumpió ella.
—Si eso fuera lo único que Aarón ha hecho, el castigo sería leve. Pero no sólo ha puesto en marcha el sistema de alarma contra incendios sino que también, al parecer, ha entrado en el despacho de la subdirectora y ha robado copias de los exámenes que ella tenía en un archivador. La doctora Maddox va a presentar cargos contra el chico… y me ha pedido que lo haga yo también.
—No —susurró ella.
—No se trata sólo de mí. La policía está involucrada también. El robo es un delito serio.
Jesslyn tragó saliva como si así pudiera tragar el nudo que se te había formado en la garganta. No podía creer que Aarón hubiera hecho lo que Sharif decía que había hecho.
—Sharif, Aarón no ha robado nada. Él me trajo un regalo a la clase, está en mi escritorio. Podríamos ir al colegio…
—Uno de los conserjes le vio salir corriendo.
—¡Estaba corriendo para ir a su casa, no estaba escapando!
—Jesslyn, de momento no puedo hacer nada.
Jesslyn sacudió la cabeza. No era verdad. No lo creería hasta que no hablara con Aarón.
—Tengo que verle. Llévame a la comisaría, Sharif. Por favor, llévame ahora mismo.
—No van a permitirte verle. Han llamado a sus padres, pero antes la policía tiene que terminar de interrogarle.
Jesslyn cerró los ojos y respiró profundamente.
—¿Quieres que me crea que a ti no te permitirían verle? ¿Me estás diciendo que no van a dejar que el rey Sharif Fehr vea al chico?
—Jesslyn… —Sharif suspiró.

—Sharif, puedes hacer que yo le vea.

—Sé que te preocupas mucho por tus alumnos, pero…

—Sharif, por favor. Por favor.

Se hizo un tenso silencio. Por fin, Jesslyn le oyó suspirar de nuevo.

—Enviaré un coche para que vaya a recogerte, *laeela*, pero entiende que esto es muy serio. Tienes que comprender que se le ha denunciado.

El coche de Sharif llegó en menos de una hora. En el asiento posterior del Mercedes, Jesslyn repasó mentalmente la escena con Aarón aquel mediodía.

El chico había estado disgustado al entregarle el regalo, sentimental. Pero… ¿había estado fingiendo? ¿Había sido el regalo una oportunidad para ocultar su delito?

Sharif estaba en la comisaría cuando ella llegó.

Jesslyn se había cambiado de ropa y ahora llevaba un vestido suelto de lino de color chocolate de manga larga. Era un vestido que se ponía cuando no quería atraer la atención hacia su figura, ya que sabía que tanto hombres como mujeres solían llevar vestidos largos que ocultaban sus cuerpos. Sharif también se había cambiado.

Él le ofreció la mano para ayudarla a salir del coche y ella no pudo rechazarla.

—Tienes la mano muy fría —comentó Sharif.

—Estoy nerviosa —confesó ella antes de mirar al cielo. Estaba empezando a oscurecer. Su avión salía en poco más de tres horas.

—¿Crees entonces que lo ha hecho? —preguntó Sharif.

—No —ella le lanzó una mirada desesperada—. Estoy segura de que no, pero tengo miedo por él. Si han llamado a sus padres, Aarón estará disgustado. Ojala nada de esto hubiera ocurrido.

—Pero ha ocurrido. Ahora, lo único que podemos hacer es ver cómo está la situación.

Entraron en la comisaría con la escolta de Sharif rodeándoles. Los policías mostraron gran respeto por él y, después de diez minutos de saludos, el jefe de policía y Sharif se apartaron para tener una conversación en privado.

Jesslyn, angustiada, se quedó esperando a que volvieran, rezando por que Sharif convenciera al jefe de policía de que la dejara ver a Aarón. Por fin, Sharif la llamó.

—Nos van a permitir ver a tu alumno y que tú le preguntes lo que quieras, pero debes comprender que todo parece indicar que es culpable de lo que se le acusa —Sharif la miró fijamente—. Jesslyn, las consecuencias van a ser severas.

Ese era otro de sus temores.

Sharjah era el segundo hogar de ella, pero reconocía sus peligros; especialmente, para adolescentes despreocupados o traviesos que quebrantaban las leyes.

Afortunadamente, los adolescentes no iban a la cárcel por robar o destruir propiedad privada, pero el castigo no iba a ser leve y, a un nivel emocional, podría dejar cicatrices.

—Lo comprendo —respondió ella en un susurro.

Les condujeron a un pequeño despacho y, mientras esperaban a Aarón. Jesslyn jugueteó nerviosa con el anillo que llevaba en el dedo corazón y que le había regalado su abuela al cumplir los dieciocho años. Siempre lo había considerado «su anillo de la suerte» y ahora lo tocaba para que se la diera.

Por fin, la puerta se abrió y el jefe de policía apareció escoltando a Aarón.

Aarón se dejó caer en una silla con la cabeza baja.

—Aarón —dijo ella con voz suave.

El chico alzó el rostro y Jesslyn vio que había estado llorando.

—Señorita Heaton —dijo Aarón con voz quebrada.

A ella se le encogió el corazón. Era su alumno preferido y sentía una gran desazón al verle así. Ni siquiera sabía qué decir.

Como si el chico le hubiera adivinado el pensamiento, sacudió la cabeza.

—No lo he hecho, señorita Heaton. Se lo juro. Yo no he sido. Yo no he sido.

—Te han encontrado en el colegio —dijo ella con cuidado—. Dicen que te han pillado corriendo.

Aarón lanzó un gemido.

—Estaba en el colegio porque fui a llevarle el regalo.

—¿Pero por qué corrías?

—Porque se me había hecho tarde para ir a casa. No quería que mi padre se enterase de que había perdido el autobús del colegio.

Jesslyn se mordió el labio inferior con el fin de controlar sus emociones.

—Al parecer, alguien te ha visto saliendo del despacho…

—No, no era yo —Aarón la miró con los ojos llenos de lágrimas—. Puede que alguien estuviera saliendo del despacho y que hubiera robado papeles, pero yo no he sido.

Sharif la miró a ella y luego al chico.

—¿Qué sabes de los papeles?

Aarón tensó la mandíbula, sus ojos llenos de dolor.

—No puedo decírselo.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo —entonces, dejó caer la cabeza y los hombros.

Jesslyn, en su asiento, se inclinó hacia delante.

—Aarón, si sabes quién lo ha hecho, dilo. Te ahorrarías graves problemas.

—Y si se lo dijera, él tendría graves problemas y yo no puedo hacer eso. Su madre se está muriendo…

A Aarón se le quebró la voz y lanzó un quedo sollozo.

Jesslyn respiró profundamente, sabía a quién se había referido Aarón. Sólo un chico de los cursos superiores tenía una madre en puertas de la muerte, era Will. Will Mclnnes. Acababan de llevar a la madre de Will a una residencia y el padre del chico estaba ahogando sus penas en el alcohol y maltratando a sus hijos.

Jesslyn se volvió hacia Sharif.

—Tengo que hablar contigo.

Los dos salieron del despacho y se quedaron de pie en el estrecho pasillo.

Jesslyn le contó a Sharif todo, le habló de la amistad entre Will y Aarón y de cómo los padres de Aarón habían hecho lo posible por incluir a Will en su vida familiar, ya que la de Will se estaba desmoronando.

—Will lo está pasando muy mal —dijo ella con escozor en los ojos —. Y la única persona que le ha ayudado es Aarón. Y ahora, Aarón se marcha.

—Pero ¿por qué robar? —respondió Sharif—. ¿Y por qué poner en marcha el dispositivo de alarma contra incendios? Ha inundado la escuela, destrozando casi todas las clases. Va a tener una ficha policial y su familia va a tener que pagar los desperfectos, lo que va a ascender a miles de dólares.

—En ese caso, no podemos decir a nadie que ha sido Will. Hablaremos con él nosotros.

—¿Nosotros? —repitió Sharif.

—Tenemos que hacerlo. Su padre tiene un genio horrible. No quiero ni pensar en lo que le haría a Will si se enterase de lo que ha hecho.

—Entonces… ¿vas a dejar que Aarón, que puede que sea inocente, pague por un delito que no ha cometido?

—No. Sacaremos a Aarón de este lío.

—Jesslyn.

Ella enderezó los hombros.

—Aarón no ha hecho nada y no es justo que sufra un castigo. Ha sido Will…

—Por lo tanto, es él quien debe ser castigado.

—Pero es un niño, Sharif, y está a punto de perder a su madre. A su madre no le queda mucho tiempo de vida, ni siquiera un mes. Está en la unidad de paliativos. ¿Te imaginas lo que está pasando Will?

A Sharif no le resultó difícil imaginarlo. Al contrario que lo que le

ocurría a la madre de Will, la muerte de Zulima había sido repentina y, por lo tanto, no había habido tiempo para despedidas. Había muerto a causa de un coágulo de sangre después de una cesárea.

—Mis hijas perdieron a su madre —dijo él—. No es justo que los niños pierdan a sus madres tan pronto, pero ocurre.

—Pero si podemos hacer algo, cambiar algo, hacer algo que sea más justo…

—No podemos.

—Podemos —Jesslyn le agarró el brazo con ambas manos, rogándole— Por favor, Sharif. Por favor, ayúdame con estos chicos. Haz que suelten a Aarón. Ayúdame a encontrar a Will y déjame que hable con él. Quizá podamos devolver los papeles.

—Estás pidiéndome un milagro.

Le agarró con más fuerza el brazo.

—Pues haz un milagro, Sharif. Si alguien puede hacerlo eres tú. Puedes hacer lo que quieras. Siempre ha sido así.

Sharif la miró al rostro, fascinado con el rubor de sus mejillas y el rosa de sus labios. Sus ojos mostraban pasión y convicción.

A él se le encogió el corazón al ver la fe que ella tenía en él. Durante los años que había estado casado con Zulima, ella jamás le había mirado así.

—Tendré que utilizar muchos contactos —dijo él mientras pensaba en cómo iba a sacar a Aarón y a Will de aquel lío. Sería complicado, nada fácil, pero conocía a la gente adecuada y con unas llamadas telefónicas…

—Pues hazlo —respondió ella.

—No va a ser sólo cuestión de chascar los dedos —respondió el, intrigado por esa Jesslyn Heaton que tenía delante. Esa Jesslyn Heaton se había convertido en una guerrera, una defensora de los jóvenes.

—Lo comprendo. Pero conozco a estos chicos y los quiero, llevo siendo su profesora durante años. Will está rabioso y Aarón le está protegiendo; pero, al fin y al cabo, son unos niños.

Sharif no había conocido a una mujer con tan buenos sentimientos como Jesslyn. Desde que la conoció, se dio cuenta de que era todo corazón y los años no la habían cambiado.

Impulsivamente, Sharif le acarició la mejilla. Su piel era cálida y sorprendentemente suave. Bajó la mano rápidamente.

—Sería mejor dejar que los chicos aceptaran las consecuencias de sus actos y aprendieran una lección.

—Es posible, si las circunstancias fueran distintas. Pero ahora no; sobre todo, teniendo en cuenta que la madre de Will se está muriendo —Jesslyn lo miró a los ojos—. Hazlo por mí, Sharif. Si lo haces, haré todo lo que pueda por ti.

El pulso de él se aceleró.

—¿Qué me estás ofreciendo exactamente?

Una sombra cruzó los ojos de ella.

—Me necesitas —dijo Jesslyn con firmeza—. Has venido a verme porque querías que fuera la profesora de tus hijas este verano. Está bien, si me ayudas con los chicos, yo te ayudaré durante las próximas dos semanas…

—No, nada de dos semanas. Todo el verano.

Jesslyn palideció visiblemente.

—Pero mi viaje. Mi viaje…

—¿Qué prefieres, tu viaje o sacar a los chicos de este apuro?

Jesslyn le miró fijamente con los labios apretados. Sharif podía darse cuenta de lo que sentía: frustración y resentimiento. Pero también sabía que sólo él podía darle lo que quería.

—Te gustan los niños —añadió Sharif, sorprendido por la opresión que sentía en el pecho—. Mis hijas te necesitan. Mis hijas te necesitan tanto como estos dos chicos.

Sharif la vio considerar sus palabras y vio en sus ojos que ella no se fiaba de él. Pero era Jesslyn quien le había traicionado, no a la inversa. No tenía derecho a desconfiar de él. Era él a quien habían dejado.

Era él quien se merecía no sólo una disculpa sino la verdad. Y conseguiría descubrir la verdad. Después de nueve años, iba a descubrirlo.

Jesslyn se humedeció los labios con la lengua.

—Entonces, si accedo a enseñar a tus hijas este verano, ¿solucionarás este problema?

—El verano entero —dijo él.

Jesslyn alzó la barbilla.

—Entonces, ¿trato hecho?

—Trato hecho —respondió Sharif.

Capítulo 3

Una hora y media más tarde, Sharif estaba a la puerta de la casa de Mclnnes escuchando a Jesslyn sermonear a Will Mclnnes.

Ella no sólo quería que le devolviera esa misma noche los exámenes que había robado, sino que se considerara en libertad condicional: con que sólo rompiera un lápiz o aplastase un insecto con el pie, acabaría con él. Eso si, por fin, no decidía entrar en la casa para hablar con su padre y contarle lo que había hecho.

Cuando Jesslyn volvió al coche veinte minutos más tarde, llevaba un fajo de papeles. Se los dio a él antes de entrar en el vehículo.

—Aquí tienes, son tuyos. Misión cumplida.

—Has sido dura con él —dijo Sharif.

Jesslyn se sentó en el coche y suspiró. El día había sido interminable.

—Así es. Estaba enfadada y decepcionada, y se lo he hecho saber.

Uno de los guardaespaldas cerró la portezuela del coche después de que ella tomara asiento.

—¿Es por eso por lo que Will estaba llorando cuando te ha traído los exámenes? —preguntó Sharif.

—Estaba llorando porque le he dicho que, si volvía a hacer una estupidez semejante, haría que lo arrestasen y le encarcelaran, y quién sabe lo que le ocurriría a su familia.

Sharif enarcó las cejas.

—¿En serio?

—Sí —Jesslyn arrugó la nariz mientras reflexionaba sobre lo que había dicho y hecho—. ¿Tan terrible te parece?

—No, si con eso evitas que se convierta en un delincuente.

—Eso mismo he pensado yo —la limusina ya estaba recomendó las calles de la ciudad; pero, en vez de volver por el camino por el que habían ido, se estaban dirigiendo hacia Dubai—. ¿Es que no vamos a volver a mi casa?

—No. Vamos a pasar la noche en un hotel en Dubai y, por la mañana, vamos a tomar un avión.

—¿Y mis cosas?

—Ya me he encargado yo de eso. Un mensajero ha ido a tu casa a recoger la maleta y la bolsa. Habías dejado ambas cosas al lado de la puerta.

Jesslyn le lanzó una fría mirada.

—No se te pasa nada.

—Eso intento —respondió Sharif con apenas una sonrisa.

En fin, pensó Jesslyn, no tendría vacaciones ese verano, lo iba a pasar trabajando.

—Debes de tener hambre —comentó Sharif en el oscuro interior

del coche—. Son casi las once y supongo que llevas sin comer desde el mediodía.

—Así es, pero no tengo hambre —habían pasado demasiadas cosas.

Aquella mañana había creído que, por la noche, tomaría un avión a Brisbane. En lugar de eso, iba a pasar el verano en Sarq.

¿Cómo iba a pasar diez semanas con Sharif y su familia? El hecho de que él estuviera viudo no cambiaba nada.

—No sé nada del trabajo que he aceptado hacer —dijo Jesslyn—. Tendrás que hablarme de tus hijas. Tendrás que decirme cuántas son, sus edades… y también lo que quieres que haga.

—Lo haré —respondió Sharif—. Pero lo primero es una cena, porque te conozco y sé que necesitas comer. Siempre te saltas comidas por hacer otras cosas y luego, al final, eso hace que te enfades.

—No es verdad.

—Sí lo es. Ya estás de mal humor. Deberías verte la cara. Estas muerta de hambre y agotada.

Jesslyn se mordió los labios para no contestar.

—Bueno, distrae me para que no piense en comida. Háblame de tu familia. ¿A cuántos niños voy a enseñar?

—A tres.

—¿Chicos y chicas?

—Todas chicas.

La expresión de él no había cambiado al contestar, pero Jesslyn notó una tensión que no lograba explicar.

—¿Son bilingües?

—Sí. Pero de todo eso te enterarás mañana cuando vayamos a casa.

A casa. A su casa. A Sarq. Un país que había visitado sólo en una ocasión y, brevemente, para asistir al funeral de Aman. Lo único que recordaba era el calor estival.

Pero aún no habían llegado a Sarq. No, estaban dirigiéndose a la ciudad estado de Dubai.

Actualmente, Dubai era un lugar cosmopolita. La ciudad había florecido con el descubrimiento del petróleo y una de sus grandes fuentes de ingresos era el turismo, especialmente el de lujo. A Jesslyn le parecía demasiado estrafalaria la idea de hacer un archipiélago artificial de trescientas islas en forma de mapamundi o poder esquiar en el desierto.

El río, Dubai Creek, atravesaba la ciudad por el medio: al este, estaba la zona de negocios, Deira; al oeste, Bur Dubai, el barrio histórico y comercial.

Pero el conductor del coche no se dirigía ni a Deira ni a Bur Dubai, sino a la playa Jumeriah, la zona que frecuentaban los ricos y los aristócratas.

A pesar de llevar viviendo en los Emiratos Árabes seis años, Jesslyn conocía muy poco la playa Jumeriah. En primer lugar, porque en algunos hoteles sólo se les permitía la entrada a los huéspedes del hotel y una noche en el Burj Al Arab, supuestamente el hotel más lujoso del mundo, costaba como mínimo mil doscientos ochenta dólares. Pero, evidentemente, eso no era problema para un hombre tan adinerado como Sharif.

—¿Vamos a cenar aquí? —preguntó Jesslyn cuando el conductor entró por el camino que conducía a la entrada del hotel.

—Y también vamos a pasar la noche. Tengo una suite reservada para mí uso exclusivo.

—Qué bien.

Sharif le sonrió. Era la sonrisa de un rey acostumbrado a hacer siempre lo que quería.

Al salir del coche, Jesslyn se sintió como si hubiera entrado en una historia de *Las mil y una noches*: puertas doradas que se abrieron mágicamente, luces tenues, cortinas verdes.

Los uniformados empleados se apresuraron a asistir a Sharif. Demasiadas personas, demasiadas reverencias, demasiado de todo. Estaba sobrecogida.

—Tú tienes tu propia suite —le dijo Sharif—. Y el director del hotel va a llevarte personalmente para asegurarse de que no te falte de nada.

Jesslyn lanzó una mirada a su alrededor.

—Mi equipaje…

El director del hotel asintió.

—Ya está en su suite, señora.

Sharif tomó un ascensor y ella otro, acompañada por el director del hotel y una joven con vestido largo y velo. El director le describió el hotel y le explicó dónde estaba todo, incluidos los restaurantes y los salones.

—Tendrá su propia ayuda de cámara —añadió el director, señalando a la mujer con el velo—. Y cualquier cosa que necesite, no tiene más que decirlo. Además, cenará con Su Alteza dentro de media hora. Meena la acompañará al restaurante donde va a reunirse con el jeque Fehr.

Jesslyn apenas tuvo tiempo para darse un rápido baño, vestirse con una sencilla falda negra y una blusa de seda de color gris perla, y cepillarse el cabello antes de marcharse.

Siguió a Meena hasta el ascensor. Bajaron a otro piso donde volvieron a tomar otro ascensor que las llevó directamente al restaurante, situado en el último piso del lujoso hotel.

Jesslyn tuvo que esquivar un grupo de hombres vestidos con las ropas tradicionales y que mantenían una animada discusión. Captó

trazos de la conversación y descubrió que hablaban del jeque Fehr al parecer, dos o más de esos hombres tenían hijas y cada uno de ellos estaba seguro de que sería su hija quien se casara con el rey Fehr en septiembre.

Jesslyn se sintió como si acabaran de arrojarle un cubo de agua helada.

¿Iba Sharif a casarse otra vez?

Le pareció que la cabeza iba a estallarle. Se llevó una mano a la sien y cerró los ojos, preguntándose por qué pasar otra vez por aquel infierno.

Sus estúpidos valores. ¡Su maldito complejo de Juana de Arco!

Algún día aprendería.

—¿Dolor de cabeza? —preguntó una profunda voz a su lado.

Al levantar el rostro, Jesslyn se encontró con el de Sharif.

—Sí, tremendo —respondió ella, sin explicarle que era él el motivo de su tensión.

—Lo que necesitas es comer. Nuestra mesa está lista.

Sharif hizo una señal al *maître* e inmediatamente les condujeron a una mesa al lado de un ventanal con vistas panorámicas de la ciudad.

Sharif pidió varios aperitivos y la cena.

—Come —dijo él cuando los primeras aperitivos llegaron: carne, pescado y diversos panes árabes—. Ya verás cómo te sentirás mejor.

Pero comer delante de Sharif era casi imposible. Aunque los platos estaban exquisitamente preparados, masticar y tragar le resultó un esfuerzo sobrehumano. Después de unos cuantos intentos, Jesslyn se rindió.

Sharif la miró fijamente.

—¿Tienes alguna de esas enfermedades relacionadas con la comida? Antes no tenías problemas para comer.

Jesslyn sintió alivio al no tener que seguir fingiendo.

—Ha sido un día muy largo y muy duro. Creía que iba a tomar un avión para ir de vacaciones y… En fin, me resulta duro aceptarlo.

—Estás disgustada porque he ganado —dijo él en tono engañosamente suave.

Jesslyn le dedicó una prolongada y fija mirada.

—¿Eso es lo que ha sido para ti, una competición? ¿O una lucha en la que una persona pierde y la otra gana?

La generosa boca de él se curvó; sin embargo, sus ojos seguían siendo duros.

—¿Es que todavía no has aprendido que todo en la vida es una competición? La vida es una continua lucha. Todo es una cuestión de poder. Es una búsqueda por el control.

—¿Es eso lo que has aprendido al hacerte rey?

De repente, Sharif se inclinó hacia delante. Estaba tan cerca, que

ella pudo ver fuego en esos ojos de hielo.

—Es lo que he aprendido al hacerme un hombre.

Nerviosa, Jesslyn cambió de postura en su asiento. Sharif nunca la había hecho sentirse así: ansiosa, nerviosa, inquieta. No obstante, antes nunca habían sido adversarios.

Afortunadamente, en ese momento les llevaron más bandejas y más platos. Pensó que la comida sería una distracción y que Sharif comería y ella tendría un momento para recuperar su compostura. Pero Sharif volvió a inquietarla con una orden.

—Servirás tú —dijo él con autoridad.

—¿Te has quedado sin manos? —preguntó ella sin poder controlar el mal genio.

—Sabes que la costumbre es que la mujer sirva al hombre.

—Si tiene una relación con él. Pero yo no soy tuya, no te pertenezco…

—Pero trabajas para mí —interpuso él con voz queda—. Y como empleada mía que eres, es tu deber servirme.

Jesslyn alzó la barbilla y lo miró con cólera contenida. "Está disfrutando", pensó ella. Sí, estaba disfrutando ejerciendo poder sobre ella.

—¿Por qué has venido a buscarme hoy?

—Necesitaba tu ayuda.

No era sólo eso, había algo más. Lo sabía.

—¿Mi ayuda para qué?

Sharif lanzó un suspiro.

—Ya te lo he dicho, mis hijas necesitan una profesora particular. Quiero que seas su profesora…

—En ese caso no me trates como a una ciudadana de segunda clase —le interrumpió ella—. He accedido a ser la profesora de tus hijas durante este verano, pero eso no significa que sea tu sirvienta. Y tampoco significa que vaya a servirte a ti ni a ningún otro miembro de la familia real.

Sharif le sostuvo la mirada.

—¿Te ha molestado que no te lo haya pedido por favor?

Jesslyn estuvo a punto de tirarle la copa de vino a la cabeza. Luchando por controlar el genio, volvió la cabeza y miró por la ventana las luces de la ciudad.

—Has hecho que me disguste al pedirme algo que jamás me habrías pedido hace diez años —respondió ella al cabo de unos momentos y luego respiró profundamente—. Hace diez años tú me habrías servido a mí.

—Entonces estábamos en Londres —explicó él.

Jesslyn esbozó una dura y amarga sonrisa.

—Y tú no eras el emir —Jesslyn volvió el rostro y, de nuevo, le

miró—. ¿No es verdad? Esto se debe a tu nueva filosofía de perder o ganar como si la vida no fuera más que una lucha por tener el control.

Sharif agarró las pinzas que había en una bandeja y se sirvió una generosa ración de cordero seguida de otra ración de arroz con marisco.

—Toma —dijo él, empujando el cuenco con el arroz hacia Jesslyn —. Considéralo una victoria. Has ganado esta vez.

Jesslyn parpadeó con amargura. ¿Dónde estaba el viejo Sharif, el Sharif amable, tranquilo y considerado?

Como si le hubiera leído el pensamiento, Sharif dijo:

—No soy un monstruo sin corazón. No soy cruel. Me importan mucho el deber, la familia, la responsabilidad.

Palabras que jamás habría utilizado diez años atrás; al menos, así no.

Unos dolorosos recuerdos la asaltaron, recuerdos de ellos dos paseando por Hyde Park agarrados del brazo, riendo, charlando, ignorando los guardaespaldas que les seguían a todas partes.

En aquel tiempo, Sharif había vivido como si no fuera un miembro de una familia real, como si no tuviera que dar cuentas a nadie excepto a sí mismo.

Por supuesto, Sharif había estado equivocado y los dos lo sabían. Pero habían fingido. Durante los dos años y medio que había durado su relación, habían fingido…

Con un esfuerzo, Jesslyn se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Háblame de tus hijas, de su colegio… de todo. ¿Por qué estás tan preocupado por ellas? ¿Qué es lo que quieres que yo haga?

—Un milagro.

Jesslyn, sin comprender, frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Sharif tardó en contestar, jugueteando con la cuchara para hacer tiempo.

—No sé cuál es el problema exactamente —respondió él por fin— Las niñas, al parecer, han tenidos bastantes problemas en el colegio este año, problemas de los que yo no sabía nada hasta que han vuelto a casa para las vacaciones de verano. La tutora ha dicho que ha sido un año difícil para ellas y que no estaba segura de si debían volver al colegio; al menos, no las tres.

Sharif dejó la cuchara en el plato, lo apartó de sí y su mirada se ensombreció.

—No quiero que las niñas se separen. Ya han perdido a su madre, ninguna debería perder a sus hermanas.

Jesslyn asintió. Estaba totalmente de acuerdo con eso.

—¿Ha dado la tutora alguna explicación de porqué ha sido un año difícil? ¿Se refería al aspecto académico o a otra cosa?

—He mirado las notas y han bajado en casi todo, pero lo que más me ha preocupado han sido las notas en conducta. Mis hijas no son unas niñas malcriadas ni mimadas. Son unas buenas niñas, muy educadas. Y, sin embargo, parece que las profesoras… las consideran problemáticas.

—¿Problemáticas?

Sharif respiró profundamente, aquella conversación parecía resultarle muy difícil.

—La más pequeña es la que ha sacado peores notas. Prácticamente, ha suspendido todo. Las profesoras dicen que quizá no debería volver al colegio.

—Quizá no sea el colegio adecuado para las niñas.

—Llevan allí casi dos años.

—No todos los colegios son apropiados para todos los niños.

—Mi difunta esposa iba a ese colegio. Fue ella quien lo eligió.

—¿Qué edades tienen tus hijas?

—Takia tiene cinco años, Saba tiene seis y Jinan, la mayor, tiene siete —respondió Sharif.

—¡Son unas crías!

—Mi esposa también fue a un internado cuando era muy pequeña.

Jesslyn también había ido a un internado en Inglaterra, pero nunca le había gustado, nunca había sido feliz allí. Con el tiempo, se había adaptado, pero había entrado en el internado a la edad de nueve años y no había sufrido la pérdida de su madre.

—Quizá sean demasiado pequeñas —dijo ella eligiendo las palabras con cuidado—. O quizá sea demasiado pronto tras la pérdida de su madre.

Sharif asintió.

—Si ése fuera el caso, estarían más contentas ahora que han vuelto a casa. Pero no es así. Siguen muy introvertidas. Es como si fueran las hijas de otro.

—Quizá no se trate de una cuestión académica entonces.

—Eso mismo pensé yo y, por eso, invité a un especialista en psicología infantil a que viniera a casa a verlas. El psicólogo me dijo que los niños pasan por diferentes periodos de adaptación y que, al final, se adaptarían.

Jesslyn notó tensión y frustración en la voz de Sharif. Estaba realmente preocupado por sus hijas. Quería ayudarlas, pero no sabía cómo.

Y eso fue, más o menos, lo que él dijo cuando continuó:

—Por eso he acudido a ti. Siempre se te han dado bien los niños, incluso cuando empezaste tus estudios de profesora en Londres. Pensé que, sí alguien podía ayudar a mis hijas, eras tú.

—Sharif, no soy una terapeuta, soy profesora.

—Sí, y necesito que les enseñes. Takia no podrá volver al colegio con sus hermanas si no hace los trabajos de recuperación, y las otras van regular en algunas asignaturas. Vas a ser profesora de las tres. Tendrán clase contigo todos los días. He convertido la biblioteca del palacio en un aula y he comprado los libros de texto necesarios.

—Llevo años sin enseñar a niños tan pequeños como tus hijas —le recordó ella—. Mi especialidad son niños más mayores, y según el sistema de enseñanza americano, no el de Inglaterra…

—No hay problema. Tengo los temarios y, si necesitaras algo más, ya sean libros, ordenadores o una ayudante, no tienes más que decírmelo.

¿Por qué tenía tantas dudas? ¿Era porque la educación elemental no era su campo o porque tenía miedo a fracasar con las hijas de Sharif?

—Sharif, sólo quiero dejar claro que, en este caso, no soy la persona más adecuada para ensenar a tus hijas. Yo doy clases de Literatura, Gramática y Ciencias Sociales a chicos de entre once y catorce años. No enseño a leer, sino a interpretar textos literarios —Jesslyn tragó saliva y le miró a los ojos—. Hay miles de profesores en Europa más cualificados que yo…

—Pero ninguno de ellos más adecuado —le interrumpió él, inclinándose para tocarle la mano.

Fue un roce leve y, sin embargo, le hizo contener la respiración. Su roce le resultaba aún familiar, decorosamente familiar. Hacía años que Sharif no había formado parle de su vida y, no obstante, en las últimas doce horas eso había cambiado.

—¿Por qué crees que soy tan adecuada? —preguntó ella con voz súbitamente ronca.

—Ser rey tiene sus ventajas —contestó él después de reflexionar unos segundos y hablando despacio—. No me llevó mucho tiempo apreciar esas ventajas: todo el mundo se somete a ti y hace lo que sea por agradarte. Estoy rodeado de gente deseosa de complacerme.

Sharif hizo una pausa y frunció el ceño antes de continuar:

—Me ha costado más comprender las desventajas: nadie quiere enfrentarse a ti; nadie quiere perder un trabajo, un contacto, una recompensa. La gente tiene miedo a decirme cosas desagradables o a darme malas noticias, aunque sea la verdad.

Sharif se interrumpió y la miró fijamente.

—Quizá hubo un momento en mi vida en que quería obediencia ciega, la adoración de mi gente… pero fue un error. Lo que realmente necesitaba eran personas que me dijeran la verdad. La verdad.

«La verdad», repitió Jesslyn para sí misma, en silencio, hipnotizada por las sombras de la mirada de él. Esas sombras no habían existido cuando se conocieron. Durante su relación, Sharif había sido… libre.

Pero ese Sharif sentado delante de ella no era el mismo. No, ese hombre llevaba un gran peso sobre los hombros; peso, preocupación y cientos de otros asuntos.

—Supongo que no ha debido de ser fácil —comentó ella mirándole y preguntándose cuánto hacia que Sharif no se reía.

—No puedo quejarme —respondió él—. Quiero a mi país. Quiero a mis hijas. Pero no, nada es fácil. Siempre hay que establecer compromisos, hacer sacrificios… En fin, estoy seguro de que tú también te has enfrentado a ese tipo de cosas, ¿no?

Capítulo 4

A la mañana siguiente, Jesslyn se levantó de la cama y fue directamente a la ducha. Cuando salió, se secó el pelo, dejando sus rizos naturales sueltos. Cuando acabó, se puso un vestido sencillo de color amatista para el viaje y también llevaría en el brazo una chaqueta haciendo juego con el vestido.

Se estaba poniendo unos zapatos de tacón color marfil cuando dos empleados de Sharif aparecieron en su puerta para llevarle el equipaje y acompañarla al coche.

Sin embargo, Sharif no estaba en el coche.

—Su Alteza ha tenido que asistir a una reunión esta mañana. Se reunirá con usted en el aeropuerto antes de que salga el vuelo —le informó uno de los hombres de Sharif mientras le sujetaba la portezuela del coche; entretanto, el otro hombre estaba metiendo el equipaje en el maletero.

A Jesslyn no le sorprendió que Sharif tuviera una reunión esa mañana y tampoco ir sola al aeropuerto, ya que era un hombre muy poderoso; sin embargo, no pudo evitar sentirse desilusionada.

El hecho de sentir desilusión le asustó porque significaba que aun sentía algo por él. Lo que le hacía cuestionarse sus motivos al aceptar el trabajo.

La verdad era que no podía permitirse el lujo de tener una relación con Sharif: sobre todo, después de lo que había habido entre ellos.

Pero la verdad era que sí tenía una relación. Ahora ya no podía echarse atrás; sobre todo, después de que Sharif hubiera cumplido con su parte del trato y hubiera solucionado el problema con Aarón y Will.

Cuanto más se aproximaba al aeropuerto, más nerviosa estaba. Se pasó una mano por la falda del vestido. Se había esmerado aquella mañana al arreglarse, se había puesto su vestido preferido. Y, sin embargo, querer estar atractiva, querer que a él le pareciera atractiva era buscar problemas.

Era como abril una vieja herida.

Ella ya no era la novia de Sharif. No era su igual. No era su amiga. Sólo era una profesora. La profesora a la que Sharif había contratado para que enseñara a sus hijas durante el verano.

La limusina se adentró en el aeropuerto y a ella le dio un vuelco el estómago. Ahí estaba.

Pronto se encontraría viajando hacia Sarq, un lugar que había querido conocer desde hacía mucho tiempo. Sí, ahí estaba… como empleada de Sharif.

Jesslyn sintió un sabor amargo en la boca al salir del Mercedes. El cuerpo de seguridad de Sharif estaba ahí. Los hombres de Sharif la condujeron hasta la Terminal de mármol y cristal para ejecutivos. Los

ricos y famosos utilizaban esa Terminal, y también algunos jeques y hombres de negocios.

Estaba observando a la gente que la rodeaba cuando, de repente, las puertas exteriores se abrieron y entró un grupo en el que dominaba un hombre alto y vestido con ropa tradicional.

La atmósfera cambió casi al instante en la Terminal. Muchas cabezas se volvieron e incluso ella sintió una oleada de excitación.

Sharif.

Jesslyn apretó los labios. Sorprendente que Sharif provocara esa reacción en la Terminal de ejecutivos del aeropuerto de Dubai.

Incluso antes de convertirse en el rey Fehr, Sharif siempre había atraído la atención de la gente. Sharif tenía una combinación de belleza y gracia, elegancia e inteligencia.

Jesslyn siempre había admirado la brillante mente de Sharif… y no iba a pensar en su cuerpo.

Le vio abrirse paso estrechando las manos de algunas personas que se encontraban allí. Y, de nuevo, oyó murmullos relativos a una posible boda.

¿Estaba Sharif pensando en casarse otra vez? ¿En un futuro próximo? ¿Había tomado ya una decisión? Y, de ser así, ¿por qué quería que ella fuera la profesora de sus hijas durante el verano?

Confusa, le vio alcanzar la salida del fondo de la Terminal. Sharif no le había lanzado ni una sola mirada y ella se sintió menospreciada, como si fuera un mueble viejo.

Pero entonces, al llegar a las puertas de cristal, Sharif se volvió y, quitándose las gafas de sol, la miró directamente y sonrió, deslumbrándola.

Sí, Sharif se había fijado en ella, había sido consciente de su presencia. El corazón le dio un vuelco.

Sharif le hizo un gesto con la mano, llamándola: «ven».

Ven.

Ojalá hubiera hecho lo mismo cuando ella rompió con él. Ojalá la hubiera llamado, hubiera ido tras ella, le hubiera pedido que regresara a su lado.

Los hombres de Sharif la condujeron hasta él y juntos salieron a la pista bajo el abrasador sol de junio.

—¿Cómo estás? —le preguntó Sharif mientras subían la escalerilla del avión.

—Bien. ¿Y tú? —preguntó ella entrando en el avión.

Sharif le lanzó una rápida mirada al notar el tono frío de ella.

—¿Te ocurre algo?

Jesslyn se encogió de hombros.

—La gente está hablando de ti.

—La gente siempre habla de mí —respondió él acompañándola a

uno de dos asientos enfrentados a un lado del pasillo. Detrás de la zona donde estaban sentados había una pared de madera con una puerta—. Por cierto, tengo que hacer unas llamadas. Volveré cuando ya hayamos despegado.

—Bien.

Sharif desapareció detrás de la puerta.

Lo único que pudo ver Jesslyn al abrirse la puerta era una habitación espaciosa con una alfombra clara y un sofá de cuero.

Después de que él se fuera, una azafata apareció a su lado y le preguntó si necesitaba algo. Después, la puerta se cerró y se dispusieron a despegar.

Una vez en el aire, la azafata regresó y le preguntó a Jesslyn si quería tomar algo.

—Un té, gracias —respondió ella.

En ese momento, Sharif volvió y tomó el asiento que estaba frente al de ella.

—¿Café, Alteza? —preguntó la azafata.

—Sí, gracias —respondió Sharif antes de dirigirse a Jesslyn—. Bueno, dime qué es lo que has oído. ¿Qué se ha rumoreado hoy sobre mí?

Antes de contestar, Jesslyn se lo quedó mirando fijamente. Sharif parecía pensativo, incluso cansado. Dudó entre sí preguntarle o no; al final, decidió que, para su salud mental, lo mejor era que él confirmara o negara los rumores.

—He oído que vas a casarte otra vez.

Sharif arqueó las cejas, pero no contestó.

—¿Es verdad? —preguntó ella.

Sharif titubeó unos momentos antes de responder:

—Volver a casarme tendría sus ventajas y algunos piensan que, para mí, sería ventajoso que me casara con sus hijas. Pero… ¿Tengo novia? ¿Se ha fijado ya la fecha de la boda? —Sharif se encogió de hombros—. La respuesta es no.

—¿Pero vas a volver a casarte?

—Todavía soy joven. Soy viudo. Es normal que vuelva a casarme.

—Entonces es sólo una cuestión de negocios, ¿no?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué he conocido a una mujer maravillosa y que voy a casarme por amor? —Sharif lanzó un quedo gruñido—. No tengo tiempo para el amor. Gobernar me lleva todo el tiempo del que dispongo.

—¿Cuánto tiempo llevas de rey?

Sharif frunció el ceno mientras recordaba.

—¿Cinco o seis años? No me acuerdo exactamente. Digamos que hace ya mucho tiempo.

—Tu padre sufrió un ataque al corazón.

—Sí, murió mientras dormía.

—Leí que os sorprendió mucho a todos. Nadie lo esperaba.

—Eso fue lo que dijeron los medios de comunicación, pero no es verdad. Mi padre había tenido problemas con el corazón hacía años, pero su médico creía que estaba mejor. Mi madre esperaba que estuviera mejor. Yo, sin embargo, había notado que mi padre no estaba bien; pero, por otra parte, mi padre no estaba bien desde la muerte de mis hermanas.

Desde el bachiller, cuando tenían catorce o quince años, Jesslyn y las hermanas mellizas de Sharif habían sido inseparables. Adondequiera que fuesen Jámila y Aman, ahí estaba ella también.

Después de graduarse en la universidad. Jámila y Aman insistieron en que Jesslyn fuera a vivir con ellas a Londres a la casa de su tía en Mayfair. Trabajaban durante el día y se divertían juntas por las noches. Para celebrar su primer año de trabajo, se fueron de vacaciones a Grecia.

Era la última noche en Creta cuando un conductor borracho se chocó contra su coche. Jámila murió instantáneamente, a Aman la llevaron al departamento de urgencias de un hospital, y ella fue hospitalizada debido a heridas, en apariencia, no graves.

En el hospital de Atenas, Jesslyn quiso ver a Aman, pero ésta estaba en la unidad de cuidados intensivos y sólo se permitía a la familia visitarla.

Jesslyn recordaba estar paseándose por los pasillos del hospital llorando. Sabía que Jámila había fallecido y estaba desesperada por ver a Aman. Fue entonces cuando Sharif apareció e hizo que la dejaran entrar en la unidad de cuidados intensivos para ver a Aman, alegando que ella también era de la familia.

Así se habían conocido. En el hospital, antes de que Aman muriera.

—No me sorprende que afectara tanto a tu padre —dijo Jesslyn volviendo al presente—. A veces sigo sin poder creer que no estén entre nosotros. Me acuerdo constantemente de Jámila y de Aman.

—Las tres estabais muy unidas.

Jesslyn tragó saliva para contener la emoción.

—Sin embargo, tus padres me culparon del accidente.

—Mi padre nunca te echó la culpa. Sabía que no eras tú quien iba conduciendo.

—Pero tu madre…

—A mi madre le resultó difícil aceptar que sus hijas hubieran muerto. Pero eso no es culpa tuya.

Jesslyn asintió; sin embargo, las palabras de él no disminuyeron su dolor.

A la semana siguiente del funeral, una secretaria de la reina, la madre de Sharif, la llamó para informarle de que tenía que abandonar

la casa de Mayfair ese mismo fin de semana porque la iban a poner en venta.

Le resultó muy difícil encontrar un lugar donde vivir en tan poco tiempo, pero logró encontrar un diminuto estudio en Notting Hill. Entonces, unos días después de trasladarse al estudio, enfermó seriamente. Al parecer, tenía una hemorragia interna y llevaba sangrando desde el accidente.

Lo bueno fue que lograron contener la hemorragia y curarla.

Lo malo fue que cabía la posibilidad de que nunca pudiera tener hijos.

Y entonces, entre tanta tristeza y sentimiento de pérdida, aparecieron unas flores a las puertas de su casa: tulipanes y delicadas orquídeas violeta. Las flores iban acompañadas de una tarjeta que decía: *Puedes llamarme en cualquier momento. Sharif.*

Sharif había anotado su número de teléfono en la tarjeta. Sharif había sido quien le había informado de la muerte de Aman.

Jesslyn le llamó. Hablaron durante horas. Dos días más tarde, él la llamó y la invitó a cenar.

Sharif la llevó a un pequeño restaurante italiano que daba una comida excelente y cuyo ambiente era acogedor. El restaurante le pareció fantástico y se sintió perfectamente a gusto en compañía de Sharif. Aquella noche, hablaron de Jámila y Aman, hablaron de Grecia, hablaron del tiempo tan malo que estaba haciendo en Londres, a pesar de ser agosto, y cuando él la acompañó hasta su casa, Jesslyn supo que iba a volverle a ver.

Y así fue. Se vieron mucho, a pesar de que él era un famoso, rico y guapísimo príncipe y ella… en fin, era una chica normal de clase media, Pero lo pasaban muy bien juntos y preferían no pensar en sus diferencias sociales ni tampoco en el futuro; al menos, eso fue lo que hicieron durante dos años… hasta que su madre encontró para Sharif una mujer más adecuada para ser su esposa, una princesa de Dubai.

—Hay poca gente en este mundo como tus hermanas —dijo Jesslyn con voz ronca, alejando los recuerdos de su mente y volviendo al presente—. Eran muy divertidas, tenían un gran sentido del humor.

Jesslyn intentó sonreír, pero los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Sabían vivir. Disfrutaban la vida, ¿lo sabías? —preguntó ella.

—Sí, así es —respondió él al tiempo que el avión empezaba a descender—. Abrochare el cinturón. Vamos a aterrizar enseguida.

Una flota de Mercedes les esperaba en la pista del aeropuerto, no lejos de donde el avión había aterrizado.

En menos de tres minutos desembarcaron, se acomodaron en los coches y se marcharon de la Terminal privada reservada a la familia

real de camino a la ciudad y al palacio.

Jesslyn sabía que el noventa por ciento de los ciudadanos de Sarq eran musulmanes y, sin embargo, por las calles apenas se veían mujeres con el velo. Y aunque llevaba seis años viviendo en los Emiratos, le sorprendió ver lo relajada que parecía la gente.

—Es como si aquí estuviera todo el mundo de vacaciones —comentó ella cuando se detuvieron delante de un semáforo.

—La gente dice que Sarq se está convirtiendo en la Costa del Sol de los Emiratos.

—¿Es eso bueno o malo? —preguntó ella mientras observaba a un grupo de chicas que iban por la calle agarradas del brazo.

—Depende. Durante los últimos diez años se han construido muchos edificios, tanto de lujo como relativamente baratos, a lo largo de la costa. A algunos, como a mi hermano Zayed, les parece excelente. Otros, como mi nómada hermano Khalid, quieren prohibir que se siga construyendo.

—¿Y tú qué opinas?

—Yo estoy en el medio. La estabilidad económica le permite a Sarq continuar libre e independiente y, sin embargo, el crecimiento tiene un precio. Aunque la industria del turismo ha favorecido a nuestra economía, el ecosistema ha pagado un alto precio: se han destruido muchas dunas en la costa y están desapareciendo especies de animales.

—Hablas como si estuvieras más a favor de la conservación del medio ambiente que de continuar el desarrollo urbanístico —dijo ella.

—No me queda más remedio. Mi padre no se paró a considerar el impacto que el desarrollo podía tener en nuestra riqueza natural; y, ahora, yo me veo obligado a enfrentarme a las consecuencias.

El coche se adentró en un largo camino marcado por altos muros de estuco, enormes palmeras y árboles frutales.

—Ya hemos llegado —dijo Sharif cuando el Mercedes se detuvo delante de las inmensas puertas de madera y hierro forjado de una verja.

Al momento, las puertas se abrieron.

Jesslyn lanzó su primera mirada al palacio, el lugar del que tanto le habían hablado Jámila y Aman.

Las mellizas habían descrito el palacio como un paraíso. Y, en el momento en que el coche dobló una curva, Jesslyn divisó el extenso edificio color rosa, el palacio, un complejo de villas de estuco de un piso adornadas por buganvillas de color morado, rosa y melocotón. Sí, era un paraíso.

Unas columnas de elaborada talla y pequeñas bóvedas adornaban la entrada y ella, recordando la descripción de sus amigas, sabía que dentro había frescos patios con fuentes, palmeras, dátiles y flores.

Unos empleados uniformados con trajes tradicionales de color blanco aparecieron a la entrada para dar la bienvenida a su rey.

Sharif hizo las presentaciones, explicando que la profesora pasaría con ellos el verano y pidiendo a todo el mundo que se asegurasen de que no le faltara de nada.

Mientras Sharif comunicaba sus deseos, ella miró a su alrededor disimuladamente. El fresco interior del palacio contrastaba con los suaves colores pasteles del exterior. Las paredes eran blancas, los altos techos estaban pintados en azul y dorado, enormes columnas de madera tallada sujetaban los elaborados techos. Estrechos pasillos daban a salas de estar de aspecto íntimo.

Terminadas las presentaciones, los empleados se dispersaron y Sharif la invitó a hacer un pequeño *tour* mientras esperaban a que llegaran sus hijas.

—¿Dónde están?

—Han salido de excursión —respondió él—. Pero llegarán pronto, a tiempo de tomar el té.

Sharif, con orgullo, le enseñó algunas extraordinarias obras de arte que había en el palacio: pinturas, esculturas, armaduras, armas y otros objetos. Había esculturas de la civilización grecorromana, un mosaico de la tumba de un rey bizantino y una enorme alfombra escarlata del imperio otomano.

—¿Y esto siempre ha estado aquí?

—Desde hace generaciones —Sharif sonrió débilmente—. La mayoría de la gente va a los museos para ver este tipo de cosas, yo me crié entre ellas.

En un momento del *tour*, al atravesar un arco, se encontraron delante de unos escalones de piedra que bajaban a un cuarto de estar desde el que se veía un patio con una fuente en medio.

—Este debe de ser el cuarto de estar en el que recibes a la gente, ¿no? —preguntó ella sin dar crédito a la elegancia y tranquilidad del lugar.

—No, éste va a ser tu cuarto de estar —respondió él con una enigmática sonrisa—. Es parte de tus habitaciones, la parte más pública de tus aposentos.

Jesslyn, impulsivamente, acarició la seda de uno de los cojines, todos ellos en diferentes tonos naranjas, limas y rosas.

—Es precioso. ¡Es una habitación digna de una princesa!

—Era el cuarto de estar de las habitaciones de Jámila y Aman.

Jesslyn se volvió y lo miró fijamente.

—¿En serio?

Sharif asintió.

—Quizá no debiera quedarme aquí.

—Sería una equivocación que no lo hicieras. Mis hermanas te

querían mucho. Les gustaría que estuvieras aquí.

Conteniendo las lágrimas, Jesslyn volvió a acariciar el cojín.

—De acuerdo, siempre y cuando no ofenda a nadie. No quiero…

—Nadie va a ofenderse.

—¿Seguro?

—¿Dudas de mí?

Jesslyn no sabía si reír o llorar… o las dos cosas. Por fin, sonrió mientras se secaba una lágrima.

—Normalmente no suelo ponerme sentimental. Sin embargo, desde ayer…

—A los dos nos ha afectado vemos otra vez —dijo él.

—¿A ti te pasa lo mismo?

—¿Cómo no? Estábamos muy unidos. Me conocías mejor que nadie.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al recordar. No, no era ella quien le había conocido mejor que nadie, sino su madre. Su madre había sabido que Sharif elegiría su país y su trono, no a ella. No a su amor.

—Enséñame dónde están los libros. Quiero preparar las lecciones.

—Hoy no vas a dar clase. Hoy conocerás a las niñas y te acomodarás.

Alguien llamó a la puerta que daba al exterior arriba de las escaleras.

—Ah, deben de ser las niñas —dijo Sharif—. Deben de haber vuelto va.

En vez de las niñas era el mayordomo de Sharif.

—Su Alteza, tiene una llamada urgente.

Sharif frunció el ceno.

—¿No han llegado todavía las niñas?

—No, Alteza.

—Deberían haber vuelto hace una hora.

El mayordomo inclinó la cabeza.

—Creo que a eso se debe la llamada.

La expresión de Sharif no pareció cambiar, pero Jesslyn sintió una súbita tensión en el ambiente.

—Discúlpame un momento —le dijo Sharif.

—Sí, claro.

—No tardaré —añadió él.

—No te preocupes, tómate el tiempo que quieras. Entretanto, desharé las maletas.

—Supongo que ya lo habrán hecho; pero si quieres ver tu dormitorio y el cuarto de baño, están ahí, detrás de esa puerta. Mientras tanto, haré que te traigan un té —dijo Sharif.

—No te preocupes, Sharif. Esperaré.

Antes de marcharse. Sharif le lanzó una penetrante mirada.

—No estoy de acuerdo. Creo que hemos esperado demasiado.

Jesslyn no sabía si era por la expresión de Sharif o por su tono de voz; pero, de repente, casi no podía respirar.

—¿Para tomar té?

Sharif arqueó una ceja.

—Si lo quieres entender así…

Capítulo 5

Mientras iba de camino a atender la llamada, Sharif pensaba en Jesslyn.

Siempre había sido guapa: un rostro en forma de corazón, oscuros rizos, delicada piel, cálidos ojos castaños y cejas perfectas. Pero algo era diferente, algo que le hacía mirarla y volvería a mirar sin saber qué era. Estaba más herniosa. Había cambiado.

Se mostraba más reservada, más distante, más cerrada en sí misma.

Desde su reencuentro. Jesslyn le trataba como le trataban iodos, con suma educación, con deferencia. Y aunque no le molestaba exactamente, echaba de menos el fácil trato que había habido entre ellos. Jesslyn siempre le había tratado como a un hombre, no como a un príncipe.

Jesslyn siempre le había gastado bromas, se había reído con él, le había amado. Le había amado.

Ya no le amaba. Había dejado de amarle nueve años atrás, cuando le dejó. Aceptar el soborno de su madre le había demostrado que Jesslyn no le amaba.

Pero de eso se encargaría en otro momento. Sí, conseguiría la verdad en otro momento. Entretanto, estaba decidido a disfrutar de la belleza de ella lodo lo que pudiera y a aprovecharse lo que le fuera posible.

Cuando Sharif se marchó, Jesslyn se paseó por el cuarto de estar pensando en las palabras de él.

«Creo que hemos esperado demasiado tiempo».

¿Qué había querido decir con eso? ¿A qué habían estado esperando?

¿Se había referido a las niñas? O…

O…

¿Se había referido a algo más personal, algo que tenía que ver con ellos dos?

Casi inmediatamente, apartó esa idea como posibilidad. No, Sharif la había llevado allí para que enseñara a sus hijas, nada más.

Sin embargo, no podía evitar un súbito temor acompañado de esperanza.

Un suave sonido musical procedente de la puerta interrumpió sus pensamientos y, acto seguido, vio a una joven vestida a la manera tradicional bajando las escaleras con una bandeja en las manos.

—Para usted. Profesora —dijo la joven mientras llevaba la bandeja con comida, te y flores al cuarto de estar.

—Gracias. Muchas gracias —dijo Jesslyn.

La joven sonrió tímidamente mientras dejaba la bandeja en una de las mesas bajas al lado del sofá de color crema.

—¿Servir yo? —preguntó la joven indicando la tetera.

La joven parecía encantadora y Jesslyn se sentó en el sofá.

—¿Cómo te llamas?

—Mehta, Profesora —respondió la joven al tiempo que se arrodillaba y sonreía más abiertamente: al hacerlo, dos profundos hoyuelos aparecieron en sus mejillas.

Jesslyn no pudo evitar sonreír también.

—Mehta, yo me llamo Jesslyn.

—Profesora Jesslyn.

—No, Jesslyn vale.

—Profesora Jesslyn Vale.

A Jesslyn le gustó Mehta instantáneamente, le gustó mucho.

—¿Te voy a ver con frecuencia, Mehta?

—Sí, Profesora. Yo ayudar todos los días con tu ropa y tu baño y tu té —Mehta se inclinó hacia delante y señaló la telera—. ¿Servir ahora?

Jesslyn, aun sonriendo, respondió:

—Sí, gracias.

Además del té había pasteles rebosantes de miel y rellenos con nueces y pistachos, además del popular *makroudi*: dátiles machacados y cubiertos con semolina.

Jesslyn se estaba lamiendo la miel de los dedos cuando Sharif volvió. Mehta, al ver a Sharif, inclinó la cabeza y se marchó de la estancia silenciosamente.

A juzgar por la expresión de Sharif, de enfado y frustración, Jesslyn se dio cuenta de que pasaba algo.

De repente, sin saber cómo, se sintió segura de que había algo que Sharif no le había dicho, algo que no quería que ella supiera.

Jesslyn ladeó la cabeza y le miró fijamente. ¿Qué era lo que le preocupaba? ¿Qué las niñas no fueran bien académicamente o que las niñas tuvieran problemas de tipo emocional?

—Se trata de las niñas, ¿verdad? —preguntó ella.

Sharif asintió distraídamente, sus grises ojos lanzando chispas de frustración.

—Sí.

—¿Les ha pasado algo?

—No, no es eso —Sharif se dejó caer en el sofá que había enfrente del que ocupaba ella, se pasó las manos por el rostro momentáneamente y luego suspiró—. Lo que ocurre es que no están aquí.

—¿Cuándo van a volver?

Sharif no respondió, pero Jesslyn le vio cerrar una mano en un

puño.

¿Ocurría eso con frecuencia? ¿Qué era lo que no le había dicho Sharif?

—¿Van a volver a tiempo de cenar? —insistió ella.

Sharif sacudió la cabeza.

—Con suerte, volverán a tiempo de dormir aquí; sin embargo, si somos realistas, estarán aquí mañana por la mañana?

—¿Con suerte? ¿Si somos realistas? Estás hablando de tus hijas, ¿verdad?

De nuevo, los ojos de Sharif brillaron de frustración.

—Sharif, ¿dónde están?

—Con su abuela.

—¿Con la madre de Zulima?

—Hasta hace poco, la madre de Zulima vivía aquí, pero ha vuelto a Dubai con su familia. Ahora vive con su segundo hijo.

—Así que las niñas están con tu madre, ¿no?

Sharif asintió.

Jesslyn le observaba detenidamente, intentando colocar las piezas del rompecabezas. Sharif se había callado mucho más de lo que había dicho.

—¿Por qué se marchó la madre de Zulima? ¿Algún problema?

Sharif lanzó un gruñido burlón.

—Aquí siempre hay problemas. Las consuegras nunca se llevaron bien. Las dos intentando imponer su voluntad, y mi madre solía ganar.

Su madre solía ganar siempre, pensó Jesslyn, preocupada por lo que Sharif le estaba diciendo.

Jesslyn conocía a la madre de Sharif lo suficiente para saber que la reina siempre estaba al mando. El padre de Sharif había sido el rey, pero había sido la madre de Sharif la que había impuesto su voluntad en el palacio.

Ella nunca le había gustado a la madre de Sharif. No le había gustado que fuera la amiga íntima de Jámila y Aman y, desde luego, no le había gustado en absoluto que fuera la novia de Sharif.

—Dime, ¿dónde estás las niñas? —insistió Jesslyn.

—Mi madre tiene una casa pequeña en la playa, a una hora y cuarto en coche hacia el norte. Antes era la casa donde solíamos ir de vacaciones, pero ahora se la ha quedado mi madre —Sharif miró a ver si quedaba más té en la tetera; al ver que no, la dejó. Su expresión se ensombreció aún más—. Esta mañana se ha llevado a las niñas a la casa de la playa y ahí están, con ella.

—¿Sabía que venías hoy? —preguntó Jesslyn, pensando que iba a ser muy difícil vivir en el palacio sin tener contratiempos con Su Alteza, la reina Reyna Fehr. Su Alteza era plebeya, pero había compensado su falta de sangre real con una belleza extraordinaria y

un padre muy rico.

—Sí, lo sabía —respondió él con voz tensa—. Hablamos anoche por teléfono y hemos vuelto a hablar esta mañana. Pero mi madre hace lo que quiere cuando quiere y al demonio con todo lo demás.

—Entonces, las niñas y tú la veis con frecuencia, ¿no?

—Todos los días. A pesar de que ha dicho que su casa es la casa de la playa, sigue viviendo aquí, considera esta casa su hogar. Va a la casa de la playa cuando quiere para dejar las cosas claras.

A Jesslyn le estaba costando asimilar lo que Sharif le estaba diciendo.

—¿Y qué es lo que quiere dejar claro?

Sharif lanzó otro gruñido burlón.

—Que es ella quien está al mando.

La situación estaba empezando a aclararse.

Suspirando, Jesslyn se recostó en el respaldo del sofá.

—¿Sabe tu madre que voy a ser la profesora de las niñas durante el verano?

—Sabe que iba a traer una profesora.

Jesslyn lo miró fijamente. Sharif estaba tratando de negar lo evidente. Y quizá eso no ayudara a sus hijas a adaptarse al colegio o a la vida sin su madre.

Pero antes de poder decírselo delicadamente, Mehta volvió con otra bandeja.

—Té, Alteza —dijo Mehta haciendo una reverencia antes de dejar la bandeja en la mesa, delante de él.

—Mehta, yo serviré a Su Alteza —dijo Jesslyn, acercándose la bandeja para que no le estorbara a Sharif.

—Sí, Profesora Jesslyn Vale —respondió Mehta antes de marcharse.

Sharif miró a Jesslyn.

—¿Profesora Jesslyn Vale?

Jesslyn hizo una mueca.

—Me parece que piensa que me apellido Vale.

Sharif sacudió la cabeza.

—Eres una mujer realmente interesante.

—¿Lo que quieres decir es que soy una extraña y peculiar solterona?

—Los dos sabemos que no eres una solterona —dijo él, observándola mientras le servía el té—. Has tenido novios.

—Así es —respondió ella tras unos momentos—. Y, al parecer, tú tienes a tu madre.

Sharif enderezó la cabeza bruscamente y ella casi derramó el té.

—¿Qué quieres decir?

—Me has dicho que tu madre quiere demostrar que está al mando

y yo tengo curiosidad por saber si es verdad.

—No.

A pesar de que Sharif lo negara, podía ser que sí lo pensara así la reina Reyna, y eso conducía a la típica lucha por el poder: en este caso, la lucha de un padre y una abuela por el control de las niñas.

—¿Tenéis desavenencias tu madre y tú respecto a cómo educar a las niñas?

Sharif lanzó una nerviosa carcajada; después, se pasó las manos por los cabellos con expresión de angustia.

—No, que yo sepa.

—Entonces… ¿qué?

Sharif alzó las manos, frustrado.

—Algo va mal, pero no sé qué es. No veo a las niñas lo suficiente para saber cómo se sienten realmente. Cuando estamos juntos, casi ni me miran ni me hablan. Cuando les hago una pregunta, contestan, pero mirando al suelo. Y… —Sharif suspiró—. En fin, no sé por qué se comportan así. Mis hermanas no lo hacían. Estoy algo confuso.

—Dime. Sharif, ¿qué es realmente lo que quieres que haga yo? ¿Quieres que sea su profesora? ¿Quieres que sea su acompañante? ¿Quieres que observe su comportamiento? ¿Qué?

—Todo lo que has dicho.

—En fin, fundamentalmente, quieres que sea su niñera.

—No, ya tienen una niñera. Necesito… Te necesito a ti.

Jesslyn no estaba segura de lo que había querido decir, pero algo en su expresión hizo que se le encogiera el corazón. Impulsivamente, alargó la mano para tocarle. Su intención había sido una caricia amistosa, tranquilizante, pero el roce fue eléctrico.

Bruscamente, Jesslyn apartó la mano y se la llevó al pecho. Debía haber imaginado ese fuego. Pero cuando miró a Sharif a los ojos, lo dudó.

También había fuego en los ojos grises de Sharif, el mismo fuego que había visto cuando estaba en sus brazos, bajo su cuerpo, en la cama.

—¿Te pasa algo? —preguntó él mirándola al rostro.

—No —mintió ella nerviosamente, bajando la mano a su regazo—. Estoy deseando que vengan tus hijas. Por lo que parece, voy a estar muy ocupada con ellas.

—Sí, lo estarás —confirmó él, ahora fascinado con la forma y el color de los labios de ella—. Quizá te siente bien tener la tarde y la noche libres. Una vez que vengan las niñas, no tendrás mucho tiempo libre.

A Jesslyn, el labio inferior comenzó a latirle como si hubiera cobrado vida. Tuvo que hacer un esfuerzo para no cubrirse la boca con la mano.

—En fin, aún es pronto y supongo que tendrás mucho que hacer…

—A Menta le encantará enseñarte la biblioteca. Ahí es donde vas a dar las clases mañana. Está a tu disposición, ve lo que quieras y examina los libros que he comprado.

—Es una idea excelente. Esta tarde prepararé las clases de mañana. Gracias.

Levantándose, Sharif sonrió.

—Así que… ¿no te importa pasar la tarde sola?

—No, en absoluto.

—Estupendo. Entonces, te veré en la cena…

—Quizá debiéramos dejar lo de la cena —sugirió ella apresuradamente, interrumpiéndole—. Voy a tener mucho trabajo y estoy segura de que a ti te pasa lo mismo.

Sharif la miró fijamente.

—Hablaremos de las niñas durante la cena —Sharif se dispuso a salir; pero, al llegar a la escalera, se detuvo—. Y, Jesslyn, la cena es siempre a las siete.

Jesslyn se lanzó de lleno al trabajo. Se enamoró de la biblioteca nada más entrar en ella. Allí encontró los temarios; pero antes de echarles un vistazo, examinó los libros que las niñas estaban utilizando. Iba a ser relativamente sencillo. Lo que le preocupaba era la cantidad. Cada niña tenía montones de libros que versaban sobre Matemáticas. Ciencias Sociales. Literatura, Gramática, Idiomas, Música, Arte, etc.

Sentada en un sillón, empezó a elaborar un plan de trabajo con el que pudiera cubrir todas las asignaturas.

Aún estaba inmersa en el trabajo cuatro horas más tarde cuando Mehta llamó a la puerta.

—¿Lista para un baño, Profesora Vale? —preguntó la joven con sus profundos hoyuelos.

Jesslyn alzó el rostro.

—¿Un baño?

—Antes de la cena.

—Ah, Ya —Jesslyn cerró el libro de texto de Ciencias y se preguntó cómo explicarte a Mehta que no necesitaba darse un baño antes de la cena. Se había dado una ducha aquella mañana—. Todavía tengo mucho trabajo, me lavaré sólo la cara y me peinaré antes de cenar.

Mehta la miró confusa.

—¿No baño?

—Me he dado uno esta mañana.

—¿No baño antes de la cena?

Jesslyn dejó el libro.

—No me doy un baño antes de cada comida, Mehta.
—No baño.
—No.
Mehta frunció el ceño.
—¿No cena?
—No, si cenaré. Voy a cenar con el emir Fehr a las siete. Vamos a hablar de trabajo mientras cenamos…
—Cena con Su Alteza.
—Exacto —Jesslyn, aliviada, sonrío. Por fin se habían entendido—. La cena a las siete.
Mehta se indicó la muñeca, como si tuviera un reloj.
—Cinco y media. Cena a las siete. Baño ahora.
Jesslyn suspiró profundamente. No quería discutir con una empleada de Sharif por un baño. Iba a pasar allí todo el verano. Y sospechaba que iba a necesitar a alguna aliada.
—Está bien, un baño —respondió Jesslyn con fingido ánimo.
Jesslyn no había visto el dormitorio, pero tras seguir a Mehta por el pasillo de columnas que daba al dormitorio, descubrió que éste, con su antigua cama, era tan bonito e incluso más femenino que su cuarto de estar.
—Tu baño —dijo Mehta en el umbral de otra puerta.
Era un cuarto de baño romano con bañera hundida y todo mármol blanco. El techo era abovedado, había altas y finas ventanas y el sol de la tarde le confería una preciosa luz.
—¿Yo te ayudo? —preguntó Mehta.
La enorme bañera hundida ya estaba llena y de ella salía vapor.
—No, me las arreglaré yo sola —respondió Jesslyn. Y al darse la vuelta, vio una bata blanca en un pequeño taburete de hierro forjado. Al instante, agarró la bata—. Me daré un baño y luego me pondré esto, ¿bien?
Mehta sonrió.
—Bien.
Una vez que la puerta del cuarto de baño se cerró, Jesslyn se despojó de la ropa, se metió en la bañera y lanzó un suspiro de placer. No había querido darse un baño, pero ahora que estaba sumergida en aquella agua caliente con aceites que olían a especias y a vainilla, no podía imaginar nada mejor.
Cerrando los ojos, Jesslyn se relajó, sintiéndose absolutamente satisfecha…
—Masaje ahora, Profesora Vale. ¿Bien?
La voz de Mehta la sacó de aquel estado de trance y, rápidamente, abrió los ojos. Y vio a Mehta sonriéndole.
—¿Bien?—repitió la joven.
Jesslyn se sentó en la bañera y, bruscamente, se llevó las rodillas al

pecho.

—No necesito un masaje antes de la cena.

—Masaje bueno antes de cena.

Al ver a una segunda mujer corpulenta, Jesslyn sacudió la cabeza.

—El baño es perfecto. El baño es bueno. Me vestiré y ya está.

—Cena con Su Alteza —dijo Mehta.

—Sí, sí, lo sé, pero… —Masaje antes de cena con Su Alteza. «¡Oh, por el amor de Dios!», exclamó Jesslyn para sí.

—No. Yo no necesito… —pero se interrumpió al ver a la masajista agarrar la bata y avanzar hacia ella.

Y Mehta, saliéndose con la suya, consiguió convertir a Jesslyn en una muñeca Barbie.

Capítulo 6

A Jesslyn le latía el corazón con fuerza cuando se detuvo en el umbral de la puerta del patio real. No podía dar un paso más, dolorosamente consciente de la blusa de seda negra con bordados plateados que Mehta había insistido que se pusiera después de examinar la ropa de ella.

Había comprado aquella blusa para su viaje a Australia, una prenda de vestir que había imaginado se pondría para ir a cenar a algún sitio especial en Cairns o Port Douglas. Ahora, la llevaba para cenar con Sharif. A la blusa acompañaban unos pantalones negros de satén y tacones.

—¿Dónde está la señorita Heaton? —la profunda voz de Sharif, provenía del otro extremo del patio, y ella le buscó con la mirada por el patio iluminado por la luna y alguna antorcha.

—No lo sé muy bien —respondió ella nerviosa mientras daba un paso hacia el palio, sintiendo las cuentas de madera de su collar—. Esto no ha sido idea mía.

No debería haberle permitido a Mehta que eligiera su atuendo. Debería haber sido más firme.

Sharif salió de las sombras.

—Nunca te he visto así.

En vez de la ropa tradicional, Sharif iba vestido al estilo occidental con unos pantalones de sastre color negro y una camisa blanca con el botón del cuello desabrochado.

Ella tampoco lo había visto así nunca. En Londres, Sharif jamás había llevado ropa formal y nunca iba a restaurantes caros. Sus vidas habían sido sencillas y, no obstante, llenas de felicidad.

—Repito, este atuendo no ha sido idea mía —dijo ella a la defensiva—, pero Mehta se ha negado a hacerme caso. En nada.

—Ya veo. Profesora Vale —comentó él acercándose a ella—. Estás muy bien.

Jesslyn no estaba tratando de seducir a Sharif. Lo único que quería era ayudar a sus hijas y luego volver a Sharjah.

—¿Te apetece un cóctel, una copa de vino, champán? —le preguntó él.

—No, gracias. No suelo beber. Sé que muchos occidentales beben en los Emiratos, pero como la mayoría de la gente aquí no bebe… —Jesslyn se interrumpió al mirarle al rostro, la razón la abandonó cuando se perdió en esa mirada gris.

—¿Cómo es la vida de una occidental en Sharjah? —le preguntó él, ladeando la cabeza y sonriendo burlonamente.

—Buena. Me gusta vivir allí. Se ha convertido en mi hogar —Jesslyn intentó sonreír, pero le resultó imposible debido a la forma

como Sharif la estaba mirando.

La estaba mirando como si fuera la cosa más interesante del mundo.

Pero ella sabía lo que era y lo que no; y aquello… era una terrible equivocación. Jamás debería haber ido a cenar con él vestida así.

Un mechón de cabello le cayó sobre el rostro y, alzando la mano, se lo apartó. Mehta la había peinado también, recogiéndole el pelo en un moño suelto sujeto con pequeñas horquillas plateadas y dejándole unos mechones sueltos.

Hacía un rato, al mirarse en el espejo, Jesslyn casi se había desmayado. El peinado, la blusa y el maquillaje hablaban un solo lenguaje, el del sexo, la seducción y el placer.

Jesslyn volvió a intentar sonreír, pero no lo llegó a conseguir.

—Sharif, realmente me siento rara. Esta ropa, este pelo… No soy yo. Lo siento.

—No te disculpes, no es necesario. Pero estoy de acuerdo contigo, algo no encaja —Sharif se cruzó de brazos y la examinó de pies a cabeza.

Entonces, dándose media vuelta, Sharif dio una queda orden y uno de sus mayordomos apareció. Sharif le habló rápidamente y ella no comprendió lo que decía, ya que no conocía aquel dialecto.

Jesslyn miró a Sharif con expresión interrogante cuando el mayordomo se marchó. Sharif la miró con expresión ilegible.

—Va a ser una interesante velada —comentó él sonriendo.

La sonrisa de Sharif la hizo temblar. No quería una velada interesante, sino de trabajo.

—He pasado la tarde examinando los libros de texto de las niñas —dijo ella con demasiada firmeza. Estaba nerviosa, muy nerviosa, muy tensa—. Conozco esos libros de texto, ya que son de la misma editorial que los que utilizo en mis clases de Literatura y Lengua de bachiller. Son muy buenos.

Los ojos grises de Sharif brillaron.

—Me alegro.

Jesslyn tuvo que apartar la mirada, temblando por la intensidad de la de él. Era como si Sharif fuera a desnudarla con los ojos en cualquier momento…

—Por supuesto, no estoy familiarizada con los libros de Ciencias y de Matemáticas, ya que no estoy especializada en esos temas; sin embargo, no son difíciles de enseñar.

Jesslyn estaba haciendo lo posible por no pensar en los ojos de él, en su boca, en sus labios… Cualquier cosa antes que mirar ese trozo de piel de color bronce que el botón abierto de su camisa revelaba.

—Naturalmente, también haremos ejercicios de escritura —añadió ella casi sin respiración—. Supongo que Takia todavía está

aprendiendo a escribir.

Al ver que Sharif no contestaba, ella alzó el rostro y vio que él estaba haciendo un esfuerzo por no sonreír.

—¿Tienes miedo de estar a solas conmigo? —le preguntó Sharif arqueando una ceja.

—No —Jesslyn lanzó una carcajada que pareció más un quejido histérico—. No, claro que no. Lo que pasa es que estoy pensando en las niñas, en nuestro primer día de clase.

—Eres una profesora con gran dedicación a su trabajo.

Jesslyn se negó a mirarle.

—Por lo menos, lo intento.

—Me gusta eso de ti —Sharif guardó silencio ya que, en ese momento, apareció el mayordomo con unas cajas de joyería—. Vamos a ver qué tenemos aquí.

El mayordomo abrió una caja tras otra delante de Sharif. En cada una de ellas, todas forradas con terciopelo y satén, había un collar: brillantes, perlas negras y blancas, zafiros, y uno con brillantes y perlas de los Mares del Sur.

Jesslyn jamás había visto joyas así. Sharif la miró según se abría cada caja. Después de la tercera y última, se volvió hacia ella.

—¿Cuál te gusta más?

Las mejillas de Jesslyn enrojecieron.

—No me tomes el pelo.

Sharif se encogió de hombros.

—En ese caso, lo elegiré yo por ti —y después de examinar los tres, agarró uno de brillantes y se colocó a espaldas de ella.

—Quítate el que llevas.

—Esto es absurdo.

—Vamos, quítatelo.

Un escalofrío lo recomo el cuerpo cuando, con vacilación, se quitó el collar que llevaba. Entonces, cerró los ojos al sentir el pesado collar alrededor de su cuello, los dedos de él rozándole la piel.

—Date la vuelta. Veamos cómo te queda —dijo Sharif.

Despacio, Jesslyn se dio la vuelta y él dio un paso atrás antes de observarla con mirada crítica.

—Muy bonito —dijo él, aunque no parecía convencido.

—Por favor, quítamelo —dijo Jesslyn bajando el rostro y clavando los ojos en el fuego blanco de los brillantes.

En vez de eso, Sharif examinó otro de los collares, el de perlas de los Mares del Sur. Después, abrió el cierre y le colocó las perlas alrededor del cuello.

—Date la vuelta —le ordenó Sharif.

Jesslyn, volviendo la cabeza, le lanzó una furibunda mirada.

—¿Te acuerdas de lo que hablamos anoche? Soy tu empleada, no

tu sirvienta.

Sharif, como respuesta, sonrió perezosa y provocadoramente, y a ella le dio un vuelco el estómago. Sharif estaba jugando con ella y sólo él conocía las reglas del juego.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Jesslyn en un susurro.

—Quiero verte cubierta de joyas, como podrías haber estado… como habrías estado.

A Jesslyn la piel se le erizó.

—Podrías haber sido mi reina —repitió él.

Sin saber qué hacer, Jesslyn alzó los brazos para quitarse uno de los collares; pero antes de poder abrir el cierre, Sharif le apartó las manos con suavidad y luego agarró el último collar, uno de brillantes, zafiros y perlas.

—No, no puedo seguir con esto —dijo Jesslyn sacudiendo la cabeza.

—Te queda por probar uno.

—No, no lo quiero.

—Te gustan las joyas. Y, además, estás guapísima con ellas. Vamos, deja que te lo ponga porque están sirviendo ya la comida y se nos va a enfriar.

—Sharif, no me siento cómoda…

—Pero estás preciosa. Absolutamente preciosa.

Sharif la estaba halagando y, sin embargo, había algo frío en su voz, ira contenida.

—Quizá debiéramos comer solamente —murmuró ella.

—Vamos, por favor, deja que te ponga este collar.

Al cabo de unos momentos, volvió a sentir los dedos de Sharif en su cuello e, involuntariamente, se arqueo hacia él.

No le deseaba.

No le necesitaba.

Ya no le amaba.

Pero le encantaba sentir la piel de él en la suya, le encantaba su calor y cómo la hacía sentir.

Jesslyn, cerrando los ojos, imaginó las manos de él en sus caderas, su duro cuerpo contra el suyo, las palmas de esas manos ascendiendo hasta sus pechos…

Entonces, súbitamente, sintió los labios de Sharif en el cuello. Un breve beso donde los dedos la habían rozado.

—Ya está —dijo él con voz que le hizo pensar en la miel y el sol—. Perfecto.

Cuando Jesslyn se dio la vuelta, él le ofreció la mano.

—Vamos a cenar, *laeela.*

Estaban cenando en el otro extremo del patio, en una tienda de color marfil delicadamente iluminada por una araña de cristal que

colgaba justo encima de la mesa. Había tres velas en la mesa, confiriendo brillo a la porcelana china.

La cena comenzó con unos aperitivos variados: pimientos asados con queso feta y alcaparras; y corazones de alcachofa con jengibre, miel y limón. A los aperitivos siguió una sopa fría de almendras y ajo con guindillas asadas y uvas. Después, una serie de platos que incluían *kefta*, albondiguillas de cordero con salsa de jengibre y limón; *tagine* de vaca con batata; y *koftas* de vaca con puré de garbanzos.

El desfile de platos acabó con una variedad de postres. Jesslyn rechazó tomar postre, estaba demasiado llena, demasiado nerviosa y tenía demasiadas ganas de marcharse. Quería que la cena acabara, pero Sharif pidió postre y café.

Después de que el camarero se marchara, Sharif se recostó en el respaldo de su asiento.

—Me has dicho que te sientes en casa en Sharjah, pero no me has dicho cómo acabaste viniéndote a vivir a los Emiratos. Me resulta extraño.

—Cuando estaba de profesora en la Escuela Americana en Londres, me enteré de que había una vacante en Dubai. El sueldo era bueno y ya me había cansado de Londres, pensé en ir a trabajar a Dubai durante un año y luego volver —Jesslyn se encogió de hombros—. No volví.

—¿Cuánto tiempo estuviste de profesora en Dubai antes de irte a Sharjah?

—Estuve allí un año. Me gustó la escuela de Sharjah, era más pequeña y tenía más independencia, podía incluso elegir mi forma de dar la clase.

Lo que Jesslyn no le dijo era que también había habido vacantes en las Escuelas Americanas de Alemania y Francia, pero ella había elegido Dubai porque echaba de menos a sus amigas Jámila y Aman… y también a él.

¿Cómo podía decirle que vivir y trabajar en los Emiratos la hacía sentirse más próxima a ellos?

—Pero nunca antes habías visitado los Emiratos —comentó él.

—Sí, es verdad. Pero no conseguía dejar de echar de menos a tus hermanas —respondió Jesslyn—. Viviendo aquí, en los Emiratos, casi puedo imaginar que voy a tropezarme con ellas cualquier día; por supuesto. Jámila con una enorme bolsa de compras en las manos.

Jesslyn se interrumpió y suspiró antes de continuar con voz cargada de emoción:

—A Jámila le encantaba ir de compras. A Aman también, pero no como a Jámila. Recuerdo un día que Aman se puso a gritar que nunca volvería a salir con Jámila porque a ésta lo único que le gustaba hacer era comprar y comprar y comprar —Jesslyn se encogió de hombros—

Ya sé que debes estar cansado de oír esto, pero las echo de menos de verdad. Las dos eran muy divertidas y estaban llenas de vida.

—Nunca me cansaría de oírte hablar de ellas. Nadie ya habla de ellas —Sharif arrugó el ceño—. Tú sí las querías.

—Claro que las quería, eran mis mejores amigas. Pero eso ya lo sabes —al mirarle, de repente no se sintió segura de que lo supiera—. Sharif, tú sabías que tus hermanas eran mis mejores amigas, ¿verdad?

—A veces es difícil distinguir entre la realidad y la fantasía —respondió él con expresión inescrutable—. Durante los últimos nueve años he aprendido que las cosas no son siempre lo que parecen.

—¿Como qué?

Sharif sacudió la cabeza y, sin responder a la pregunta, dijo:

—Me gusta oírte hablar de mis hermanas. Mi madre ni siquiera las menciona ya. Creo que nadie lo hace.

—¿Y tú tampoco?

—Debería haberlo hecho, pero tampoco lo he hecho. Han pasado ya muchos años de su muerte, que nos causó mucho dolor. Supongo que todos preferimos olvidarlo.

Jesslyn parpadeó para contener las lágrimas.

—Yo no quiero olvidarlas. Me gusta recordarlas. Eran encantadoras y cariñosas.

Sharif la miró fijamente.

—Eran cariñosas con la gente a la que querían; sobre todo, contigo.

Jesslyn volvió a notar una nota de ira en la voz de él, como si quisiera decir algo que, al final, prefería callarse. No tenía sentido. ¿Por qué podía estar enfadado Sharif con ella después de tantos años? Era él quien se había casado inmediatamente. Era él quien había formado una familia. Ella, por el contrario, seguía soltera.

Guardaban silencio cuando un camarero les llevó el café. Jesslyn tomó el suyo y añadió varias cucharadillas de azúcar.

—¿Tu hermano Khalid tampoco habla de ellas? —preguntó Jesslyn para romper el silencio—. Si la memoria no me falla, se llevaba muy bien con ellas. Sé que lo pasó muy mal cuando murieron.

—No sé quién lo pasó peor, si Khalid, mi padre o mi madre: pero para Khalid fue muy duro. Él tenía tres años menos que las chicas y mis hermanas le tenían muy mimado. Khalid, a veces, nos preocupa, es muy introvertido. No le vemos mucho. Yo, por ejemplo, hace un año por lo menos que no le veo.

—¿Dónde vive?

—En medio del Gran Desierto, aquí en Sarq —Sharif respiró profundamente—. Es el nómada de la familia. Un intelectual, un caballero y un eremita… y distante.

Sharif calló un momento y se encogió de hombros. Después, añadió:

—En fin, no se puede salvar a todo el mundo, ¿no es cierto? Supongo que podemos considerarnos con suerte si podemos salvamos a nosotros mismos.

—Sharif, ¿estás disgustado conmigo?

—¿Por qué dices eso?

Jesslyn no lo sabía. Sharif se había casado con la mujer con la que quena casarse. Tenía la vida que había querido tener.

¿O no?

Extendiendo el brazo, Sharif le tocó el collar de diamantes, acariciándolo, luego siguió hasta las cálidas perlas anidadas entre sus pechos.

Jesslyn respiró profundamente cuando los dedos de él le acariciaron los senos despacio, tan despacio que ella apenas era consciente de lo que Sharif estaba haciendo.

Sharif continuó acariciándole los senos y, al instante, los pezones de ella se irguieron.

—Eras una chica lista y dulce. Eras abierta y divertida. Tenías un aspecto algo descuidado con los *jerseys,* las faldas de pana y los pantalones vaqueros. Ahora ya no tienes aspecto descuidado. Ahora eres deslumbrante.

Durante el tiempo que había hablado, Sharif la había tocado, describiendo enloquecedores círculos en los lados de sus senos… y ella no había hecho nada por detenerle. Nada. Porque quería que la tocara, por impropio que fuera. Quería que siguiera acariciándola, que le tomara los pezones con los dedos y con los dientes, que se los chupara y se los mordiera.

Quería sentir las manos de él en todo el cuerpo: en el vientre, en las caderas y entre las piernas.

Quería que Sharif se colocara entre sus muslos y sentirle otra vez, sentirle dentro… duro, y caliente.

Nunca había deseado que su novio anterior, Roben, le hiciera eso. Con la única persona que quería hacerlo era con Sharif.

Pero Sharif no estaba interesado en ella. Sólo estaba jugando con ella, castigándola.

Con un esfuerzo, Jesslyn se apartó.

—Te casaste con la mujer adecuada, la hiciste tu esposa —dijo ella, alzando las manos para quitarse el collar de diamantes y dejarlo en la mano de Sharif—. Tu madre estaba de acuerdo. Tu padre estaba de acuerdo. Dejaste contento a todo el mundo.

La mano de Sharif se cerró sobre el collar.

—¿Incluso a ti?

Aquella pregunta la hería. Respiró profundamente a la vez que se quitaba el collar de zafiros. Después, se lo entregó a él.

Sabía Sharif que ella se había dado cuenta demasiado tarde de que

lo único que había hecho era castigarse a sí misma al rechazarle en un ataque infantil y que luego el orgullo le había impedido volver a él para decirle que se había equivocado, que sólo había sido una rabieta?

—Dime, ¿te quedaste tú también contenta? —insistió él.

—No sé cómo responder a eso —contestó ella, consciente de que no habría sido la esposa apropiada para él.

Pero le había amado apasionada y totalmente.

Inclinándose hacia delante, Sharif le pasó un dedo por debajo de un ojo.

—Una lágrima —dijo él.

—Siempre hay dolor. Sharif. Pero aquí estamos, nueve años después. La vida está llena de sorpresas —entonces, Jesslyn lanzó un sollozo ahogado mientras se esforzaba por contener las lágrimas—. No puedo desabrocharme el collar; por favor, hazlo por mí. No creía que fuéramos a volvernos a ver.

—Quédatelo —dijo él mirándola fijamente a los ojos—. Otro *souvenir* para tu colección.

Y, bruscamente, Sharif se inclinó hacia delante, le cubrió la boca con la suya y la besó.

No fue un beso tímido, sino duro y profundo.

Y con la misma brusquedad con que la había besado se apartó de ella.

—Considera el collar pagado.

Sharif desapareció dejándola completamente desconcertada.

Sharif estaba enfadado con ella. Muy enfadado. Pero no comprendía porqué…

Y entonces se dio cuenta de que lo que Sharif quería de ella no tenía nada que ver con sus hijas.

Capítulo 7

En su terraza, Sharif, con la bata abierta y los pantalones puestos, se apoyó en la fresca pared y se quedo contemplando la luna.

Estaba disgustado. Confuso. Enfadado. Se sentía culpable. Y estaba obsesionado.

Estaba obsesionado con la necesidad que tenía de tomar las riendas de su vida, incluido el tiempo perdido del pasado, el presente que le atormentaba y el futuro que no podría tener.

Había pensado que llevando a Jesslyn allí se enteraría de lo que quería saber, encontraría paz; sin embargo, la presencia de ella estaba teniendo el efecto contrario.

Jesslyn le había llevado de vuelta al infierno.

Llevaba años enfadado con ella por haberle traicionado. Llevaba años creyendo que Jesslyn estaría viviendo en Dubai a todo lujo con el dinero que su madre le había dado; sin embargo, al ver el colegio donde trabajaba y el piso donde vivía, se daba cuenta de que era todo lo contrario.

En ese caso, ¿dónde estaba el dinero que su madre le había dado?

¿Qué había hecho Jesslyn con las preciadas joyas de su familia?

¿Se había gastado todo el dinero?

¿O había necesitado ese dinero para algo de lo que él no sabía nada? ¿Se había quedado embarazada? ¿Qué?

El qué le estaba volviendo medio loco.

Pero necesitaba descubrir la verdad; por lo tanto, seguiría con su plan para obtenerla. Quizá el plan fuera cruel, pero necesitaba la verdad.

Había amado a Jesslyn con todo su corazón. No había imaginado la vida sin ella. ¿Qué no habría sacrificado por ella? ¿A cuánto no habría renunciado?

A todo.

Absolutamente a todo.

Jesslyn se levantó temprano, antes de que saliera el sol. Se vistió, se lavó la cara, se recogió el pelo en una cola de caballo y se fue a la librería.

En la librería, encendió la luz y cerró la puerta suavemente. Los libros estaban donde los había dejado. Se sentó en el sillón, se acurrucó y se dispuso a terminar lo que había empezado el día anterior: el plan de trabajo.

La primera semana iba a pasarla examinando a las niñas de manera informal, descubriendo lo que sabían y lo que no, antes de entrar de lleno en las clases, que durarían medio día: después, por las

tardes, juegos.

Estaba aún inmersa en el trabajo cuando se abrió la puerta y apareció Sharif.

—Buenos días —dijo ella, ocultando su intranquilidad.

—Me han dicho que llevas aquí trabajando desde las cinco y media —dijo él.

—No podía dormir. Quería terminar el plan de trabajo.

—Tienes mucha dedicación.

—Y tú eres un padre preocupado al que he prometido hacer lo que esté en mis manos.

Sharif asintió, miró a su alrededor y luego a ella.

—¿Has desayunado ya?

—No, pero pronto me tomaré un café. Lo necesito.

Sharif agarró la puerta.

—Diré que te lo traigan. ¿Tostadas?

—Sí, gracias.

Sharif añadió:

—Mis empleados me han dicho que tienes dificultades para llamar a Robert por tu teléfono móvil. Si quieres, puedes utilizar el teléfono de la casa.

—Gracias —respondió ella incómoda.

La verdad era que no se había esforzado mucho en ponerse en contacto con Robert. Lo había intentado dos veces y le había dejado un mensaje, pero él no había contestado a la llamada.

Por suerte, el café y las tostadas llegaron. Por desgracia, llegaron acompañados de Sharif. Él no se sentó, se quedó observando desde la puerta mientras le dejaban a ella la bandeja cerca del sillón.

—¿Necesitas algo más? ¿Fruta? ¿Agua?

—No, gracias. Es suficiente.

Pero Sharif no se marchó.

—He estado pensando en una cosa que me dijiste ayer —dijo Sharif inesperadamente— Me preguntaste si mis hijas se parecían a mis hermanas, y esta mañana se me ha ocurrido que Saba, la mediana de mis hijas, es la que más se parece. Saba es la más alegre, posee la insultante sinceridad de Jámila.

—En ese caso, será mi pequeña rebelde —dijo Jesslyn sonriendo.

Sharif, de repente, sonrió también.

—Takia es la encantadora.

—Y es la menor.

Sharif asintió.

—Sí, mi pequeña.

—¿Y la mayor? —preguntó ella.

—Es la típica hija mayor. Es lista, responsable y trabajadora. Es una perfeccionista y bastante maternal con Takia.

—¿Pero Jinan y Takia no se llevan sólo un par de años?

—Dos y medio.

—Sorprendente —Jesslyn sacudió la cabeza, incapaz de imaginar tener tres hijas en tan poco tiempo—. Tu esposa debía de ser increíble. Yo no podría tener tantos hijos en tan poco tiempo.

—Ella tampoco —respondió Sharif con expresión reflexiva—. Murió en el quirófano por una cesárea.

—¿Con el nacimiento de Takia?

—No, estaba embarazada de nuestro cuarto hijo, que también murió.

Jesslyn se estremeció. Debía de ser terrible.

—Lo siento mucho.

—Mi esposa no dejó que su cuerpo descansara entre embarazo y embarazo. Nada más dar a luz quería intentarlo otra vez. Fue una locura… —Sharif se interrumpió un momento y tragó saliva—. Eso la mató.

—¿Por qué tanta prisa? Los dos erais jóvenes. Tenías tiempo de sobra; además, ya teníais hijas.

Pero en el momento en que hizo el comentario se dio cuenta de lo que había pasado. Levantando la cabeza, miró a Sharif a los ojos.

Eran niñas.

¿Y qué era lo que la reina Reyna le había dicho años atrás?: «Sharif, si va a ser rey, necesita hijos. Sharif necesita herederos a quien dejarles el trono».

Y luego había añadido: «Y tú no puedes tener hijos, ¿verdad?»

—A pesar de todo, fuiste feliz con la princesa Zulima, ¿verdad? —preguntó ella con voz queda—. No te arrepentiste de haberte casado con ella.

Sharif frunció el ceño.

—¿Eso ha sido una pregunta o una afirmación?

Jesslyn sonrió traviesamente.

—No estoy segura. Quizá las dos cosas —y entonces, mientras le miraba fijamente, su sonrisa se desvaneció.

Los años le habían cambiado mucho, añadiendo profundas líneas de preocupación a sus hermosos ojos. Echaba de menos su risa fácil. Echaba de menos su cariño. Le había querido mucho y le hacía sufrir verle así.

—Si me arrepiento de algo es de haber venido aquí, al palacio, cuando nos casamos —respondió él con cautela—. Nos habría ido mejor en el extranjero o si nos hubiéramos ido a vivir a nuestra propia casa.

—¿Fue difícil la vida aquí?

Sharif se encogió de hombros con gesto cansado.

—Fue difícil para los dos, pero ella nunca se quejó.

«Igual que sus hijas», pensó ella mordiéndose el labio inferior.

—Por lo que dices, debía de ser una mujer encantadora y muy valiente. Me gustaría haberla conocido.

Sharif lanzó una carcajada y se pasó una mano por el cabello.

—No, no te habría gustado. Zulima era muy hermosa, tenía una buena educación y era de buena familia. Pero no era simpática. No perdía el tiempo con gente que no era…

—¿De buena familia? —sugirió Jesslyn.

—Importante —le corrigió él burlonamente—. En eso, mi madre y ella estaban cortadas por el mismo patrón.

—Entonces… ¿tu madre y la princesa Zulima se llevaban bien?

—Zulima odiaba a mi madre —contestó Sharif después de lanzar otra carcajada.

—¿Se metía tu madre en vuestros asuntos?

La expresión de Sharif se tornó sardónica.

—Vivir aquí no era nada agradable. Había mucha tensión, mucho enfado… Yo no soportaba vivir aquí. Nadie lo soportaba.

—Quizá tus hijas aun no se sientan bien aquí —comentó ella, sin saber qué otra cosa decir después del comentario de él—. Quizá este palacio les haga sentir más la pérdida de su madre, ¿no?

—En ese caso, ¿no estarían contentas de estar en Inglaterra? ¿No querrían estar en el internado? —Sharif sacudió la cabeza—. Entenderás mejor lo que estoy diciendo cuando las niñas vengan. Mis hijas no se ríen y apenas hablan; y, cuando lo hacen, es entre ellas.

No, no era normal, pensó Jesslyn.

—¿Qué hay de su vida afectiva? ¿A quién acuden cuando necesitan un abrazo o que alguien las mime un poco?

—Su niñera lo intenta —respondió él.

—¿Y tú? ¿No acuden a ti?

De nuevo, una sombra cruzó la mirada de él.

—No.

—¿Por qué no? No eres un ogro. Hablas de ellas con tanto cariño…

—Hablar es fácil —bruscamente, Sharif se apartó de la pared, volvió la cabeza y dirigió la mirada hacia un pasillo con columnas—. Ahí están. Ya han llegado.

* * *

Las presentaciones fueron más tensas de lo que Jesslyn había imaginado. Las niñas se quedaron de pie delante de su padre con las espaldas derechas y las cabezas bajas. Ni una sola vez le miraron. En cuanto a él, su voz carecía de cariño y emoción.

—Mis hijas —dijo Sharif, señalándolas una por una—. Jinan, la mayor. Saba, la mediana. Y Takia, la pequeña.

Cada niña inclinó la cabeza, pero ninguna alzó el rostro ni dijo nada, ni siquiera una mirada curiosa.

Jesslyn estaba realmente sorprendida. Esas niñas parecían hermosas muñecas de madera. No veía vida en ellas, ni brillo en sus ojos… ni una sonrisa.

No sabía el motivo de su comportamiento, pero acabaría sabiéndolo.

Media hora más tarde, Jesslyn llevó a las niñas a su cuarto de estar, que en esos momentos estaba bailado por la luz dorada del sol.

Las hizo sentarse en el suelo, entre los coloridos cojines de seda, formando un círculo. Entonces, ella también se sentó, al mismo nivel. Contempló sus rostros, que eran absolutamente preciosos, ovalados, con grandes ojos, narices pequeñas y derechas, y pequeñas bocas rosadas.

—Vamos a jugar —dijo Jesslyn en tono animado, consciente de que lo que tenía que hacer durante los próximos días era ganarse su confianza. Consciente de que iba a llevarle tiempo.

Esas niñas necesitaban reír, necesitaban sonreír.

—¿Os gusta algún juego en especial? —preguntó Jesslyn.

Las niñas se limitaron a mirarla.

—Bueno, a mí me gustan muchos juegos —continuó Jesslyn alegremente—. Me gustaría enseñaros uno de mis preferidos. Se llama Pato, Pato, Ganso.

Las expresiones de las tres niñas se tomaron más serias si aquello era posible.

—Yo jugaré primero y así os enseñaré cómo se juega —Jesslyn se puso en pie—. Voy a colocarme detrás de vosotras y os tocaré en la cabeza, por turnos, diciendo palo, pato, pato, hasta que diga ganso. Entonces, a la que le diga ganso, se levanta y va corriendo a pillarme.
—¿Por qué vamos a ir corriendo a pillarte? —preguntó Saba, y las tres se quedaron esperando una contestación.

Jesslyn se encogió de hombros.

—Porque es divertido levantarse de un salto y correr de un lado a otro —pero vio que no había logrado convencerlas—. Ya veréis como os gusta cuando juguemos.

La pequeña Takia frunció el ceño.

—¿Por qué ganso? ¿Por qué no pollo?

—Perdona —interrumpió Jinan en tono altivo—, pero Jaddah, la abuela, ha dicho que íbamos a estudiar ¿Por qué no vamos a hacer matemáticas y a leer libros?

—¿Preferís estudiar Matemáticas a jugar?

—Jugar es para niños —dijo Saba.

Jesslyn se mordió los labios para contener una sonrisa.

—Vuestro padre me ha dicho que tenéis cinco, seis y siete años.

—Jinan cumplió ocho la semana pasada, y yo voy a cumplir siete dentro de dos meses —dijo Saba con cierto desdén en la mirada.

—¡Qué bien! ¿Tuvisteis una fiesta? —preguntó Jesslyn mirando a Jinan, la niña de ocho anos más adulta que había visto en su vida.

Jinan sacudió la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó Jesslyn.

—Las fiestas son para niños pequeños —contestó Jinan.

—Ya veo —dijo Jesslyn, pensando que tenía que tener unas palabras con Sharif, pero sabiendo que tenía que esperar a que las niñas volvieran con la niñera.

—¿Qué es lo que ve? —preguntó Takia, que parecía confusa.

—La situación —respondió Jesslyn—. Veo por qué no queréis correr y jugar. Ahora ya sois mayores y estáis pensando en la universidad, en cuándo vais a ir y en qué vais a estudiar y…

—Yo no quiero ir a la universidad —interrumpió Takia con un grito—. Odio el colegio.

—Las tres odiamos el colegio —interpuso Saba—. Y no queremos ir a Inglaterra, pero tenemos que ir.

—Aunque, a veces, Inglaterra es mejor que esto —dijo Jinan significativamente, mirando a sus dos hermanas.

Un comentario interesante, pensó Jesslyn mientras se volvía a sentar en el suelo.

—¿Desde cuándo un internado es mejor que la casa propia?

Pero, de repente, las niñas volvieron a cerrarse en sí mismas y la miraron con seriedad cerrando la boca.

—Bueno, me parece que sí vamos a jugar —dijo Jesslyn— Yo seré la primera y se juega así… —y Jesslyn se lanzó a una demostración que pronto logró carcajadas de Takia.

Fuera de la estancia, en el corredor, Sharif estaba oyendo a Jesslyn convenciendo a las niñas de que jugar era divertido, y no estuvo seguro de su éxito hasta que oyó a Takia reír.

La risa de su hija le oprimió el pecho.

Hacía mucho tiempo que no oía carcajadas por parte de sus hijas.

¿Qué le había pasado a su familia? ¿Qué les había pasado a sus hijas? ¿Qué le había pasado a él?

No lo sabía, pero estaba seguro de que Jesslyn ayudaría. Ya le había ayudado, pensó mientras se dirigía a la puerta principal del palacio donde le estaba esperando su limusina.

Estaba entrando en el coche cuando apareció su madre, vestida con la ropa tradicional y el velo.

—¿Vas a marcharte sin decir hola ni adiós? —le preguntó ella fríamente.

—No se te ocurra volver a llevarte a mis hijas de la ciudad sin mi permiso.

—Sólo las he llevado a la casa de la playa.

—Escúchame bien: si vuelves a llevarle a las niñas del palacio sin

mi permiso, no se te permitirá volver. ¿Ha quedado claro?

Los ojos de su madre brillaron como reacción a aquella humillación.

—¡No tienes derecho a hablarme así!

Sharif sonrió sin humor.

—Tengo todo el derecho del mundo; sobre todo, cuando tú me has humillado en público…

—Jamás he hecho eso.

—Todos mis empleados saben que no podías llevarte a mis hijas. Todos mis empleados saben que las niñas deberían haber estado aquí ayer a la hora del té. Pero en vez de eso pasaron la noche en la casa de la playa.

—El tráfico…

—Tenemos un helicóptero.

—Si estás tan enfadado, ¿por qué te marchas ahora?

—Sabías que tengo que tomar un avión a París hoy por la mañana. Sabías que sólo tenía el día de ayer para estar con mis hijas.

—Me resulta imposible recordar los detalles de tus viajes.

—Le diré a alguien que te envíe un calendario con mis citas y mis viajes marcados —dijo Sharif metiéndose en el coche.

Su madre se acercó.

—Que le envíen también otro a tus hijas. Me temo que las niñas casi ni te conocen.

Sharif miró a su madre mientras se le ocurrían docenas de protestas, docenas de disculpas. Pera su madre tenía razón, sus hijas apenas le conocían.

Un profundo dolor se le clavó en el pecho como un puñal.

—Volveré para el fin de semana. Diles a las niñas que pueden llamarme cuando quieran.

Su madre alzó la barbilla.

—Tú también puedes llamarlas.

Sharif le lanzó una encolerizada mirada.

—Mamá, lo he intentado. Pero alguien tiene que encontrarlas y llevarlas al teléfono.

A primeras horas de la tarde. Jesslyn llevó a las niñas a sus aposentos donde la niñera, la señora Frishman, las aguardaba. La primera impresión que la señora Frishman le causó no fue muy buena. La mujer, suiza, mayor que ella y contratada para el verano, parecía demasiado seria para unas niñas tan pequeñas.

—Os veré en la cena —dijo Jesslyn cuando la señora Frishman apareció en la puerta—. Entonces me contaréis qué habéis hecho el resto de la tarde…

—Las niñas van a cenar con su abuela —interrumpió la señora Frishman secamente.

—Ah, qué bien —respondió Jesslyn.

Las niñas la miraron tensamente. ¿Qué era lo que no le estaban diciendo?, se preguntó Jesslyn. ¿Qué era lo que las niñas querían pero no se atrevían a decir?

—En ese caso, quizá venga a daros las buenas noches cuando os vayáis a la cama.

—Acostarlas me corresponde a mí —dijo la señora Frishman—. Usted es la profesora, yo soy la niñera.

—Excelente. En ese caso, niñas, por hoy estáis libres de mí —dijo Jesslyn sin perder la serenidad—. Pero os veré mañana por la mañana después del desayuno y estad preparadas para trabajar duro.

—Bien —dijo Takia—. ¿Palo, pato, ganso?

Jesslyn notó la expresión de censura de la señora Frishman y ocultó su sonrisa.

—Exacto. Y otras cosas… Bueno, hasta mañana —dijo Jesslyn, soplándoles un beso.

De regreso en sus habitaciones, Jesslyn salió a su patio y, al cabo de unos minutos, apareció Mehta.

—¿Quiere un té, Profesora Vale?

—Sí, gracias —respondió Jesslyn sonriendo.

Mehta regresó unos minutos más tarde y le llevó un enorme cuaderno archivador negro.

—Lo siento, el té no está preparado todavía —dijo Mehta bajando la cabeza—. Pero Su Alteza me ha pedido que le dé esto. Es para utilizarlo tú.

Jesslyn vio a Mehta alejarse y luego miro al enorme cuaderno archivador.

Con curiosidad, lo abrió, ojeó el índice y, con sorpresa, vio que aquel archivo contenía información sobre su trabajo.

El material estaba organizado con sumo detalle y en cuatro secciones diferentes. Cada sección dictaba cómo debía comportarse ella y cómo debía relacionarse con las niñas.

Nada de abrazos, ni roces ni ningún tipo de relación inapropiada.

Las niñas debían hablar en voz baja en todo momento. Nada de risas, ni carcajadas, ni cantos, ni juegos.

¿Ni risas ni juegos?

Jesslyn continuó leyendo con creciente aprensión.

Tragándose el mal sabor de boca, pasó a la sección titulada Educación y Objetivos. Ahí leyó que las niñas debían estudiar todos los días y volver a estudiar los libros de texto, de principio a fin, de las asignaturas que habían suspendido; también mejorar su método de estudio. Además de ocho horas de estudio al día, debían tener dos

clases de danza a la semana y también lecciones para modular sus voces. También debían hacer ejercicio diario durante treinta minutos, y practicar el piano y el violín durante una hora todas las tardes.

Después de hacer un cálculo aproximado, Jesslyn se dio cuenta de que a las niñas no les quedaba ni un momento al día para jugar. No tenían tiempo libre para nada.

Todo estaba calculado y organizado para las niñas, minuto a minuto.

No le extrañaba que las pequeñas estuvieran deprimidas. Ella misma se había deprimido.

Tras agarrar un bolígrafo, Jesslyn comenzó a hacer anotaciones en los márgenes de los papeles que tenía en la mano.

Estaba tan absorta en el trabajo que no se dio cuenta de la presencia de una mujer a su lado, leyendo lo que ella anotaba por encima de su hombro, hasta que la oyó decir con voz fría:

—¿Tan pronto tiene problemas con sus responsabilidades, señorita Heaton?

Jesslyn, tras un sobresalto, alzó el rostro. La reina Reyna Fehr.

—Lo que pasa es que no estoy segura de qué es esto —respondió Jesslyn alzando el cuaderno archivador.

—Está muy claro. Es su programa de trabajo —Reyna le agarró el cuaderno.

—Bien, llléveselo, no me hace falta porque no pienso usarlo.

Reyna la miró con odio.

—Insisto que es para usted. Explica exactamente cómo tiene que hacer su trabajo.

—Gracias, pero no necesito que nadie me diga cómo hacer mi trabajo —respondió Jesslyn mirándola fijamente a los ojos—. Ya he disertado mi plan de trabajo…

—Esto es lo que va a hacer.

—No —respondió Jesslyn con voz queda.

—¿Qué ha dicho?

—Que no, Alteza. Las niñas están deprimidas. Casi nunca he visto niñas tan tristes y el contenido de ese cuaderno es, en parte, responsable.

—¿Cómo puede decir eso? Las niñas van mal en el colegio…

—Sólo Takia. He leído la carta de la tutora y Takia está suspendiendo porque echa de menos su casa. Es demasiado pequeña para…

—¡Ya es suficiente! —la interrumpió la reina—. Usted ni siquiera las conoce. Además, no tiene derecho a utilizar ese tono conmigo.

—Puede que aún no conozca a las niñas, Alteza, pero me gano la vida trabajando como profesora y sé enseñar. Y voy a enseñarles, pero a mi manera.

—¡Hablaré con Sharif!

—Sí, hágalo —respondió Jesslyn—. Y cuando lo haga, dígale que yo también quiero hablar con él.

Capítulo 8

Se lo podía haber dicho.

Pasó los días siguientes examinando los conocimientos de las niñas y dio la primera lección con ellas. Las niñas eran muy inteligentes y les gustaba estudiar, y ella no dejó de halagarlas por su habilidad para leer y escribir. Pronto, sus sombríos rostros comenzaron a recompensarla con tímidas sonrisas.

Por fin, llegó el día en que Sharif regresaba. Sin embargo, esa misma mañana, la reina Reyna le informó de que la estancia de Sharif en el palacio sería breve, que al día siguiente salía otra vez de viaje y, por lo tanto, no tendría tiempo para verla.

—Pero verá a las niñas, ¿no? —dijo Jesslyn, tratando de ocultar su desilusión.

—Naturalmente, son sus hijas.

Jesslyn, no obstante, habló con el mayordomo de Sharif y le pidió que le dijera que necesitaba verle. Le dijo que necesitaba hablar con él sobre las niñas y el mayordomo le aseguró que le daría el recado.

Sin embargo, una vez más, Jesslyn no tuvo noticias de Sharif ni esa noche ni a la mañana siguiente.

Volvió a dejar recado de que era urgente que le viera. Estaba preocupada por las niñas y necesitaba información que sólo un padre podía darle.

Esa vez, Sharif sí le envió recado, diciendo que le habría gustado mucho verla, pero que ya había salido para Jordania y que de allí iba a Nueva York. No obstante, una vez que estuviera de vuelta en Sarq, se reuniría con ella para hablar de sus hijas.

Media hora después de recibir el mensaje, Jesslyn acababa de terminar la clase de Matemáticas con las niñas en la biblioteca y, fingiendo no darle importancia, les preguntó a sus alumnas:

—¿Habéis visto a vuestro padre el tiempo que ha estado en casa?

Jinan guardó sus libros y respondió:

—Anoche vino a darnos las buenas noches.

—¿Os leyó algún cuento? —preguntó Jesslyn.

Saba apretó los labios.

—Mi padre no lee.

Jinan, mirando a su hermana, frunció el ceño.

—Sí lee —le corrigió a su hermana—, pero a nosotras no.

Jesslyn se apoyó en la mesa con los brazos cruzados.

—Pero os gustó que viniera, ¿verdad? ¿Hablasteis de los estudios y otras cosas?

Las niñas negaron con la cabeza.

—¿Por qué no? —insistió Jesslyn.

—No podemos molestarle —dijo Takia.

—¿Por qué no? —preguntó Jesslyn mirándolas a las tres.

Las niñas no sabían qué contestar; por fin, Saba se encogió de hombros y respondió:

—La abuela dice que papá tiene muchas preocupaciones y que no podemos molestarle.

Jesslyn alargó una mano y cubrió la de Saba con la suya.

—A él no le molesta que le habléis de vuestras cosas. Vuestro padre quiere que le habléis de vuestras cosas.

Las niñas se miraron entre sí antes de que Jinan sacudiera la cabeza.

—No podemos molestarle —repitió la niña obstinadamente—. Él es el rey.

Jesslyn tragó saliva, forzó una sonrisa y se juró a sí misma hablar con Sharif seriamente cuando volviera, costara lo que costara. Tenía que hacerle comprender que era él, Sharif, quien tenía que cambiar y solucionar aquella situación.

Afortunadamente, los cinco días siguientes transcurrieron rápidamente y, al final de la segunda semana, las tímidas sonrisas de las niñas se transformaron en risas y miradas radiantes. Jinan y Saba contaban chistes. Por fin, después de trece días, las niñas se comportaban como lo que eran, niñas.

Llegó el viernes, el viernes que Sharif regresaba. Jesslyn sabía que llegaría entre las diez y las doce de la noche.

Cuando dieron las diez, Jesslyn salió de sus habitaciones e ignorando las protestas de Mehta, se dirigió al ala del palacio donde estaban los aposentos de Sharif.

El mayordomo, que debía haber sido informado, le salió al paso por el camino para informarle de que Su Alteza no había regresado todavía.

Jesslyn miró con fijeza al mayordomo.

—Tengo que verle.

—Todavía no ha vuelto.

—Pero vuelve esta noche.

El mayordomo inclinó la cabeza.

—Sí, pero volverá muy tarde. Le diré a Su Alteza que desea hablar con él y mañana podrá…

—No voy a esperar hasta mañana —le interrumpió ella educadamente—. Voy a esperarle a que llegue esta noche.

El mayordomo se quedó perplejo.

—No puede esperarle aquí.

—¿Por qué no?

—No hay sitio para sentarse —respondió el mayordomo mirando a su alrededor.

—Le esperare de pie.

—No puede. No es apropiado.

—¿Por qué no?

El mayordomo miró a un lado y al otro y, con expresión de impotencia, alzó las manos.

—Debo ver a Su Alteza —insistió Jesslyn en tono de disculpa—. Y voy a quedarme aquí hasta que vuelva.

El pobre hombre se dio por vencido y se marchó. A los pocos minutos, volvió con un taburete y un cojín para que ella se sentara.

—Tome —dijo él a regañadientes—. Al menos, estará más cómoda.

Jesslyn, sonriendo, le dio las gracias y se sentó en el taburete, apoyando la espalda en la pared.

Cerca de la medianoche, Jesslyn suspiró, cansada de la postura. Sharif debía estar al llegar.

Transcurrió otra media hora y Jesslyn, con los párpados pesados, cerró los ojos…

—¿Qué estás haciendo aquí?

Despertando, Jesslyn abrió los ojos y se dio cuenta de dónde estaba: en el suelo de mármol, a los pies de Sharif.

—Esperándote —respondió ella parpadeando y contiendo un sollozo—. Me dijeron que venías esta noche y necesitaba hablar contigo.

—Son las tres de la madrugada.

—¡Oh! Es tarde —Jesslyn intentó levantarse, pero se le había dormido un pie— Espera un momento, tengo el pie completamente dormido.

—¿Desde cuándo llevas aquí? —le preguntó él con mezcla de compasión y asombro.

Jesslyn bostezó de nuevo, le estaba costando despertar.

—Mmm. Desde las diez.

—Cinco horas —murmuró él—, increíble.

—Insistí en quedarme —respondió ella—. No me has llamado en toda la semana a pesar de los mensajes que te he dejado.

—Increíble —repitió él antes de agacharse para levantarla en sus brazos.

—¿Qué estás haciendo? —protestó ella.

Con facilidad, Sharif se incorporó con ella en los brazos como si no pesara más que Takia.

—Voy a llevarte a tu habitación.

Sharif se puso en marcha y ella se sintió vulnerable y tímida. No sabía cómo manejar semejante intimidad.

—Bien, ya estoy aquí —dijo ella cuando Sharif se adentró en el dormitorio—. Ahora ya puedes dejarme en el suelo.

Sharif la dejó encima de la cama y dio un paso hacia atrás.

—No quiero que vuelvas a hacer la tontería de esperarme media

noche para hablar conmigo.

Jesslyn le miró a los ojos.

—No lo habría hecho si, como te pedí, me hubieras llamado.

Sharif la miró con expresión preocupada.

—Lo siento, pero nadie me dio ningún mensaje tuyo.

—Dejé recado de que necesitaba hablar contigo cuatro veces. Hablé con tres empleados y dejé muy claro que era necesario que hablara contigo.

Sharif frunció el ceño.

—Las cosas en el palacio no marchan como deberían.

—Y que lo digas.

Jesslyn se puso de rodillas en la cama para verle mejor la cara.

—Sharif, la situación aquí es absurda. Tú dices que quieres lo mejor para tus hijas; sin embargo…

Jesslyn se interrumpió. Una cosa era comprender el problema y otra expresarlo con palabras. En Saiq, los hombres se responsabilizaban de las mujeres, incluidas sus madres. Las madres, cuando se quedaban viudas, volvían a las casas de sus hijos. Los hijos protegían, cuidaban y se encargaban de sus madres. Sharif era el mayor de los hermanos Fehr; por lo tanto, el bienestar de Reyna era responsabilidad suya, a pesar de que el precio que estaba pagando por ello era muy alto.

—Sin embargo… ¿qué? —preguntó él.

—Son casi las cuatro de la mañana, no es el momento.

Sharif le puso un dedo bajo la barbilla y le alzó el rostro.

—Jesslyn, llevas casi dos semanas aquí. Vamos, dime, ¿qué les pasa a mis hijas?

Jesslyn le miró fijamente a los ojos. ¿Cómo iba a decírselo?

—Ese cuaderno archivador que me dejaste con miles de reglas…

—¿Qué cuaderno archivador?

—El negro, el que dice que a las niñas no se las puede abrazar ni tocar ni besar… El que dice que las niñas no pueden reír ni jugar. El que insiste en que estudien diez o doce horas al día. El cuaderno archivador negro.

—No sé de qué me estás hablando. Yo no te he dejado ningún cuaderno negro. A mí jamás se me ocurriría establecer normas y reglas como ésas. Me conoces, deberías saberlo. Tiene que haber sido mi madre.

Si creía que eso iba a tranquilizarla, estaba equivocado.

—¿Y no te parece mal? Tu madre tiene a tus hijas, prácticamente, encarceladas… ¿Y a ti te da igual? ¿Vas a decir: «bueno, qué le vamos a hacer, así es mi madre»?

—¡No es eso lo que he dicho!

—No, pero lo parece —dijo ella con el pulso acelerado—. El

problema no son tus hijas, sino tu madre.

—Te he comprendido —respondió él.

—No, no tienes ni idea. Tu madre está metiéndoles a tus hijas en la cabeza miedos y fobias que no tienen fundamento.

Sharif suspiró cansadamente.

—Sé que nunca te ha caído bien…

—¡No se trata de eso, sino de proteger a tus hijas!

—¿De mi madre? —Sharif le lanzó una mirada incrédula—. Jesslyn, te olvidas de que yo soy su hijo y ésta es también su casa.

—Sé que eres su hijo y sé que ésta es su casa también, pero quizá debieras vivir solo, en tu propia casa. En una casa en la que tú seas el cabeza de familia, el padre de tus hijas; en una casa en la que seas tú quien tome las decisiones sin que nadie te contradiga.

Sharif, alargando un brazo, le apartó un rizo del rostro.

—Y te extraña que no le cayeras bien a mi madre cuando te conoció, ¿eh?

—Me porté bien con ella. Demasiado bien —dijo Jesslyn con voz débil, y cerró los ojos por la sensación que los dedos de él le causaban.

Cada vez que Sharif la tocaba, el corazón parecía querer escapársele del pecho. Cada vez que se le acercaba, quería recuperar lo que habían compartido, lo que habían perdido.

—¿Podríamos olvidarnos de mi madre un momento? —preguntó él acariciándole las mejillas con las yemas de los pulgares.

—No podemos olvidarnos de ella. Nosotros… tú tienes que hacer algo al respecto.

—Lo haré.

Entonces. Sharif bajó la cabeza y le cubrió la boca con la suya. Fue un beso prolongado y tan sensual que Jesslyn tuvo que agarrarse a la ropa de él para sujetarse.

Jesslyn sabía que no debería hacer aquello, que tenía que apartarse de él; sin embargo, se sentía como si la hubieran drogado, seducida por el dulce placer del beso de Sharif y las caricias de sus cálidas manos.

Sharif le mordisqueó el labio inferior para luego acariciárselo con la lengua. Estremeciéndose, Jesslyn se inclinó hacia él y Sharif la abrazó, estrechándola contra su duro y fuerte cuerpo, haciéndola sentir su erección.

Jesslyn había olvidado el placer de la intimidad con Sharif. Había tenido relaciones con otros hombres, pero nunca tan apasionadas. Pero no era sólo algo físico, sino emocional también. Le deseaba como en el pasado, en cuerpo y alma. No quería sólo sentir sus manos, sus labios y su piel, también quería su corazón.

Profundizando el beso, Sharif la hizo tumbarse en la cama antes de tumbarse encima de ella.

Jesslyn tembló y, de nuevo, pensó en lo mucho que le había echado de menos, en lo mucho que había echado de menos aquello. Con manos temblorosas, intentó despojarle de la ropa para poder acariciarle la piel desnuda.

Mientras ella tiraba de su ropa, Sharif la desnudó. Entonces, alzando el rostro, clavó esos profundos ojos grises en los suyos, mirándola como si no la hubiera visto nunca, mirándola como si no fuera a volver a verla.

Jesslyn enterró los dedos en los espesos y negros cabellos de Sharif y luego tiró de él para que volviera a besarla.

Esa vez, fue ella quien le besó… con dureza, apasionadamente. Jugueteó con su lengua, la chupó. Quería hacerle sentir lo que le estaba haciendo a ella.

Lo que siempre le había hecho a ella.

Le amaba. Le odiaba. Sin él, su vida no tenía sentido.

Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando se entregó a Sharif, sobrecogida por el deseo y desesperada al saber que lo que estaban haciendo en esos momentos no se iba a repetir nunca.

Sintió las manos de Sharif en todo el cuerpo: en el vientre, en la entrepierna… Sharif la estaba acariciando, estaba haciendo que se humedeciera. Le necesitaba dentro de ella.

Jesslyn le bajó los pantalones por las caderas y después se inclinó hacia él para besarle los duros músculos del abdomen y también los muslos.

Mientras le besaba, sintió las manos de él en su cabello. Después, Sharif le tiró de la cabeza con el frenesí de su pasión.

Jesslyn sabía lo que él quería y pronto sintió esas fuertes manos en los pechos. Tenía la boca muy cerca del rígido miembro, pero todavía le negaba la satisfacción que Sharif estaba buscando.

Sharif le apretó los pezones y ella sopló el miembro de él. Le oyó gemir y entonces, suavemente, lo cubrió con la boca.

Continuó acariciándolo con la boca y las manos hasta que, jadeando y con brusquedad, Sharif la apartó de sí.

—No quiero saber quién te ha enseñado eso —gruñó él con voz ronca y mirada ardiente.

Jesslyn le miró a los ojos.

—Tú. Fuiste tú —susurró ella pasándole las uñas por el pecho.

—Nunca hicimos esto.

—Pero siempre quise hacerlo. Por eso lo he hecho esta noche.

—¿Por qué? —preguntó Sharif con voz ronca.

—Quería poseerte.

Después de quedársela mirando durante unos interminables segundos, Sharif le acarició los hombros y le cubrió los pechos con las manos.

—¿Siempre fue así entre nosotros? —preguntó él con una extraña nota en la voz.

Jesslyn tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

—No lo sé, no me acuerdo.

«Lo único que sé, de lo único de lo que me acuerdo es de lo mucho que te amaban».

—Te deseo. Te deseo con toda mi alma, aunque no se qué es lo que significa…

Jesslyn le interrumpió con un beso, quería hacerle saber lo mucho que necesitaba aquello, lo mucho que le deseaba. No tenía mucha experiencia sexual, sólo había disfrutado del sexo con Sharif.

Pero lo único que le importaba era el momento. Esa noche.

Sharif le devolvió el beso con ardor, con desesperación. Entonces, la hizo abrirse de piernas y, besándola con fiereza, la penetró.

Jesslyn, colocando las palmas de las manos en el pecho de él, se sintió sobrecogida por su fuerza y su tamaño. Era más grande de lo que recordaba. Sentirle dentro la dejó sin aliento.

Se movieron al mismo ritmo, los dos queriendo satisfacer su insaciable deseo.

Jesslyn estaba empezando a perder el control y, con los ojos firmemente cerrados, se aferró a él mientras su cuerpo se convulsionaba.

Su tensión incrementó y sabía que pronto iba a estallar.

Las manos de Sharif le cubrieron las suyas, palmas con palmas, dedos entrelazados, mientras se movía más profundamente dentro de ella. Y con ese último empellón, la lanzó al precipicio.

Durante un momento interminable, Jesslyn se sintió perdida, fuera de su cuerpo; entonces, Sharif la besó otra vez y con un último movimiento alcanzó el clímax, el orgasmo de Sharif justo después que el suyo.

Con el corazón martilleándole el pecho y el cuerpo aún caliente, Jesslyn contuvo el aliento, glorificándose en lo que sentía. Era maravilloso. Estar en los brazos de Sharif no era sexo, era estar donde tenía que estar; en sus brazos, todo encajaba, le pertenecía.

Con Sharif, se sentía como si hubiera vuelto al hogar.

Con Sharif, no era una pobre huérfana ni una becaria en el colegio. No era la pobre sobrina de la tía Maddie. Con Sharif, era perfecta.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos y cerró los párpados con fuerza para no dejarlas escapar.

Quizá aquello no hubiera sido una buena idea. Quizá hacer el amor con Sharif volviera a romperle el corazón.

De repente, Sharif salió de dentro de ella y se levantó de la cama.

—Son casi las seis —dijo él mientras se ponía los pantalones.

Jesslyn abrió los ojos y lo miró en el momento en que Sharif

agarraba su tónica y se la metía por la cabeza.

—Los empleados ya se han levantado —añadió él— Oigo voces en el pasillo. Mehta vendrá pronto.

Despacio. Jesslyn se sentó en la cama y se cubrió con la sábana. Tenía frío y estaba aterrada de que todo hubiera terminado tan bruscamente, sin un beso ni una palabra tierna.

Y entonces recordó que Sharif la había contratado para cuidar de sus hijas, como profesora de sus hijas.

Se mordió los labios e intentó sonreír. No, no iba a llorar. Había conseguido lo que quería: sexo. ¿No era suficiente?

No. no lo era.

«Sonríe», se ordenó a sí misma. «Sonríe como si estuvieras acostumbrada a esto».

—¿Vas a dar clases hoy? —le preguntó Sharif, apenas mirándola, mientras se peinaba con los dedos.

«Eso es, sé todo lo frío que quieras», pensó Jesslyn. Ya no era su novia ni su amante.

Era la profesora. Una empleada más. Una empleada barata para el verano.

Capítulo 9

—¿Clases? —repitió Jesslyn con incredulidad— ¿Un sábado?

Sharif le lanzó una rápida mirada.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que no trabajas los sábados?

Jesslyn decidió ignorar el tono crítico de la voz de Sharif.

—Los niños necesitan descansar. Además, están en vacaciones de verano.

—Sabes que tienen que recuperar algunas asignaturas.

—Y lo harán. Pero ahora, lo que más necesitan es descansar, jugar y estar contigo.

—Luego, más tarde —respondió él—. Primero, por la mañana, clases. Yo tomaré el té con ellas.

—¡Qué maravilla, rey Fehr! Les daré el mensaje.

Sharif giró sobre sus talones.

—¿Qué quieres decir'?

Jesslyn, indignada, le sostuvo la mirada.

—¿Llevas una semana sin ver a las niñas y vas a hacerlas esperar para verte hasta la hora del té? —Jesslyn emitió un sonido de desagrado.

¿Qué demonios le había pasado a Sharif? ¿Qué le había pasado a ese hombre que, en el pasado, era cariñoso, paciente y tierno?

—¿Qué te ha pasado, Sharif? —le preguntó ella cubriéndose con la sábana antes de levantarse de la cama.

Sharif lanzó un gruñido de impaciencia.

—No tengo tiempo para esto.

—No, claro que no. Pero no me extraña, no eres el Sharif Fehr que conocía. Ya no eres el hombre que se preocupaba por sus amigos y por su familia.

—Ahora tengo un trabajo.

—Antes también. Y aunque tenías éxito en tu trabajo, caías bien, gustabas. Y la gente te admiraba. Yo te admiraba.

—Mi pueblo está feliz. Mi pueblo está satisfecho. No tenemos guerras ni somos víctimas de epidemias. La economía es fuerte. La gente tiene trabajo. La gente vive bien.

—Pero tú no —dijo ella con voz ahogada—. Tú tienes trabajo, pero no vives bien. Y además, en tu vida no hay cabida para tus hijas.

—Las veo.

—¡Una vez a la semana! Ves a tus hijas cuando te las encuentras por los pasillos o entre reunión y reunión, o entre… peleas con tu madre.

—¿Para qué crees que te he traído aquí? Sé que necesitan ayuda…

—Pero yo no soy tú. Tus hijas te necesitan a ti —¿cómo era posible que Sharif no lo comprendiera?

Sharif tensó la mandíbula.

—Siento mucho que no te guste como padre, pero hago lo que puedo. Yo nunca veía a mis padres. Y sí, me resultó difícil. Y sí, me sentía solo. Pero comprendía que su trabajo era importante y sabía que se preocupaban por mí, a pesar de que no podía verlos con la frecuencia que me habría gustado.

—¿Preocuparse por ti? —repitió ella— ¿Es eso lo mismo que el cariño?

—Jesslyn.

—Si tus hijas hubieran sido niños, ¿habrías tenido más tiempo para ellos?

Furioso, Sharif dio un paso hacia ella.

—¡Cómo te atreves! ¿Cómo te atreves a tomarte estas libertades conmigo?

Jesslyn se sintió triste y desilusionada.

—Me atrevo porque hace dos semanas acudiste a mí para decirme que tus hijas tenían problemas. Me atrevo porque me dijiste que, entre otras cosas, me habías elegido a mí porque yo era sincera contigo. Así que eso es lo que estoy haciendo, sincerándome —Jesslyn lo miró a los ojos—. Las niñas no necesitan ni niñeras ni nada, sino a ti. Las niñas necesitan a su padre. Sobre todo, teniendo en cuenta que perdieron a su madre.

—¿Y qué hay de mí pueblo? —preguntó él—. ¿Qué hago con los millones de personas que viven en este país? ¿Les digo que no puedo ayudarles porque tengo tres hijas que requieren toda mi atención?

—Sabes perfectamente que no estaba diciendo eso. Las niñas no te necesitan todo el día, pero sí un rato todos los días. Sí, por ejemplo, establecieras una rutina, como cenar con ellas todas las noches o acostarlas y leerles un cuento en la cama…

—¿Quieres que invite también a los ministros a las sesiones de lectura infantil? —dijo él en tono burlón.

Jesslyn se lo quedó mirando un momento antes de sacudir la cabeza con tristeza.

—Ahora eres rey, pero me gustabas mucho más cuando eras simplemente un hombre.

No le sorprendió que Sharif se marchara sin pronunciar una palabra más ni lanzarle una mirada. Después de lo que le había dicho, no podía haber esperado otra cosa.

Idiota, era un idiota, pensó Sharif mientras el agua de la ducha le corría por el cuerpo. ¡Cómo se le había ocurrido hacer el amor con Jesslyn!

No, no le había satisfecho. Le había hecho daño. Marcharse y dejarla le había hecho daño. Estar con ella le había hecho daño.

Jesslyn, la única mujer a la que había amado.

Cerrando los ojos, se apoyó en la pared. Zulima le había odiado por no saberla querer, por haberla llamado Jesslyn en una ocasión mientras hacían el amor; después de aquello, Zulima se distanció de él y jamás le perdonó.

Y luego murió.

Sharif se sentía culpable por haber destruido su matrimonio, culpable por haber dejado a sus hijas sin madre, culpable por no haber sido mejor esposo y no ser mejor padre.

Por fin, Sharif salió de la ducha y, tras agarrar una toalla, se dirigió a su habitación. Después de vestirse y de afeitarse, se encaminó hacia su despacho para empezar el trabajo del día.

Una vez en el despacho y después de haber pedido al mayordomo que le llevara el desayuno, Sharif iba a ponerse a trabajar cuando la puerta se abrió de repente y su madre se adentró en la estancia.

—Deberías llamar antes de entrar —dijo Sharif con voz cansada, consciente de que su madre tenía la intención de considerar el palacio suyo… durante el resto de sus días. Es decir, si él no le paraba los pies. Y había llegado la hora de pararle los pies.

—Quiero que se vaya —dijo su madre a modo de respuesta.

—No es el momento.

—Sharif, no estoy de humor para juegos. Quiero que ella, ésa que está en las habitaciones de tus hermanas, se vaya inmediatamente.

Sharif la miró con expresión impasible.

—Mis hermanas llevan muertas mucho tiempo y sabes perfectamente que otras personas utilizan esas habitaciones. Tan sólo tres semanas atrás la esposa del jeque al-Buremi durmió allí.

—En primer lugar, no entiendo cómo te has atrevido a traerla aquí. Te traicionó. ¡Nos traicionó a todos cuando aceptó ese dinero!

¡Cómo si su madre no hubiera formado parte activa de aquella traición! ¡Cómo si su madre no le hubiera puesto el anzuelo a Jesslyn, pagándole!

Por fortuna, el matrimonio le había enseñado unas duras lecciones: no mostrar jamás sentimiento alguno, no dar muestras de amor ni de vulnerabilidad. Al llegar a su segundo año de casado, Zulima había odiado todo tipo de demostraciones de cariño; sobre todo, por parte de él. Se había acostado con él, pero a condición de que no la besara. Había hecho el amor para concebir, pero siempre y cuando él fuera rápido y se marchara inmediatamente después.

¿Era por eso por lo que después de hacer el amor con Jesslyn se había marchado?

¿Estaba castigando a Jesslyn por el dolor que Zulima le había causado o se estaba castigando a sí mismo?

—Sharif —dijo su madre con voz estridente.

—La necesito —dijo él simplemente—. Y ahora, si me disculpas, tengo mucho trabajo.

—¿Qué quieres decir con eso de que la necesitas?

—He querido decir que las niñas y yo la necesitamos.

—No, de ninguna manera. Escúchame bien, Sharif: esa mujer no era buena compañía para tus hermanas, no es buena para ti y, desde luego, no es buena para las niñas.

—En eso estamos en desacuerdo —respondió él poniéndose en pie —. Era fantástica para mis hermanas, fue maravillosa para mí y es perfecta para mis hijas. Y ahora, repito que tengo mucho trabajo, madre. No quiero empezar el día discutiendo contigo. Te recomiendo que te vayas… ahora mismo.

—Sé que esta mañana has salido de su habitación.

Sharif miró a su madre fijamente.

—¿Qué haces para sacarle a la gente esta clase de información, madre? ¿Les amenazas o le limitas a pagarles?

Las mejillas de la reina Reyna se encendieron.

—¡Yo, al menos, me preocupo por el futuro de este país! Yo, al menos, sé lo que está bien y lo que está mal.

—¿Lo sabes? En ese caso, te sugiero que te marches antes de que te eche.

—Sharif, es tu obligación…

—Encargarme de tu bienestar y protegerte, sí, lo sé. Pero si mis hermanos te conocieran bien, si supieran que te vales del chantaje y de las amenazas para conseguir lo que quieres, te echarían de sus casas… también.

En la biblioteca, Jesslyn y las niñas estaban sentadas alrededor de una larga mesa. Sólo faltaba una hora para el almuerzo y las niñas estaban agotadas.

—¿Es verdad que nuestro padre está en casa? —preguntó Jinan de repente—. ¿O estabas gastándonos una broma?

Saba y Takia también la miraron. Las niñas no le tenían miedo a su padre, pensó ella, simplemente estaban desesperadas por estar con él.

—Ha prometido tomar el té con vosotras.

—¿Cuándo vamos a tomar el té? —preguntó Takia.

—Después de la comida, después de algunas horas más de estudio. Entonces es cuando será la hora del té.

—Cuatro horas —dijo Jinan.

—¿Cuatro horas? —Saba gruñó al tiempo que ponía la cabeza encima de la mesa—. Eso es mucho.

—Muchísimo —dijo Takia.

—¿Qué os parece si hiciéramos algo diferente, algo divertido? —

sugirió Jesslyn con intención de animarlas.

Jinan sacudió la cabeza.

—No podemos divertirnos. ¿Es que se te ha olvidado?

Jesslyn no había oído abrirse la puerta de la biblioteca; pero, de repente, Sharif estaba allí.

—¿Por qué no podéis divertiros? —preguntó él con voz profunda, sorprendiéndolas a todas.

Las niñas, inmediatamente, se pusieron en pie y bajaron la cabeza.

—Bienvenido a casa, padre —dijeron las tres al unísono, obedientemente, mirando a la mesa.

—Gracias —respondió él avanzando hacia ellas—. Me alegro de estar en casa.

Sharif se detuvo, miró a sus hijas y luego a Jesslyn con expresión de perplejidad.

Jesslyn no sabía qué hacer, pero le pareció extraño dejar así a las niñas, de pie y con las cabezas bajas como si estuvieran esperando a que las ejecutaran.

—Niñas, ¿no queréis sentaros y enseñarle a vuestro padre lo que estáis haciendo?

Las niñas se sentaron y agarraron los libros de texto, pero ninguna de ellas parecía atreverse a hablar.

—Jinan —dijo Jesslyn—, ¿por qué no le cuentas a tu padre lo que hemos hecho hoy por la mañana?

Jinan miró a Jesslyn con ojos desmesuradamente abiertos y expresión de perplejidad.

Jesslyn oyó el suspiro de Sharif. Estaba desilusionado. Y ella también. Quería que las niñas estuvieran más relajadas con él, pero Sharif no estaba ayudando mucho. No parecía saber cómo relacionarse con ellas.

Mirando a Sharif, Jesslyn sonrió.

—Esta mañana hemos estado leyendo cuentos y luego vamos a hacer dibujos referentes a lo que hemos leído —haciendo una pausa, miró a sus alumnas con la esperanza de que se abrieran a su padre—. Tus hijas leen extraordinariamente bien. Las tres.

—Yo no leo bien —declaró Takia mirando a su padre con preocupación, su lengua asomando entre sus dientes de leche.

Jinan alzó la cabeza.

—Sí lee bien. Para tener sólo cinco años, lee muy bien.

Saba asintió y le dio una palmada a Takia en la espalda.

—Es verdad. Lee muy bien para tener cinco años.

Jesslyn cruzó los brazos, conteniendo el orgullo que sentía por las niñas. Las adoraba. Sin saber cómo, las quería como si fueran sus hijas.

—Takia, yo sabía que leer se te iba a dar muy bien —dijo Sharif

con seriedad.

Sus hijas lo miraron frunciendo el ceño.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Takia.

Sharif sonrió.

—Porque te encantaba morder los libros cuando eras pequeñita.

Saba rió. Takia sonrió. Jinan miró a su padre con una mezcla de sorpresa y admiración.

—¿Te acuerdas de cuando yo era un bebé? —preguntó Saba a Sharif.

Él asintió y se sentó en el borde del taburete, cerca de Jinan.

—A ti lo que más te gustaba era gritar.

Saba y Takia se echaron a reír; entretanto, Jinan continuó mirando a su padre como si no supiera si podía reírse o no.

—¿Y Jinan? —preguntó Saba señalando a su hermana mayor—. ¿Qué hacía Jinan cuando era pequeña?

Sharif miró a su hija mayor con detenimiento.

—Lo que hace ahora también —respondió él—. Siempre seria y sabia. Siempre decidida a hacerlo todo a la perfección.

—¿En serio? —Takia miró a su hermana y, de nuevo, a su padre.

—Sí —Sharif asintió y le puso a su hija una mano en la cabeza—. Siempre lo ha hecho todo perfectamente.

Jinan alzó la cabeza de repente y, con lágrimas en los ojos, miró a su padre.

—No lo hago todo perfectamente. No hago nada bien —sus pequeños labios temblaron—. Sí lo hiciera todo perfectamente, mamá no se habría muerto y no tendríamos que haber ido a Inglaterra.

Se hizo un momentáneo silencio, un silencio ensordecedor y tenso. Por fin. Sharif bajó la mano suavemente, acariciando el hermoso cabello de su hija.

—Fuisteis a Inglaterra porque allí fue donde estudió vuestra madre y ella quería que vosotras también estudiarais en esa escuela —dijo Sharif con voz suave—. No habéis ido como castigo.

—Pero odiamos ese colegio —declaró Saba con sinceridad.

Takia asintió.

—Sí, lo odiamos.

Jesslyn vio a Sharif tragar saliva. Parecía estar luchando por controlar sus emociones.

—En ese caso, quizá no volváis después del verano —dijo él con cautela—. Es posible que os quedéis aquí.

—¡Y la señorita Heaton podrá ser nuestra profesora! —gritó Saba volviéndose para agarrarle la mano a Jesslyn—. Podrías quedarte con nosotras y ser nuestra profesora siempre.

Jesslyn evitó mirar a Sharif.

—Me encanta estar con vosotras —respondió ella, intentando

mantener un tono ligero—. Pero el verano acaba de empezar y es posible que acabéis odiándome…

—Nunca —interpuso Jinan con pasión—. Eres lo mejor que nos ha pasado desde que murió nuestra madre.

Y eso, pensó Jesslyn conteniendo la respiración, lo decía todo.

En ese momento, la reina Reyna dio unos golpes en la puerta y entró.

—¿Qué es esto? ¿Y la clase? Señorita Heaton, me sorprende usted. Las niñas deberían estar estudiando en este momento…

—He decidido que se van a tomar libre el resto del día —dijo Sharif poniéndose en pie e interrumpiendo a su madre.

—Ah, Sharif —la reina dio un paso atrás—. Perdona, no sabía que estabas aquí. Naturalmente, tienes derecho a ver a tus hijas. Lo que pasa es que creía que ibas a esperar a la hora del almuerzo…

—Vamos a almorzar ahora, juntos. Y luego vamos a hacer algo divertido.

—¿Divertido? —repitió Reyna con voz estridente.

—Sí, nos vamos a divertir —contestó Sharif sonriendo a sus hijas —. No sé qué vamos a hacer, pero lo vamos a pasar bien.

Después de que la reina Reyna se marchara, Sharif le pidió a Jesslyn que comiera con ellos.

Y durante el almuerzo, Jesslyn observó a las niñas mientras le hablaban a su padre de sus estudios.

Notó que Sharif estaba haciendo un enorme esfuerzo por preguntar cosas que las niñas pudieran contestar con facilidad. Por otra parte, cuando él parecía no saber qué decir, Saba o Takia decían algo para continuar la conversación.

Y se enterneció por la forma como las niñas se ayudaban entre sí e incluso ayudaban a Sharif.

—Bueno, entonces ¿qué es lo que vamos a hacer después de comer? —preguntó Saba, la valiente.

Sharif miró a sus hijas y luego a Jesslyn.

—Estaba pensando que, como hace mucho que no utilizamos la piscina, podríamos darnos un baño.

Sus palabras fueron recibidas con un silencio. Por fin, Jinan se inclinó hacia delante.

—¿La piscina para bebés?

Sharif se volvió a su hija mayor con expresión tan seria como la de ella.

—¿Quieres ir a la piscina para bebés?

—No, pero es la única piscina que Jaddah nos deja utilizar. Dice que la otra piscina es sólo para personas mayores.

Sharif frunció el ceño y pareció quedarse pensativo. Entonces, extendió los brazos y suspiró pesadamente.

—Lo siento, niñas, siento mucho daros este disgusto, pero… vuestra abuela está equivocada.

Entonces, ocurrió un milagro.

Jinan se echó a reír. Saba estalló en carcajadas. Y Takia se puso a gritar y a aplaudir.

Sharif miró a Jesslyn y, con una sonrisa, pronunció sin emitir sonido:

—Gracias.

Jesslyn asintió y se tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

Capítulo 10

Después del almuerzo, Jesslyn se puso un práctico traje de baño azul marino y encima un albornoz blanco sencillo. Cuando salió de sus habitaciones, cruzó la parte posterior del palacio por donde se salía a la piscina que, hasta ese día, no sabía que existía.

Se detuvo a las puertas de la verja de la piscina, contemplando lo que sólo podía describir como sorprendente.

La piscina había sido construida de tal manera que pareciese una isla paradisíaca. Tenía puentes colgantes de cuerdas y estaba rodeada de buganvillas y palmeras, con una espectacular cascada en el centro. La cascada artificial de rocas caía formando tres lagunas y cada una de ellas formaba una piscina diferente con toboganes, túneles y comentes de agua. La piscina más cerca de ella parecía ser poco profunda e incluso tenía una playa cuyas doradas arenas quedaban bañadas por suaves olas. ¡Era un paraíso!

Aún estaba contemplando las piscinas cuando Sharif salió del palacio.

—¿Por qué no has entrado en la piscina? —preguntó él—. No era necesario que esperases aquí.

—Parece Fiji —Jesslyn rió y se volvió a él—. ¡Es increíble!

—La han terminado hace un par de meses. La hice construir por las niñas.

—No comprendo por qué las niñas no han mencionado la piscina. Lo normal es que hubieran venido aquí a todas horas.

—No lo sabían.

—¿Qué? —dijo Jesslyn con incredulidad.

Sharif asintió con expresión avergonzada.

—Mi madre estaba en contra de la construcción de la piscina. Le parecía que era una exageración, algo típico de Dubai, pero no apropiado para Sarq. Por eso, sólo ha dejado a las niñas bañarse en la piscina inflable.

Jesslyn no pudo evitar echarse a reír.

—Mi madre no quiere que nadie mime a las niñas —añadió él abriendo la puerta de la verja que se abría a un oasis tropical.

—No se trata sólo de no mimarlas, Sharif. Me preocupa que les esté diciendo cosas que no son verdad.

—¿Como qué? —le preguntó él cerrando la puerta de la verja.

—No te han dicho nada porque tienen miedo…

—Jesslyn, yo jamás he pegado a mis hijas. Nunca les haría daño.

—Cierto, pero tu madre les ha dicho que no pueden molestarte.

—¿Qué?

Jesslyn, con expresión seria, asintió.

—Las niñas me han dicho que tu madre les tiene prohibido acudir

a ti porque tú estás muy ocupado.

—Eso es ridículo. Yo quiero que acudan a mí cuando me necesiten o cuando quieran.

—Pero ellas no lo saben. ¿Se lo has dicho tú? ¿Tienes tiempo para ellas?

Sharif la miró con expresión de incredulidad.

—Naturalmente que sí.

—¿Últimamente? ¿Desde que han vuelto del colegio?

Sharif apartó el rostro, ascendió por la playa y ella le siguió, las suaves olas bailándole los pies.

—Sharif, son tus hijas y llevan mucho tiempo fuera. Necesitan estar contigo. Desgraciadamente, en vez de oír que papá las quiere mucho, están oyendo todo lo contrario…

—Sí, que no pueden molestar a papá —concluyó él.

—Así es.

—Y yo que creía que me odiaban —dijo él sacudiendo la cabeza.

Jesslyn le puso una mano en la espalda.

—No lo sabías.

—Pero soy su padre y debería saber estas cosas —Sharif volvió la cabeza y le puso los dedos bajo la barbilla para mirarla a los ojos—. Y las sabré.

—Muy bien —dijo Jesslyn sonriendo.

—De ahora en adelante, las cosas van a cambiar. Todo va a cambiar.

—Mejor aún. Tienes unas hijas encantadoras. Las adoro. A propósito, ¿dónde están? Estoy deseando ver la cara que ponen cuando vengan y vean esto.

Sharif se apartó de ella, miró hacia la casa y arrugó el ceño.

—Creo que la niñera las ha hecho echarse la siesta. Ha dicho que tenían que hacer la digestión antes de bañarse.

—Pero ya ha pasado una hora y media.

—Quizá mi madre haya intervenido —comentó Sharif extendiendo su toalla en la arena bajo la sombra de una palmera. Entonces, se sentó en la toalla—. Cualquier cosa con tal de evitar que la gente esté contenta.

Jesslyn suspiró. Sí, era eso. La reina Reyna no era feliz; por lo tanto, no podía soportar que lo fueran los demás.

—Sharif, tu madre me preocupa. Está más amargada que hace años, y entonces tampoco parecía muy feliz.

—Lo sé. Mis hermanos también lo han notado. Zayed no quiere saber nada de ella y Khalid se ha ido al desierto.

—Así que sólo quedas tú, ¿eh?

—Sí, y no lo hago muy bien. La verdad es que mi madre me saca de quicio y eso hace que me sienta culpable. No me gusta que esté

aquí, no quiero que esté aquí, pero no tengo valor para echarla —Sharif la miró fijamente—. En serio que lo intento, Jesslyn, aunque tú no lo creas. Pero hablar de estas cosas, aunque para ti sea lo más natural, para mí es muy difícil.

—Sin embargo, hablas conmigo —respondió ella sentándose a su lado.

—Contigo es diferente.

—¿Por qué?

—No sé, porque sí. Me sentí a gusto contigo desde el momento que te conocí. No me sentía un príncipe ni nada, sólo una persona. Un hombre.

—Pero seguro que con Zulima…

—No —le interrumpió Sharif sacudiendo la cabeza.

Jesslyn subió las rodillas hasta pegárselas al pecho y se las abrazó.

—Ella debía adorarte, ¿no? Eres inteligente, cariñoso, guapísimo y tienes un cuerpo increíble —Jesslyn se sonrojó, avergonzada por lo que había dicho— Además, tienes sentido del humor. Es imposible que no te quisiera.

Sharif bajó la cabeza.

—Al poco tiempo de casarnos cometí un gran error —dijo él en voz muy baja—. Zulima jamás me lo perdonó, ni siquiera el día de su muerte.

—No puedo creerlo, Sharif.

Él la miró a los ojos con expresión sombría.

—El día que murió yo estaba con ella en el hospital, sujetándole la mano. Le dije que íbamos a salvarla, le dije que todo iba a salir bien. Y ella dijo que no quería salvarse, que prefería morir.

Jesslyn hizo un esfuerzo por asimilar aquellas palabras.

—¿Qué le habías hecho?

Sharif le tomó una mano y se la besó antes de dejarla de nuevo en la arena.

—La llamé por tu nombre mientras estábamos… juntos.

—Pero fue sin querer —dijo ella.

—Claro que fue sin querer, pero Zulima sabía lo que yo sentía por ti. Sabía que no lo había superado aún.

Jesslyn contempló el hermoso y varonil perfil de Sharif y revivió los momentos que habían pasado juntos la noche anterior. Amaba a Sharif, sentía como si él le perteneciera, como si hubiera estado hecho para ella.

Impulsivamente, Jesslyn se inclinó hacia él y le besó. Pero lo que había sido, en principio, un beso de consuelo acabó siendo algo completamente diferente, algo ardiente y apasionado.

Entonces, súbitamente, Sharif interrumpió el beso, se puso en pie y dio varios pasos hacia la zona de la piscina más profunda.

—Nuestras vidas habrían sido muy diferentes si te hubieras casado conmigo —dijo Sharif de espaldas a ella.

—No habrías tenido a tus hijas.

Sharif volvió la cabeza con expresión apasionada.

—Habrían sido nuestras hijas.

—No —Jesslyn tragó saliva.

Tenía que decirle que no podía tener hijos, tenía que hacerle comprender que no había tenido más remedio que abandonarle nueve años atrás. Aunque Sharif ¡a hubiera amado, ella no habría sido la mujer apropiada para ser la esposa de un rey.

—Para las niñas habría sido maravilloso tener una madre como tú —declaró Sharif con amargura—. Zulima no sabía qué hacer con ellas. Las niñas siempre estaban con niñeras y su madre sólo las veía brevemente y ni siquiera todos los días.

—Y te preocupaba, ¿verdad?

Sharif suspiró y se pasó las manos por el rostro.

—Yo iba a verlas por las noches, pasaba un rato con ellas y salía al patio para enseñarles la luna y las estrellas. Me repetía a mí mismo que las cosas iban a cambiar, que iban a mejorar —Sharif hizo una mueca burlona—. Pero eso no ocurrió.

—No, no es verdad. Está ocurriendo ahora. Estás empezando a ir por el buen camino. Estás empezando a cambiar la situación.

—Pero no sé cómo hacerlo. No sé qué es lo que estoy haciendo. Tengo tres hijas, pero jamás he sido un verdadero padre.

—Sharif, nunca es tarde.

—Nunca es tarde —repitió él antes de mirarla fijamente—. ¿Por qué me dejaste? ¿Vas a decírmelo por fin?

Jesslyn cerró los ojos antes de contestar.

—Tu madre jamás quiso que yo estuviera contigo —declaró ella simplemente.

Pero pronunciar esas palabras le hizo revivir el momento en que la madre de Sharif la acorraló en su piso de Londres y le susurro aquellas venenosas palabras que le rompieron el corazón: «Sharif jamás se casará contigo. Nunca aceptaríamos que se casara contigo. No sólo no eres la mujer apropiada para él sino que, además, no puedes tener hijos, ¿verdad? Y Sharif tiene que tener hijos porque Sharif pronto será rey».

—Tú madre me dijo que no era apropiada para ti.

—¿Y por eso me dejaste? —gruño Sharif—. ¿Necesitabas el consentimiento de mi madre?

—No se trataba de eso.

—¿De qué si no?

Jesslyn se puso en pie y lanzó una nerviosa mirada al palacio, consciente de que las niñas podían aparecer en cualquier momento.

—Es un asunto personal. Me resulta difícil hablar de ello.

—Vamos, Jesslyn, no me vengas con ésas. ¿Quieres que te lo diga yo? —Sharif se acercó a ella.

Jesslyn alzó la barbilla con gesto desafiante.

—Sí, ¿por qué no me lo dices tú?

—Exacto, ¿por qué no? —repitió él con voz suave, riendo sin humor, con mirada que reflejaba la cólera que sentía—. Mi madre me dijo que había hecho un trato contigo: tú me dejabas y a cambio, como recompensa, te llevabas una considerable cantidad de dinero.

A Jesslyn le dio un vuelco el corazón. ¿Se había vuelto loco?

—¿Estás diciendo que crees que tu madre me pagó?

Sharif le agarró los brazos.

—¿No hizo un trato contigo?

—Deja que adivine quien te contó todo esto. Fue tu madre, ¿verdad?

—Dime la verdad, ¿hubo trato o no? ¿Aceptaste dinero de ella?

—No —contestó Jesslyn en voz baja y ronca—. Jamás te traicioné. Yo sólo hice lo que debía, lo que era mejor… para ti.

—¿Es eso verdad? Mírame a los ojos y dime que es la verdad.

Con brusquedad, Jesslyn alzó el rostro, echando la cabeza hacia atrás.

—Te estoy mirando a los ojos y le estoy diciendo la verdad. Y te aseguro que en la conversación que tu madre y yo tuvimos en mi casa aquel día no se mencionó el dinero en ningún momento, no hubo pagos ni nada de nada. Hablamos de Zulima, de tu futura esposa. Tu madre me dijo que estabas prometido, y que ibas a casarte con ella.

Entonces, Jesslyn se soltó de él, dio un paso atrás y, alzando la barbilla, lo miró con expresión retadora.

—Y eso es lo que hiciste —de repente, sus labios temblaron y el valor la abandonó. Se mordió el labio inferior para parar el temblor—. Así que no vuelvas a hablarme así nunca más porque la verdad es que nunca tuviste intención de casarte conmigo. La verdad es que tu madre llevaba preparando tu boda desde hacia tiempo.

Se oyó una campanilla cerca de las puertas y la señora Frishman apareció con las niñas.

—Ah, ahí están —dijo ella.

—Aún no hemos acabado —dijo Sharif en voz baja.

—No, no hemos acabado —repitió Jesslyn furiosa.

—Hablare contigo esta noche.

—Estoy deseándolo —declaró ella poniéndose en marcha.

—Jesslyn, ¿adónde vas?

—Tengo que revisar unos ejercicios —contestó Jesslyn llegando hasta las niñas; entonces, se detuvo y les dio un abrazo a cada una—. ¡La piscina os va a encantar! Es increíble. ¿Y a que no sabéis una cosa?

—¿Qué? ¿Qué? —gritaron las niñas al unísono.
Jesslyn les hizo cosquillas en el vientre.
—¡La ha hecho para vosotras! ¡Especialmente para vosotras! Id a ver.
Las niñas echaron a correr hacia la arena mientras Jesslyn desaparecía en el interior del palacio.
Iba de camino a su habitación cuando la reina Reyna le salió al paso.
—Sabe por qué ha acudido a usted, ¿verdad? —dijo la reina poniéndole una mano en el brazo para detenerla—. Va a casarse otra vez. Tiene que casarse otra vez. Necesita un hijo; si no, sus hermanos heredarán. Por supuesto, a mí no me importa que sus hermanos hereden: al fin y al cabo, también son mis hijos. Pero a Sharif sí le importa. Siempre ha querido ser rey, siempre ha hecho lo necesario para serlo. Incluso se casó con una mujer a la que no amaba porque era lo que tenía que hacer.
Los labios de la reina se curvaron en una sonrisa maliciosa.
—Reina Fehr, lo siento, pero esto no es asunto mío —dijo Jesslyn dando un paso atrás—. Y ahora, si no le importa…
—Es muy listo. La está utilizando a usted porque quiere que ayude a sus hijas con el fin de no tener problemas cuando traiga a su nueva esposa a palacio.
Jesslyn no estaba dispuesta a morder el anzuelo. Conocía a la reina y también sus artimañas.
—Como ya le he dicho, eso no es asunto mío…
—La novia ya ha sido elegida —continuó la reina cruelmente—. ¿O es que a mi hijo se le ha olvidado decírselo?
—Me ha dicho que supone que se volverá a casar, pero aun no ha pensado en nadie en concreto…
—¡Cómo puede ser tan tonta! —exclamó la reina con una carcajada—. No ha cambiado. Ni él tampoco. Tanto usted como Sharif se niegan a enfrentarse a la realidad. Está prometido. La fecha de la boda ya está fijada. Aunque, por supuesto, no se lo ha dicho. Natural, ¿por qué iba a hacerlo?
—Ha sido un placer hablar con usted, reina Fehr. Siempre he disfrutado con sus visitas —Jesslyn sonrió haciendo un esfuerzo por ocultar el orgullo herido—. Que tenga un buen día.
Al llegar a su habitación, Jesslyn cenó la puerta y se tumbó en la cama. Estaba agotada.
Ese palacio era una locura. Todos estaban locos. Quería volver a Sharjah, a su diminuto apartamento, a su vida sin complicaciones. Quería escapar y olvidar.
Sonaron unos suaves golpes en la puerta y Mehta apareció.
—Profesora Vale, Su Alteza quiere que vaya inmediatamente a la

piscina —dijo Mehta casi sin respiración.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Jesslyn levantándose de la cama precipitadamente.

—Su Alteza dice que vaya ahora mismo.

Jesslyn corrió por los pasillos del palacio imaginando todo tipo de accidentes. Sin embargo, cuando llegó a la piscina, las niñas estaban jugando en la zona de la piscina donde cubría poco, Sharif estaba sentado en la arena, cerca del agua. La señora Frishman no estaba.

Jesslyn casi se dio media vuelta para regresar al interior del palacio, pensando que Sharif estaba jugando con ella. Pero, entonces, Sharif la llamó:

—Por favor. Jesslyn, ven aquí. Te necesito.

«Te necesito».

Jesslyn se reunió con Sharif en la arena y él, con un movimiento de cabeza, le señaló a Takia, que estaba flotando en el agua boca abajo y moviendo los brazos para ir de un sitio a otro.

La parte posterior de los muslos de Takia mostraban moretones.

Jesslyn alzó la cabeza y se quedó mirando a Sharif sin lograr ocultar su horror.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —preguntó Sharif apenas conteniendo la ira.

—Sí.

—¿Qué demonios es eso?

—Marcas y hematomas —susurró ella—. Le han pegado.

—No le han pegado, la han apaleado.

Capítulo 11

—¿Puedes quedarte cuidando a las niñas? —preguntó él con voz entrecortada, su semblante una mezcla de horror y furia—. Quiero hablar con la señora Frishman.

Jesslyn tragó saliva.

—Crees que ha sido ella, ¿verdad?

—Nunca me ha gustado. No debería haberla dejado venir a esta casa.

—Vete —dijo Jesslyn tocándole el brazo—. Las niñas están a salvo conmigo.

Sharif volvió el rostro y la miró con una momentánea expresión de angustia.

—Sí, lo sé. Lo sabía.

Sharif la dejó y ella casi sintió náuseas al pensar en lo que le habían hecho a la pequeña. Takia era una niña encantadora, una niña que le había robado el corazón. No comprendía cómo alguien podía haberle hecho eso a la pequeña.

Por fin, Jesslyn logró hacer acopio del valor necesario.

—Takia, ¿te has caído? —preguntó ella con estudiada ligereza—. He notado que tienes unos moretones en la parte de atrás de los muslos.

Saba se sentó, el agua cayéndole por el pelo y los ojos.

—Fue un castigo —dijo Saba sin más.

Takia miró a Jesslyn con expresión atemorizada.

—¿Por qué te castigaron? —le preguntó Jesslyn a Takia con suavidad.

Takia dejó de nadar. Sus ojos se agrandaron.

—Díselo —le ordenó Jinan—. Dile por qué.

La frente de Takia se arrugó y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Porque soy mala —susurró la pequeña.

—No, no eres mala —dijo Jesslyn con firmeza, ocultando su horror.

—Sí, lo soy —murmuró Takia saliendo del agua y acercándose a Jesslyn—. Hago cosas malas.

—¿Qué haces? —preguntó Jesslyn, agarrando suavemente a Takia de la muñeca antes de mirar a las hermanas de la niña. Después, volvió a mirar a la pequeña—. ¿Qué has hecho?

—He mojado la cama —respondió Takia agachando la cabeza.

Jesslyn tardó un momento en comprender que lo que Takia le acababa de decir era que se había orinado en la cama. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensar que alguien pudiera haber pegado de esa manera a una niña de cinco años por orinarse en la cama.

—¿Quién te ha pegado? —preguntó Jesslyn con voz queda y ronca.

—Jaddah —contestó Jinan.

¿Su abuela? ¿La madre de Sharif?

—¿No ha sido la señora Frishman? —insistió Jesslyn.

Las tres niñas sacudieron la cabeza.

—Si Takia no deja de mojar la cama, no va a poder volver a Inglaterra —explicó Saba—. Y la abuela dice que tenemos que ir todas.

Jesslyn frunció el ceño.

—¿Por qué tenéis que ir?

Saba se encogió de hombros.

—Porque papá se va a casar en septiembre.

Así que hasta las niñas sabían lo de la boda. En ese caso, debía de ser verdad. Sharif no había sido sincero con ella. Había hecho el amor con ella a pesar de que se iba a casar en unos meses.

Respirando profundamente con el fin de calmarse y controlarse. Jesslyn sugirió a las niñas que siguieran bañándose media hora más. Después, volverían a la casa, porque no quería que se quemaran al sol.

Las niñas obedecieron y continuaron jugando en el agua.

Para ella, los treinta minutos siguientes transcurrieron con agonizante lentitud. Las abuelas no maltrataban a sus nietas. Las abuelas no amenazaban a sus nietas. Las abuelas no decían a sus nietas que su padre iba a volver a casarse; al menos, no hasta que lo hiciera su padre.

Mehta estaba esperando a Jesslyn y a las niñas cuando entraron en la casa.

—Su Alteza quiere verla, Profesora Vale.

—Estoy con las niñas —respondió Jesslyn—. Y necesitan un baño y lavarse la cabeza.

Mehta asintió y sonrió.

—Yo les daré el baño. Su Alteza dice que puedo hacerlo. Vaya a verle.

—No. Quiero…

—Profesora Jesslyn Vale, tengo dos hijas y dos hijos. Se dar baño. ¿Sí?

Jesslyn se apretó el cinturón del albornoz mientras Mehta llevaba a las niñas a sus habitaciones.

Jesslyn fue a cambiarse antes de reunirse con Sharif. Se puso una falda blanca y una camiseta a rayas negras y blancas, y se recogió el pelo en una cola de caballo.

Cuando iba de camino al despacho de Sharif, casi sintió miedo. Tenía miedo de decirle lo que había descubierto, miedo de hablar de su matrimonio en septiembre. Pero tenía que hacerlo. Se acabaron los

secretos y las mentiras. Se acabó el ocultar la verdad.

Llamó a la puerta con firmeza y Sharif la abrió personalmente.

—Entra —dijo él echándose a un lado.

Sharif estaba vestido con unos pantalones vaqueros viejos y una camiseta polo negra.

Era la primera vez que, desde su llegada, Jesslyn le veía con vaqueros. Parecía su Sharif. Parecía el hombre con el que había sido tan feliz.

—La señora Frishman se ha marchado —dijo él sin preámbulos.

—La señora Frishman no le ha hecho a Takia los moretones.

—Lo sé —Sharif se pasó la mano por el cabello y se dejó caer en uno de los sillones del despacho—. Ha sido mi madre.

—Entonces, ¿por qué has echado a la señora Frishman?

—Tenía el deber de decirme lo que estaba pasando. En vez de eso, ha protegido a mi madre.

—¿Cómo te has enterado de que ha sido tu madre?

—Me lo ha dicho la señora Frishman.

—¿Sabías que Takia se hace pis en la cama de vez en cuando?

Sharif arrugó el ceño.

—Sabía que Takia ha tenido… algún problema en el colegio. La tutora me lo dijo en una carta y me dijo que, en su opinión, Takia estaría mejor en casa hasta que se le pasara el problema —Sharif bajó la cabeza y se quedó mirando la alfombra: entonces, alzó el rostro y la miró fijamente—. Yo le había pedido a mi madre que intentara ayudar a Takia con ese asunto. Mi madre me dijo que lo haría.

Despacio, Jesslyn se sentó en el sillón que había enfrente del de él.

—¿Dejaste que tu madre se encargara de corregir a la niña?

Sharif cerró tos ojos.

—No sabía que fuera a llegar tan tejos. Cuando éramos pequeños, mi madre solía pegarnos con un palo, pero jamás se me pasó por la cabeza que fuera a hacerles lo mismo a mis hijas. Nunca.

—Oh, Sharif.

—Sí, lo sé, también es culpa mía. No he conseguido proteger a mis hijas en su propia casa.

—Te fiabas de tu madre —dijo ella con voz suave.

—Sí, lo hacía. Al menos, quería fiarme de ella. Es mi madre y mi obligación es respetarla… —Sharif se interrumpió al oír voces en el pasillo seguidas de unos golpes en la puerta del despacho.

Antes de que Sharif pudiera decir nada más, la puerta se abrió y la reina Reyna entró.

—Acabo de enterarme de lo de la señora Frishman —dijo la reina en tono imperioso—. Era una niñera excelente, tenía unas referencias impecables…

—Siéntate, madre —Sharif se levantó y señaló a su madre un

sillón.

—No, gracias.

—Siéntate —repitió el en tono bajo, más duro, menos tolerante.

—No permito que me hables así —la reina lanzó una mirada desdeñosa a Jesslyn— Es más, no voy a seguir hablando hasta que ella no se vaya.

—Ella se queda —dijo Sharif en tono implacable—. Y en cuanto a ti, o te sientas o haré que mis guardaespaldas te acompañen al coche inmediatamente.

La reina se sentó sin mirar a Jesslyn.

—He visto los hematomas de Takia —dijo Sharif sin preámbulos—. Sé lo que le has hecho. La has apaleado. Llevas apaleándola desde que ha vuelto a casa.

—Sólo la he enderezado —respondió la reina fríamente—. Los niños necesitan disciplina; de lo contrario, se vuelven unos malcriados, débiles y egoístas.

Sharif se plantó delante de su madre.

—Tú la has castigado por algo que la niña no puede controlar.

—Estaba tratando de enseñarle. Y sí, he utilizado el palo con Takia, pero lo he hecho por ella. Y ya hemos acabado, no voy a permitir que se me interrogue como si fuera una delincuente. Sharif, he hecho mi equipaje y el chófer me está esperando para llevarme a la casa de la playa. Y no voy a volver hasta que ella no se haya ido —concluyó la reina, indicando a Jesslyn con un movimiento de cabeza.

Los ojos de Sharif oscurecieron.

—En ese caso, no vas a volver.

La reina Reyna miró a uno y a otro con una maliciosa sonrisa, como si su hijo no supiera algo que ella sí sabía.

—Sharif, tu querida señorita Heaton es una mujer barata, vulgar y completamente inapropiada para ti. Sé que los dos estamos de acuerdo en que necesitas una esposa, pero una esposa adecuada.

Se hizo un tenso silencio. Jesslyn vio a Sharif aceitarse a su escritorio, abril un cajón y sacar de él un sobre. Cuando volvió junto a su madre, le tendió el sobre.

—Lo sabía —dijo él—. Sabía que debías haber mentido. Sabía que Jesslyn jamás habría aceptado dinero tuyo. Pero también sé que tú aceptarás el mío. Aquí tienes, toma.

Sharif le tiró el sobre y añadió:

—Un cheque por medio millón de dólares. La misma cantidad que, supuestamente, le ofreciste tú a ella. Medio millón. Es tuyo. Agarra el dinero y vete, no quiero volverte a ver.

Reyna abrió el sobre y miró el contenido.

—¿Qué estás haciendo, Sharif? ¿A qué viene esto?

—Sabías que yo quería casarme con Jesslyn —dijo él—. Hace

nueve años, sabías que la amaba y que tenía intención de casarme con ella. Pero tú, con tus venenosas palabras, lo estropeaste todo.

Su madre cerró el sobre y extendió el brazo para devolvérselo.

—Lo hice para protegerte. Hice lo que haría cualquier madre: asegurarme de que no destruyeras tu futuro —la reina sacudió el sobre que tenía en la mano—. Tómalo, no puedo aceptar tu dinero. Esto es ridículo.

—Tienes razón —dijo Sharif agarrando el sobre y rompiéndolo, con el cheque dentro, en pedazos—. No voy a darte más dinero. Hemos terminado. Te vas a ir de aquí y sin un céntimo más mío. Puedes quedarte en la casa de la playa; de ahora en adelante, considérala tu casa.

Reyna se puso en pie rígidamente, sus ojos clavados en el rostro de Sharif, su expresión dura.

—No podía permitir que ella arruinara tu vida.

—Mucho mejor que la arruinaste tú, ¿no?

—Necesitabas una esposa, necesitabas un heredero y Zumila te dio un here…

—Un niño que nació muerto, madre. Y Zulima murió también.

—Al menos ella podía tener hijos —la reina Reyna volvió la cabeza para mirar a Jesslyn—. Tu querida señorita Heaton, a pesar de sus encantos, no puede. Sufrió un daño irreparable en las trompas de Falopio en el accidente en Grecia. Es completamente estéril. ¿O es que no te lo ha dicho?

Sharif la miró unos instantes antes de clavar los ojos en la puerta y llamar a sus guardaespaldas, que habían estado esperando al otro lado de la puerta.

—Por favor, acompañen a Su Alteza al coche. Tengo entendido que su chófer la está esperando.

Sharif se dio media vuelta y se dispuso a salir de la estancia. Sin embargo, Jesslyn no podía moverse.

—Sharif —gritó la reina Reyna.

La reina continuó gritando el nombre de su hijo, pero Sharif siguió alejándose.

Reyna seguía gritando mientras la sacaban del despacho. Jesslyn, sin poder soportarlo más, corrió tras Sharif y, al darle alcance, le agarró del brazo para que se detuviera.

—Por favor, espera. No hay motivo para que se vaya así.

—Es lo que se merece.

—No puedo soportarlo, Sharif. Sé que tu madre ha hecho mal, pero no hagas esto tú. Además, puede que las niñas la oigan y ya lo han pasado suficientemente mal. Por favor, habla con tu madre, tranquilízala. Deja que se vaya con un poco más de dignidad.

Sharif la miró con expresión dura.

—¿Es que no la has oído? ¿Es que no has oído sus mentiras? Eso que ha dicho de que tú no puedes tener hijos…

—Es verdad —le interrumpió Jesslyn—. Es verdad, Sharif. Y es por eso por lo que te dejé. Sabía que tú necesitabas tener hijos y yo no podía dártelos.

La mirada de Sharif pareció perderse.

—Entonces fue eso lo que te dijo en el piso de Londres aquel día, ¿verdad? Esas fueron las palabras mágicas, ¿no?

Jesslyn le agarró el brazo con más fuerza.

—No quería que fueras tu quien me dejara. No quería que fueras tú quien me dijera que yo no te bastaba. Así que… pensé que lo mejor sería que yo te dejara antes —Jesslyn lanzó un suspiro—. Me pareció lo correcto.

—¿Lo correcto? —repitió él parpadeando.

—Lo siento. Lo siento, Sharif. Yo no quería dejarte. Te quería tanto que me sentí morir…

—Para —dijo él con voz ronca, volviéndose.

Jesslyn le soltó el brazo y dejó que se apartara de ella.

—¿Qué ha hecho? —dijo Sharif con voz ronca y baja—. ¿Qué nos ha hecho a todos? ¿Qué te ha hecho a ti? ¿Por qué te odia tanto?

—Porque sigo viva —respondió Jesslyn con voz queda. Al ver a Sharif volverse a ella, intentó sonreír sin conseguirlo—. Porque estoy aquí, viva, respirando… Y tus hermanas no.

Sharif la miró con incredulidad.

—No. No es posible que sea tan mezquina.

—Es una madre que perdió a sus hijas. Sus dos hijas murieron y yo casi salí ilesa.

—Estabas herida —dijo Sharif mirándola fijamente.

—Sí.

Sharif le tendió la mano.

—Ven, vamos a otro sitio. Tenemos que hablar y no quiero hacerlo aquí.

Fueron a las habitaciones de ella, ya que estaban alejadas de la entrada del palacio. Sharif se paseó por el cuarto de estar y ella se sentó en uno de los sofás.

Uno de los mayordomos de Sharif les llevó una bandeja con café, pan recién hecho, pequeños pasteles de carne, higos secos y albaricoques rellenos. Con una reverencia, dejó la bandeja y se marchó.

Pero ni Jesslyn ni Sharif miraron la comida.

Por fin, Sharif dejó de pasearse.

—¿Cómo sabes que no puedes tener hijos?

Jesslyn se puso en pie, se levantó la camiseta, se bajó la cinturilla de la falda y le enseñó la cicatriz que tenía en el vientre.

—¿No te acuerdas de esta cicatriz?

Sharif se sentó en el borde del sofá y le miró el vientre. Con suavidad, sus dedos trazaron la línea de la cicatriz.

—Te rompiste la pelvis.

—Al final resultó que había más problemas de lo que habían pensado al principio. Perdí una de las trompas de Falopio, la otra estaba tan dañada que me dijeron que era imposible que concibiera.

Sharif la agarró de las caderas.

—No me lo dijiste.

Jesslyn le acarició la frente.

—Tenía veintidós años —respondió ella simplemente—. Me negaba a creerlo. Preferí ignorarlo… hasta que tu madre vino a mi casa y me recordó que tú necesitabas tener hijos y que yo no podía darte un heredero. Y ella tenía la solución al problema.

—Zulima.

—Debería habértelo dicho.

—Sí —Sharif tiró de ella hasta sentarla en su regazo—. Sí, deberías habérmelo dicho. La única forma de saber lo que necesitas y lo que quieres es que tú me lo digas.

Jesslyn asintió, segura en los brazos de Sharif.

—Tenía la esperanza de que vinieras a buscarme. Solía rezar para que no me olvidaras.

Sharif la besó en la frente, en la nariz y, por fin, en la boca.

—Me ha llevado nueve años ir en tu búsqueda. Pero necesitaba encontrarte, tenía que verte. Tenía que traerte al palacio y hacerte mía.

—Yo creía que lo que necesitabas era una profesora —bromeó ella, rodeándole el cuello con los brazos.

Con una mano, Sharif le quitó la cinta elástica que le sujetaba la cola de caballo y le soltó el cabello.

—Una profesora para mis hijas y una esposa para mí.

Jesslyn, dudando si había entendido bien lo que él estaba diciendo, sintió una gran y caliente opresión en el pecho.

—¿Una esposa?

—Sí. ¿No te parece que necesito una esposa?

Jesslyn le miró fijamente a los ojos.

—Sharif, sabes que…

—Sí, lo sé —le interrumpió él y bajó la cabeza para darle un beso —. Lo sé y no me importa. Te amo. Te deseo. Quiero casarme contigo y que seas mi esposa, mi amor, mi reina.

Se casaron, pero no en septiembre, sino en julio.

Mientras se vestía para la ceremonia, Jesslyn no podía creer lo que

estaba ocurriendo. Años atrás, había soñado con convertirse en la esposa de Sharif; ahora, su sueños se estaba haciendo realidad.

Después de un baño y un masaje con aceites, Jesslyn se vistió y se colocó delante de un espejo. No podía creer que era ella el reflejo que veía.

Incluso Mehta estaba asombrada.

Era un vestido de novia precioso, de satén blanco con bordados en hilo de oro e incrustaciones de perlas y diamantes.

—Profesora Vale, está muy guapa —declaró Mehta—. Ahora, Profesora Vale es una bonita princesa.

Jesslyn, sonrojada, se apartó del espejo. Se sentía una princesa de un cuento y ahora lo único que deseaba era a su príncipe.

En menos de una hora, Jesslyn estaba delante de Sharif pronunciando los votos matrimoniales en inglés y en árabe.

Después de la ceremonia, Jesslyn abrazó a las niñas.

—Ahora eres nuestra madre —dijo Jinan tímidamente, tocando el collar de perlas y diamantes de Jesslyn.

—Sí —respondió Jesslyn dándole un beso.

—Entonces… ¿ya no vas a ser nuestra profesora? —insistió la pequeña.

Sharif se acercó y puso una mano en el hombro de su hija.

—¿Por qué lo preguntas?

Jinan se sonrojó.

—Porque la abuela dijo que, cuando tú te casaras, nosotras íbamos a volver al internado… y no queremos ir.

—No tenéis que volver —dijo Sharif con firmeza y cariño—. Podéis estudiar aquí, en casa, con una tutora. O también podéis ir a un colegio aquí, en Sarq, que siga el plan de estudios americano.

Jesslyn alzó la cabeza y miró a Sharif.

—¿Hay un colegio americano en Sarq?

—No, pero debería haberlo. Quizá pudiera encargarte a ti de eso. Quizá ése podría ser tu primer trabajo aquí, en Sarq, como reina.

—¿Me permitirías abrir un colegio? —preguntó ella tratando de contener la emoción.

—Sí, si eso es lo que quieres.

—Me encantaría. Y me encantaría que las niñas fueran nuestras primeras alumnas.

Takia, que había estado escuchando la conversación, empezó a dar saltos.

—¡Ya no vamos al internado!

Jesslyn sonrió traviesamente.

—Eso es, cariño, nada de internados. Las tres estáis en casa y os vais a quedar en casa, ¿verdad, Sharif?

Sharif se agachó y besó a cada una de sus hijas.

—Verdad.

Ese mismo día más tarde, por la noche. Sharif le hizo el amor a Jesslyn como si sólo tuvieran esa noche en sus vidas para estar juntos. La besó y la amó con ternura, orgullo y pasión. Alcanzaron el orgasmo juntos, en perfecta sincronía. Después, permanecieron abrazados durante horas.

—No descubrí lo perdido que había estado hasta que te encontré —dijo Sharif más tarde, en voz baja y ronca—. Pasé años odiándome a mí mismo, odiando lo que era y lo que había hecho…

—Sharif, no me gusta que digas eso. Eres un hombre muy bueno, siempre lo has sido.

—Eso no cambia nada. Pero tú sí. Tú lo has cambiado todo.

—Estupendo —Jesslyn se apretó más contra él, con la cabeza en su pecho y la mano en su muslo—. Ahora, nos toca ser felices.

—Sí, ahora soy feliz. Quería a mis hijas y amaba mi país, pero algo estaba muerto dentro de mí. Y lo que me pasaba era que te echaba de menos. Te echaba de menos.

—Te amo, Sharif.

—Y yo a ti, mi reina.

—Por fin estamos juntos.

Sharif la besó lentamente, abriéndole los labios con los suyos y utilizando la lengua para darle placer.

—Es un milagro —murmuró él entre besos—. Y tú… eres el mayor milagro de mi vida.

Epílogo

Sharif estaba equivocado. El mayor milagro de su vida ocurrió veintidós meses después, cuando Jesslyn dio a luz en el hospital real de Sarq.

—Las maravillas de la medicina moderna —susurró Jesslyn con el bebé junto al pecho.

—Tú eres una maravilla —le dijo Sharif agachándose para darle un beso en la frente—. Tú haces que los milagros parezcan cosa de nada.

Jesslyn se echó a reír, agotada y eufórica después del parto.

—¿Cosa de nada? ¡Ja! —seis intentos fallidos de inseminación artificial. Medicinas, inyecciones, análisis de sangre… Pero todo ello ya era historia. Ahora tenían un hermoso bebé, un bebé que habían hecho juntos. Un bebé que, según los médicos, era imposible.

De repente, los ojos de Jesslyn se llenaron de lágrimas de felicidad.

—¿Es real nuestro hijo? —susurró ella.

—Sí —respondió Sharif mirándolos a los dos.

—Tenemos un hijo —Jesslyn sacudió la cabeza—. Un hijo. Un hijo.

De repente, Jesslyn alzó el rostro y miró a Sharif con expresión de preocupación.

—¿Crees que a las niñas les va a importar tener un hermano?

Sharif se echó a reír.

—No, en absoluto. Lo van a adorar. ¿Quieres que vaya a por ellas para que le conozcan?

—Sí, por favor. Estarán deseando ver a su bebé.

—¿Su bebé? —preguntó Sharif.

—Ya sabes cómo son los hermanos. El nido será tan suyo como nuestro. Pero eso es lo que queremos, ¿no? Una familia, una familia de verdad.

Sharif se la quedó mirando durante unos interminables momentos antes de tomarle el rostro con las manos y besarla.

—Te amo, Jesslyn. Te lo debo todo: mi casa, mi felicidad, mi corazón. ¿Cómo voy a pagarte todo lo que te debo?

—Lo único que quiero es que siempre estés conmigo —dijo Jesslyn con voz repentinamente ronca—. No es mucho pedir, ¿verdad?

—No, nada.

Jesslyn intentó sonreír.

—Tú limítate a pasar una larga vida conmigo. Sé mi mejor amigo hasta el final.

—Estaré contigo siempre. Estaré contigo cuando las niñas vayan a la escuela, cuando se casen, cuando formen una familia… Estaré contigo en esta vida y en la otra.

Jesslyn le tomó la mano y se la apretó.

—¿En serio crees que eso puede ser?

—Sí.
—¿Cómo lo sabes?
Sharif le besó los dedos.
—Los milagros están garantizados contigo.

Fin